

9913



Ministerio de Educación
y Justicia

SUBSECRETARIA
DE CULTURA



AÑOS IX y X
NUMEROS 9 y 10
Edición Oficial
Distribución
gratuita

BUENOS AIRES
(Rep. Argentina)

Revista del **MUSEO HISTORICO SARMIENTO**

1964-1965

Años IX y X

Nros. 9 y 10

REVISTA DEL MUSEO HISTORICO SARMIENTO

(Una Voz al Servicio del Evangelio Sarmientino)

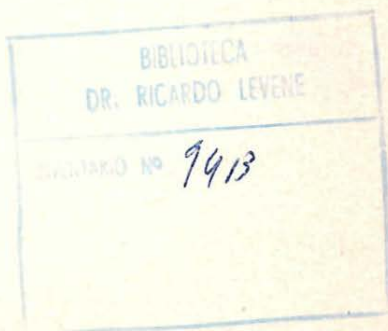


EDICION OFICIAL — DISTRIBUCION GRATUITA

MINISTERIO DE EDUCACION Y JUSTICIA
SUBSECRETARIA DE CULTURA
MUSEO HISTORICO SARMIENTO
Cuba 2079

Director de la Revista: Doctor BERNARDO A. LOPEZ SANABRIA

BUENOS AIRES
República Argentina
1964 - 65



REVISTA DEL MUSEO HISTORICO SARMIENTO
(Una Voz al Servicio del Evangelio Sarmientino)

PRIMERA SECCION

HOMENAJES Y CONFERENCIAS

AÑO 1964

Revista del Museo Histórico Sarmiento

(Una Voz al Servicio del Evangelio Sarmientino)

A Ñ O

1 9 6 4

Año 1964

S A R M I E N T O

EL 15 de febrero de 1811, nació en la volcánica tierra cuyana, en la capital de la provincia de San Juan, Domingo Faustino Sarmiento. Venía signado por el destino para ser el forjador de la cultura de esta parte de América, para servir de ejemplo al mundo, para ser exaltado a siglo y medio de su natalicio, por un Congreso Mundial, reunido en México: "MAESTRO DE LA ESCUELA UNIVERSAL".

En este Museo que ostenta su nombre, este año de 1964, las ceremonias evocadoras del acontecimiento alcanzaron la misma emotividad y brillo que caracterizan los actos a su memoria.

Homenaje al Fundador del Museo

Al cumplirse el 13 de marzo el 5º aniversario del fallecimiento del doctor Ricardo Levene, fundador de esta Institución, se cumplió una ceremonia el día mencionado, a las 11 horas, ante el bronce que perpetúa su memoria en los jardines del Museo.

Asistieron a la misma, el director del Museo, doctor Bernardo A. López Sanabria; el presidente de la Academia Nacional de la Historia, doctor Ricardo Zorraquín Becú; el de la Asociación Amigos del Museo Sarmiento, doctor Alberto Iribarne; el de la Comisión pro Mausoleo a Sarmiento, doctor Enrique Loudet; la presidenta de la Asociación Sarmientina, señorita Julia Ottolenghi; el presidente del Centro de Estudios de Belgrano, señor Héctor Iñigo Carrera; el vicepresidente de la Sociedad Bolivariana, doctor Alfredo Díaz de Molina; miembros de la familia del doctor Levene, doctores Ricardo, Julio César y Gustavo Levene, los generales Bartolomé E. Gallo y Oscar Uriondo; el teniente coronel Ricardo Ruiz de los Llanos; una delegación de oficiales en representación de la Escuela Superior de Guerra y profesores y alumnos de establecimientos donde el evocado ejercía la docencia.

El acto se inició con el Himno Nacional, tras lo cual el director del Museo y el presidente de la Asociación Amigos de esta Institución, doctor Alberto Iribarne, depositaron ofrendas florales ante el bronce del maestro recordado, homenaje tribu-

tado igualmente por delegaciones de la Escuela Normal "Doctor Ricardo Levene" y del Colegio Nacional "Mariano Moreno".

A continuación, el ex diputado nacional, doctor Carlos E. Cisneros, en nombre de la Asociación Amigos del Museo Sarmiento, pronunció el siguiente discurso:

Señores:

En nombre de la Comisión de Amigos del Museo Sarmiento y a invitación especial de su presidente, mi distinguido amigo el doctor Alberto Iribarne, vengo a pronunciar breves palabras en homenaje a la memoria del eminente maestro doctor Ricardo Levene.

El doctor Levene constituye, en mi concepto, el ejemplo excepcional de una persona que dedica toda su vida, intensamente, durante cerca de medio siglo, a la docencia y a la investigación histórica y social de la Argentina.

Caso raro de un estudioso que se especializa en una orientación determinada, en pueblos nuevos como el nuestro, en que más bien se caracterizan sus hombres sobresalientes, por la diversidad de su dedicación y de sus trabajos.

La tarea del investigador y del estudioso, circunscripto a un hábito determinado, casi exclusivo, es más propia de las antiguas civilizaciones en que se crean especializaciones en los trabajos y en los estudios; y es así que se producen grandes inventos e investigaciones en las distintas ramas de la ciencia y de la técnica, y se llega a elevados niveles de cultura, que jalonan el desenvolvimiento progresista de la humanidad y llevan el sello del genio de una nación o de una raza.

Entre nosotros hay casos notables de personas que abarcaron múltiples aspectos en forma relevante, como Mitre, que fue militar, político, historiador, fundador de un diario, literato, poeta y se distinguió siempre por la serena elevación de su espíritu; Sarmiento, el ardiente polemista, el sociólogo eminente, el periodista, el educador insigne, Maestro de América, el literato; y que sabía tanto de cuestiones militares como de las faenas campesinas o de las fatigas del minero, y en perspectiva más cercana recuerdo a Joaquín V. González, eximio escritor, político, profesor, fundador de universidades, constitucionalista y a quien su inquietud intelectual lleva hasta ser traductor y exégeta de la literatura oriental, cuyas hondas concepciones filosóficas supo exponerlas como ninguno.

Levene tenía aptitudes para actuar en distintos aspectos,

pero prefirió la docencia, el profesorado ininterrumpido, entregando toda su existencia, hasta el último aliento, a enseñar y profundizar el estudio de nuestra historia.

Se inició en el magisterio a los 16 años y murió ejerciendo el apostolado magnífico de divulgar cultura en nuestro pueblo.

Sólo así se explica que haya podido dejar obras imperecederas de permanente consulta como "Los Orígenes de la Democracia Argentina", "Ensayo Histórico de la Revolución de Mayo y Mariano Moreno", obra que obtuvo el primer premio en el concurso nacional de 1921 y el premio Raza, otorgado por la Real Academia de Historia de Madrid; "Introducción a la Historia del Derecho Indiano", "Investigaciones a la Historia Económica del Virreinato"; "La Anarquía del año 20 en Buenos Aires desde el punto de vista institucional"; hasta culminar su esfuerzo extraordinario con la elaboración de dos obras eximias, que realiza con la colaboración de eminentes especialistas: "Historia de la Nación Argentina", en 10 tomos, y la más reciente: "La Historia del Derecho Argentino", en 11 tomos.

Amaba la libertad y quería que los pueblos vivieran en una plena y austera democracia. Por eso fue su ídolo predilecto el Libertador San Martín, a quien le dedicó una obra magnífica: "El Genio Político de San Martín".

Moreno fue su prócer admirado, por haber sentado las bases de nuestro sentir democrático desde los libros de nuestra vida independiente. Así lo expresó en su obra: "El Númen de la Revolución de Mayo".

Yo he pensado muchas veces: ¡Qué amplia visión de nuestra patria tendría este gran estudioso de la historia!

Cómo estaría capacitado para conocer la evolución de nuestro pueblo, la línea de su desarrollo y de su progreso, su firme orientación republicana y advertir, también, cuál puede ser su perspectiva en el futuro, no obstante los complejos e inciertos acontecimientos internos y la gravedad de los hechos externos, que tanto conmueven la vida de las naciones.

Ha conocido y apreciado profundamente las ideas de nuestros grandes hombres; ha podido convivir intelectualmente en el espíritu de nuestros próceres, que forjaron nuestra existencia de nación libre y democrática.

Pudo despejar la fronda excesiva de algunas vidas tumultuosas e ir hasta la savia misma del pensamiento, donde resplandecen las ideas claras, puras, sin sombras, y se alumbran derroteros colectivos.

Esto es lo substancial, lo permanente, y es en realidad el privilegio de haberlo podido captar con hondura, engarzando ideas como si fueran perlas, en su limpio patrimonio espiritual.

Quienes actuamos todavía en la docencia, sabemos lo que ello significa de fatiga y dedicación, aunque tenga, desde luego, su recompensa, en la adhesión de los alumnos y en la conciencia plena de que es ésta una de las mejores formas de servir a la patria.

¡Cómo no habremos entonces de admirar y valorar a quien estuvo en esa única tarea, casi cincuenta años, sin interrupción, llevando su pobreza con altiva dignidad; y que sólo dejaba la cátedra para refugiarse a estudiar, indagar y escribir, en la quietud de su gabinete con sus grandes amigos: los libros, y con su gran pasión: la Historia!

Vería desfilar en esas horas propicias y silenciosas, las sombras de nuestros hombres ilustres. Sentiría orgullo por nuestras grandes gestas y, acaso, angustia por el complejo y difícil vivir contemporáneo.

Yo conocí a Levene desde mi infancia, porque era compañero y amigo de un primo mío, el doctor Carlos Izhoff, con quien escribió y dieron a la publicidad lo que fue, sin duda, una de sus primeras producciones, un libro breve, sencillo y diáfano, que enseñaba Historia Argentina a los jóvenes estudiantes. El prematuro fallecimiento de aquél impidió que se continuara en una labor común. Me place traer en esta ocasión este recuerdo un tanto personal.

Es para mí honroso decir estas palabras ante el busto del doctor Levene, quien mereció en vida tan insignes honores como catedrático, rector de universidad, académico, miembro y profesor honorario de las universidades de San Marcos y de Río de Janeiro y, principalmente, porque fue respetado como maestro y como patriota.

Bien hace el director del Museo Sarmiento en recordar permanentemente la memoria del que fue su maestro y el fundador de este Instituto, que hoy, por la acción inteligente de López Sanabria, es un ejemplo y modelo en su expresión de justicia histórica.

Cuando se está actuando en medio de la agitación y del torbellino de la vida, bien sean estos remansos de silencio y reconocimiento, en que hay una pausa en la labor fecunda, para hermanar, en el recuerdo, al genial Maestro de América y al emi-

nente profesor argentino y mejor apreciar sus trabajos y sus ideas, depuradas por el tiempo.

Se propicia el traslado de las reliquias del Dr. Leandro N. Alem al Museo Histórico Nacional Sarmiento

El diputado nacional, doctor Luis L. Boffi, presentó oportunamente a la Cámara de la cual forma parte, un proyecto para trasladar las reliquias del doctor Leandro N. Alem al Museo Histórico Sarmiento.

Fundó dicho pedido por haber actuado el doctor Alem en los debates donde se trató la cuestión Capital, en el año 1880.

En este Museo hay dos salas destinadas a los hombres y a los hechos de aquel momento de nuestra vida institucional.

Para materializar el propósito, se designó una comisión en la Asociación "Amigos del Museo Sarmiento", la que quedó así constituida, presidente: el ex diputado nacional, doctor Carlos E. Cisneros y vicepresidentes: el general Bartolomé Ernesto Gallo y los doctores Bernardo A. López Sanabria y el ex diputado nacional Alberto Iribarne. Los referidos se entrevistaron con los presidentes de los diversos bloques que componen la Honorable Cámara de Diputados, interesándolos por el pronto despacho de la iniciativa.



Diploma otorgado al general don Domingo Faustino Sarmiento, primer presidente honorario del Centro Naval

EL DIPLOMA DE PRESIDENTE HONORARIO DEL CENTRO NAVAL OTORGADO A SARMIENTO

DURANTE la presidencia de Sarmiento, se crearon las primeras academias militares y navales que tuvo el país.

Para rememorar el 92º aniversario del envío al Congreso del mensaje y proyecto de ley creando la Escuela Naval Militar, se celebró una ceremonia en el Centro Naval, el 26 de agosto de 1964.

En dicho acto, el director del Museo Histórico Sarmiento, entregó la réplica del diploma que acreditó a Sarmiento como Presidente Honorario del referido Centro. El original, que se conserva en este Museo, lleva la firma del entonces presidente de esa entidad, teniente de fragata Manuel García Mansilla.

A la ceremonia conmemorativa asistieron jefes de nuestra Marina, contándose entre ellos el presidente y vicepresidente de la referida Institución: vicealmirantes Francisco A. Lajous y Ernesto Basílico, respectivamente, y autoridades del Museo. En la oportunidad, el director de esta Institución pronunció el siguiente discurso:

Señor presidente del Centro Naval, señoras, señores:

El homenaje póstumo, aunque justiciero, siempre tiene algo de ingrato por lo tardío. Parecería ser necesario el hecho de la muerte, para recién apreciar en toda su magnitud los quilates de un hombre, su acción en bien de la colectividad. Pero también es cierto, tener el sol sólo espectadores recién cuando se eclipsa.

Las instituciones armadas argentinas no esperaron el veredicto de la historia para expresar a Sarmiento el suyo, de admiración y gratitud.

La más preciada distinción otorgada por una entidad, para testimoniar reconocimiento y aplauso, el título de Presidente Honorario. Síntesis y condensación del sentir de sus integrantes, al fundarse el Círculo Militar y el Centro Naval, le fueron conferidos a Sarmiento como homenaje.

El insigne repúblico los recibió con la emoción de encontrarse ante altos, ante elocuentes símbolos. Con ellos, los caballeros del mar y quienes custodian en tierra nuestra soberanía, adelantábanse al fallo de la posteridad. Sarmiento colocó los cuadros en lugar de privilegio.

Estaban en el escritorio de su casa, cuya calle lleva hoy

su nombre, y en una fotografía del dormitorio donde viviera en Asunción del Paraguay, se los contempla pendientes de sus paredes. Ellos le acompañaban en la lejanía, le reconfortaban en el infortunio.

Al dar cuenta del fallecimiento del Prócer, el presidente del Centro Naval, teniente de navío Barraza, decía, en 1888: "El general Sarmiento pertenecía al ejército por su jerarquía, pero a la marina por el cariño que le profesaba". Y fue durante casi medio siglo que la más fiel expresión de nuestra armada, una blanca fragata, todos los años madre de cien muchachos y novia de cien destinos, quien llevaría junto a la bandera celeste y blanca, grabado en su proa, el nombre de quien había forjado la grandeza, la cultura y el progreso de la Patria.

¿Qué hizo Sarmiento por nuestras instituciones armadas y en especial por nuestra marina?

A su genio, contemplador de aquel presente, como previsor de su futuro, no podía escapar ser la política de toda gran nación anhelante de progreso y felicidad, dentro, lo más libremente posible, y fuera, lo más poderosamente fuerte. Tal aconsejaba y aconseja la trayectoria del mundo, al mostrarnos irremediablemente unido al destino de la humanidad el fantasma de la guerra.

Por eso, al asumir la responsabilidad de los destinos de la República, e iniciar la era augusta del saber argentino, también se preocupó de la instrucción técnica para la defensa de nuestra soberanía, asegurando con ello tranquilidad y paz al país.

Nuestras costas dilatadas y desiertas entonces, nuestros caudalosos ríos y comercio, entraron en el plan transformador y progresista, que haría a la Nación dar un salto hacia el progreso.

La Escuela Naval, la primera Flota Moderna de Combate, el primer Arsenal de Marina y el primer cable transoceánico que nos unió con Europa, son hijos de sus pensamientos, realidades de su decisión.

Todo eso y mucho más, obra de su fecundo quehacer argentino, viene esta tarde a nuestro recuerdo, en esta sencilla pero tocante ceremonia, donde al volver a este Centro Naval el Diploma de Presidente Honorario por él otorgado al Prócer, parecería retornar él mismo, en espíritu, para continuar con vosotros el diálogo iniciado con los camaradas aquella mañana, en su isla de Carapachay, cuando les expresara: "Guardo la seguridad que, con la fundación de la Escuela Naval, queda garantizada la Independencia legada por nuestros padres".

Por eso este diploma, al volver a esta casa, quedará aquí, como grabado en el muro de una eterna fortaleza.

Su sola contemplación evocará la trayectoria del titán civilizador. ¡Cuántas veces el ilustre anciano, en sus últimos días en Asunción del Paraguay, envuelto ya en las brumas augurales de la inmortalidad, habrá fijado sus ojos húmedos por el recuerdo nostálgico de la patria lejana, en estas letras y en estas naves, dibujadas en la cartulina jerarquizadora, y habrá visto como entre sueños pasar su moderna y querida Flota de Combate, encabezada por los monitores "El Plata" y "El Andes", saludada por el aplauso arrebatado de las olas, pabellón al tope, rumbo al sur, a reargentinizar la Patagonia.

A esa flota le transmitió el soplo eterno de su impulso poderoso, el calor de su entusiasmo comunicativo, el amor a la Patria, al progreso, a la libertad, vivientes hoy en nuestra Escuela Naval, en naves y fortalezas y, especialmente, en el sol, que escoltado por el azul del idealismo ondea en las bizarras proas y desde el cual sigue marcando derrotero luminoso a quienes tienen la responsabilidad y el honor de vestir el glorioso uniforme de Brown.

Una coincidencia signada por el juego misterioso del destino, referente a nuestra fuerza naval, deseo destacar.

Dos hombres de nuestras montañas son quienes hicieron posible materializar sus pasos iniciales. El hijo de las bizarras quebradas salteñas, doctor Francisco de Gurruchaga, creando la primera Flotilla Patria, y el nacido en la volcánica San Juan construyendo la primera Moderna Escuadra de Combate.

Ambos, sin duda, cumplían imperativo mandato de la entraña misma de la tierra argentina. De lo hondo de esas montañas, en cuyos elevados picachos resplandecen nieves eternas, sobre las cuales abanicen las alturas los cóndores, hermanos de los albatros, que os saludan en el mar, como prolongación de la Patria, que os despide con los pañuelos en alto.

Aquí estará este Diploma, trayendo a la memoria aquella orden ejemplar de partida, dada por el Presidente de la República al comandante del buque escuela "Brown", al iniciar el primer viaje de instrucción llevando a los cadetes rumbo al sur. Iban en circunstancias críticas de nuestras relaciones internacionales, con el pueblo hermano en sacrificios y comunes glorias.

Orden sublimizada de patriotismo, analtecida de serena responsabilidad. Tan preservadora de la paz como de la dignidad

nacional, que terminaba indicando al capitán, actuar haciendo honor al pabellón que llevaba al tope.

Allí iban al sur los cadetes, como él dijera, a verle las orejas al lobo del océano, pero también, si era necesario, a tomar el gusto a la pólvora.

Aquí estará este documento, recordando al mandatario que al dejar la Presidencia de la República se hizo designar de inmediato director del Arsenal de Zárate, para seguir poniendo la luz de su inteligencia, la fuerza de su voluntad, al servicio de la defensa nacional.

Aquí estará, recordando que en un momento de extremado peligro para la intangibilidad de nuestra frontera, él construyó la Escuadra Acorazada, pese al calamitoso erario nacional, saliendo de la angustia por la puerta del esfuerzo, gracias a la vara mágica de su voluntad y de su fe y aquí estará, también, para evocar su penacho inmortal, el de su titánica lucha contra las tinieblas de la ignorancia. En cuya lid su elocuencia huracanada os hará recordar a vosotros, marinos, cuando en las noches la mar airada, centuplicando el esplendor de su cólera, salpica vuestras cubiertas haciéndose admirar por su empuje.

Señores:

Al cumplirse hoy, 26 de agosto, 92 años del día en que el Presidente de la República, general Domingo Faustino Sarmiento, enviara al Congreso el mensaje creando la Escuela Naval, el director del Museo donde se custodia el rastro de inmortalidad del Prócer, tiene en alta honra traer para este prestigioso Centro la réplica de la suprema distinción con que la Primera Comisión de esta entidad rindiera tributo al insigne ciudadano.

El, en una circunstancia histórica, cuando se debatían graves problemas de nuestra Organización Nacional, exclamó: "Dios proteja tus armas, honrado general Paz" Hoy, desde la inmortalidad, dirá: "Dios proteja tu trayectoria, gloriosa Marina de la Patria".

— o —

A continuación, el presidente del Centro Naval, vicealmirante don Francisco E. A. Lajous, agradeció la donación, expresando:

Señor director del Museo Sarmiento; señoras y señores:

Con gran placer y emoción recibo del señor director del Museo el cuadro del Gran Sarmiento y la copia del Diploma que lo reco-

noció como Presidente Honorario del Centro Naval, que ha tenido la feliz idea y generosidad de obsequiarnos para que figure entre los cuadros que engalanan las paredes del Centro. Sinceramente, debo manifestar que faltaba entre ellos el retrato de Sarmiento.

Con respecto al Diploma de Presidente Honorario, me permitirán que haga algunas referencias.

Sarmiento no sólo tuvo la inquietud de educar e instruir a la juventud, para lo cual hizo venir de los Estados Unidos a algunos maestros, sino que se ocupó especialmente de crear el Colegio Militar y la Escuela Naval.

El era militar y comprendió que era necesario que también los oficiales de las fuerzas armadas tuviesen sus escuelas, pues si bien la práctica les había enseñado muchas cosas, cuando se tenía la teoría, los resultados eran mejores.

Nuestra Escuela Naval dio sus frutos muy pronto, en 1879, en que salieron las primeras promociones, de modo que tres años después, al fundarse el Centro Naval, el 4 de mayo de 1882, había solamente 22, entre subtenientes y tenientes, pero se unieron a ellos los profesores de la Escuela, en su mayoría extranjeros.

Es dado suponer que al incorporarse al servicio de los buques, estos jóvenes oficiales, que podríamos llamar científicos, con su buen bagaje de preparación teórica, produjeron ciertos recelos entre los que ya estaban, los "prácticos", que no habían cursado Escuela Naval, pero que conocían las costas de la Patagonia y la de los ríos y a quienes se consideraba como lobos de mar.

Es así que esos primeros oficiales, cuya edad oscilaba entre los 21 y 25 años, animados del gran espíritu de progreso de la armada, concibieron la idea de crear el Centro Naval.

Sólo podían ser socios los subtenientes, tenientes y algunos capitanes; estos últimos, cuyo grado equivalía al actual teniente de fragata, no habían cursado escuela, pero simpatizaban con los recién egresados.

Tomaron como lema: "Unión y Trabajo". Unión, en el sentido de hacerla entre los oficiales, fuesen o no de escuela. Trabajo, en el sentido de obtener la máxima eficiencia de los buques, como asimismo dedicar tiempo al estudio para ilustrarse.

Fue elegido presidente en la Asamblea de Fundación el teniente Manuel José García Mansilla, que había cursado brillantemente la Escuela Naval Francesa y había servido unos años en la marina de ese país. El prestigio que traía con él y el no haber

estado en su Patria, lo indicaban como el mejor candidato para desempeñarse imparcialmente y se lo eligió presidente. Y de inmediato propuso se eligieran dos presidentes honorarios: el ex Presidente Sarmiento y el entonces Ministro de Guerra y Marina, Benjamín Victorica.

A Sarmiento, por todo lo que había hecho por la Marina, creando la Escuela Naval y adquiriendo una buena cantidad de buques en un momento crucial para asegurar nuestra soberanía en la Patagonia.

Al doctor Victorica, por haberlos autorizado y alentado en la fundación del Centro Naval, ayudándolos moral y materialmente.

Uno de los primeros pasos de esa primera Comisión Directiva fue publicar mensualmente un Boletín, en el cual colaborarían los socios, tratando temas de la profesión, que contribuirían a elevar el nivel teórico de los oficiales de la Marina. Se aceptaban colaboraciones de otros oficiales, lo mismo que de civiles.

Siempre se publica ese Boletín, en cuyas colaboraciones de los socios puede apreciarse el alto nivel científico y cultural de los mismos.

Desde hace mucho tiempo es costumbre que todos los oficiales de Marina sean socios de esta Institución. En nombre de ellos y en el mío, especialmente, agradezco muy sinceramente al señor director del Museo la donación hecha. Asimismo, agradezco a las personas que han querido realzar este acto con su presencia.

Finalmente, se sirvió un vino de honor.

—o—

EVOCACION DEL 76º ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE SARMIENTO

Proyecciones extraordinarias alcanzó la rememoración de la muerte del Maestro de América, al cumplirse el 76º aniversario.

Tanto por la cantidad, como por la calidad del público asistente al acto, cumplido en esta Institución el 11 de setiembre a las 18 horas, la evocación perdurará en la memoria de quienes concurrieron.

Estaban presentes: en representación del excelentísimo señor Presidente de la República, el secretario general de la Presidencia de la Nación, profesor Ricardo Illia; el presidente de la Cámara de Diputados de la Nación, doctor Arturo Mor Roig; el subsecretario de Culto, doctor José Noguerol Armengol, en representación del excelentísimo señor Ministro de Educación y Justicia; representantes de los Ministros de Guerra, Marina y Aeronáutica; el presidente de la Asociación "Amigos del Museo Sarmiento", doctor Alberto Iribarne; el vicepresidente del Banco Central, doctor Ricardo E. Aráoz; el director del Museo "Ricardo Rojas", doctor Ismael Moya; el presidente del Instituto Sarmiento de Sociología e Historia, profesor Alberto Palcos; el del Concejo Deliberante, doctor Pedro Carlos Riú; el diputado nacional, doctor Hugo E. Minsk; el general Bartolomé E. Gallo; el ex diputado nacional, doctor Carlos E. Cisneros; miembros del Cuerpo Diplomático, profesores y maestros.

El público ocupó totalmente el hall principal donde se realizaba el acto y desbordó las salas adyacentes, mientras que la concurrencia que no pudo entrar al edificio, siguió los discursos por los altoparlantes puestos en la reja de la calle Cuba.

Dio relieve a la ceremonia la presencia de la banda de música del Colegio Militar, con uniforme de gala. Tomó ubicación sobre el frente principal del edificio. Cadetes navales y militares prestaban guardia de honor.

El acto transmitióse por Radio Nacional, en cadena con la red oficial.

Empezó la rememoración ejecutándose los Himnos Nacional y a Sarmiento, coreados por los asistentes, tras lo cual se leyó una carta del S. E. el señor Vicepresidente de la Nación, doctor Carlos H. Perette, enviada adhiriéndose al acto, cuyo texto es el siguiente:

CARTA DEL EXCELENTISIMO SEÑOR VICEPRESIDENTE DE LA NACION, DOCTOR DON CARLOS H. PERETTE

Buenos Aires, 11 de setiembre de 1964.

Señor:

Director del Museo Histórico Sarmiento,

Doctor Bernardo López Sanabria.

Calle Cuba Nº 2079

Capital Federal.

De mi consideración:

Recibí su invitación para asistir al homenaje que esta tarde tributan ustedes a Sarmiento en el 76º aniversario de su muerte. Tareas parlamentarias y obligaciones contraídas con anterioridad, no me permiten tener el placer de acompañarlos. Pero, por estas líneas, quiero enviarles mi adhesión más sincera y pedirles que me consideren uno más entre el público.

La base fundamental de las ideas de Sarmiento está viva en el espíritu del pueblo argentino. El gran luchador tuvo una mirada clara para todos los problemas argentinos de su época y también de las etapas posteriores. Esas ideas le permitieron perfilar en el friso de la historia de América a un pueblo capaz de vivir con grandeza y con un definido sentido de su papel.

Esa imagen que Sarmiento nos dejó está hecha de escuela y de taller, de trabajo fecundo en el campo de la educación y cultura en las ciudades, de vitalidad creadora y de responsabilidad social y humana. Por esa Argentina luchamos aún hoy. Pero luchamos con la seguridad de que en esas ideas están las mejores reservas morales e intelectuales de la nacionalidad. En su *Facundo*, habla Sarmiento de una gran Nación con cien millones de habitantes. No es una utopía. Por otra parte, sabemos muy bien que los utopistas han tenido razón más de una vez.

Para que las utopías dejen de serlo hay que empezar por creer en ellas. Y Sarmiento creía en sí mismo, creía en su pueblo y creía en el porvenir de su país. Con estos principios por base, las utopías se convierten en realidades. La figura poderosa de Sarmiento surge en todas las circunstancias en que se evocan las mejores virtudes del país como una invitación constante a hacer más y a construir más. Seguirlo equivale a servir a la Nación en todos los frentes de lucha; en el campo de la educación, de la cultura, de la civilización, del perfeccionamiento de las instituciones republicanas, de la consagración de libertad como principio irrenunciable y de las prácticas de una democracia sensible a todas las exigencias de los tiempos modernos. Sarmiento es un ejemplo de virtudes múltiples.

Pero si queremos ser justos no podemos olvidar que es un ejemplo también la permanente evocación que el pueblo argentino hace de esas virtudes y el sentido de íntima comunicación que tiene con ellas. La fidelidad con que las instituciones como la que usted dirige exaltan su recuerdo e interpretan sus ideas, constituye una muestra de que los hombres que nos dieron perso-

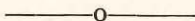
nalidad siguen formando parte de todo lo vivo y permanente del espíritu argentino.

No quiero poner término a estas líneas de adhesión sin mencionar el acierto con que el diputado nacional don Juan Antonio Solari ha elegido para su conferencia: *La figura de Sarmiento parlamentario*. Lo debemos celebrar especialmente, porque fue en el Parlamento donde Sarmiento señaló muchos de sus principios esenciales y porque es en el Parlamento donde la democracia tiene su expresión más elocuente y dinámica. Don Juan Antonio Solari, que es un gran parlamentario y una destacada figura de la democracia argentina, se acerca hoy a la personalidad política de Sarmiento, seguro de que el espíritu del autor de "*Recuerdos de Provincia*" sigue enriqueciendo la nacionalidad.

Envíole, señor López Sanabria, un afectuoso saludo personal, y le ruego que transmita mis felicitaciones al conferenciante y a los miembros de esa honorable Institución por la obra patriótica que viene realizando.

Cordialmente,

Carlos H. Perette



A continuación, el director del Museo dijo:

Evocamos una vez más a Sarmiento, entre estos muros ilustres. Aquí donde parece resonar, aún, la patriótica elocuencia de los diputados y senadores de 1880. Bajo este mismo techo, vibraron los representantes de la Nación ante la palabra rectora e inspirada del Presidente Avellaneda. En este mismo recinto, el sentir nacional de aquella hora solemne tomó cuerpo, cobró realidad, se materializó en acción, para cumplir el inquebrantable designio del país: establecer como Capital de la República Argentina a la ciudad de Buenos Aires.

Evocamos a Sarmiento este año, al cumplirse otra fecha trascendente. El cincuentenario de la muerte de Roque Sáenz Peña, ante cuya memoria ilustre me inclino, respetuoso. Año donde, también, la gratitud nacional corporiza en bronce a Juan Bautista Alberdi. El prócer de la civilización argentina. Padre de nuestra Constitución. Fundamento granítico, principio y origen de la paz y felicidad del pueblo argentino.

Para ambos, el fervoroso, el admirativo homenaje, desde la casa donde late, perenne, el recuerdo del inmortal sanjuanino.

Alberdi fue el Padre de la Constitución. Sarmiento el de la

Cultura y el Progreso. Los dos, formaron el inconmovible pilar donde se asentaría la grandeza de la Nación.

En este aniversario los argentinos ofrendamos, a ambos, el más grande homenaje.

Lo constituye el actual espectáculo del país, marchando por la senda señalada por la Constitución. Regido con patriotismo, administrado con honestidad. Con respetuoso acatamiento a la ley. Con celoso concepto de custodiar, en la libertad, el más grande, el máspreciado bien del hombre.

Por esos principios, Sarmiento combatió con la espada, con la pluma, con el libro. Por esos principios, sufrió privaciones, cárceles, exilios. Al exhibírselos hoy, triunfantes en su tierra, le tributamos el más alto homenaje. El hizo de toda su vida un bregar constante por afianzar normas jurídicas, un predicar sin pausa por engrandecer su país, un batallar sin tregua por cimentar el respeto a la voluntad popular, a los derechos inalienables del hombre.

Hoy su pueblo, viviendo en plenitud esos ideales, de pie en su honor, recuerda su personalidad, repite su nombre.

Felices las colectividades donde se tienen presentes altas y sabias consignas de sus grandes hombres. Las de Sarmiento, poseen la fresca vigencia de las directivas inmortales. Son para ahora y para siempre. Están fundadas en razones de hierro y de diamante.

Escribía desde Chile, en "El Mercurio", el 22 de junio de 1841: "La libertad —decía—, como todos los beneficios sociales, requiere larga preparación. No basta sacudir un yugo y proclamar fórmulas democráticas. Lo primero, importa tanto como el rescate de una propiedad largamente usurpada. Lo segundo, como el plan para su cultivo". Y agregaba: "Es preciso desembarazar el terreno de las malezas que consumen su sustancia y diseminar, después, la buena simiente, prometedora del apetitoso fruto". Finalizaba expresando: "Esta es nuestra misión y la difícil tarea que nos impone la época".

Señores; estos conceptos, parecerían escritos para los días que corren. Esta es la tarea que va cumpliéndose en los momentos que vivimos. Asistimos a una transformación, en lo social, en lo económico, en lo técnico. Impuesta por una evolución mundial, cuya adaptación iremos lográndola por medios pacíficos. Contempladores de la realidad nacional, pero con paso firme, seguro, evitando rectificaciones lamentables, sin apresuramiento

propugnado por quienes alientan propósitos inconfesos, muy distantes de los auténticos ideales argentinos.

Hay una coincidencia digna de destacar.

En 1868, asume Sarmiento la Presidencia, ungido por varios partidos. En 1963, similar situación, lleva a la primera magistratura a quien hoy rige los destinos de esta tierra. Ambos encontrarían en angustioso estado al país. El primero, por la guerra de la Triple Alianza. El segundo, por circunstancias demasiado recientes para recordarlas. El Prócer sacó de aquella situación a la Nación por la puerta del esfuerzo, por el manejo escrupuloso de los caudales públicos.

Por el mismo camino, siguiendo ese luminoso ejemplo y sabias directivas, saldremos del paso los argentinos de hoy, regidos por el patriotismo, por la inteligencia y, por sobre todo y ante todo, por la honradez.

Sarmiento subió pobre y bajó pobre de la Presidencia. Pero con la riqueza de la labor correctamente cumplida. Con la riqueza de la gratitud nacional que lo inmortalizaría en el bronce. Con la riqueza de señalársele como ejemplo, de no olvidarse su nombre y de pronunciárselo con orgullo.

Durante su gestión gubernativa, impuso la paz, condición imprescindible para el progreso.

Roque Sáenz Peña, iniciaba en el Congreso un período legislativo, con estas definitorias palabras: "La República, está en paz".

Nosotros, en 1964, podemos repetirlas. Es la paz requerida por Sarmiento, la que hoy impera. La imprescindible para cimentar el adelanto, la cultura, la democracia. La necesitada por nuestro pueblo para su felicidad. La exigida por la Nación para alcanzar su alto destino. La esperada por el mundo, para que podamos contribuir a defender la causa de la dignidad humana. La causa sin fronteras, de la civilización cristiana occidental.

En esta casa, cada vez que están en peligro nuestro legítimo anhelo ciudadano, nuestra paz y libertad, parecería verse levantar la recia figura de Sarmiento. Adusto el ceño, centelleantes los ojos, estirado el brazo como una espada, señalándonos con voz de trueno, con resonancia de inmortalidad, que el único camino, la única senda por la cual debe marchar el pueblo argentino para obtener su bienestar, es el camino iluminado por los postulados de Mayo, la senda alumbrada por los ideales de Caseros y por el recuerdo de todas nuestras lides en pro de nues-

tros derechos, por donde únicamente resplandece la verdad, la justicia y la democracia.

Sarmiento, desde su tumba, apostrofará siempre a quienes pretendan desvirtuar esos propósitos, a quienes engañen y corrompan a su pueblo, a quienes actúen con el disfraz de la libertad o se presenten con la careta de la democracia, para encadenarnos de nuevo y arrebatarnos nuestros derechos.

Quienes pretendan alterar la paz que vivimos, deben saber que Sarmiento no ha muerto. Está vivo y latente en todos los auténticos corazones argentinos y, cumplir su mandato, será el mejor homenaje a su memoria.

Los pueblos que olvidan los ultrajes a su dignidad y el cercenamiento de sus derechos, podrán renunciar al esfuerzo de defenderlos, pero no se salvarán de la humillación de la cadena.

Sarmiento sostuvo que nada embellece ni da más contenido a la vida, que la lucha por un gran ideal. Lo demostró como maestro, como periodista, como legislador y como Presidente, y lo subrayó con su espada en Caseros.

Honremos su memoria, sosteniendo sus principios.

Luego presentó al conferenciante doctor Juan Antonio Solari, destacando su alta personalidad y su importante labor como legislador y publicista, para terminar expresando:

Señores; antes de cederle la tribuna, permítaseme formular un ferviente voto, nacido de un hondo sentir argentino:

Que el luminoso espíritu de Sarmiento, inspire siempre a los mandatarios de esta tierra, para que pueda nuestra Nación alcanzar su alto destino.

— o —

SARMIENTO PARLAMENTARIO

Conferencia del Diputado Nacional doctor Juan A. Solari

En esta casa histórica, en este mismo salón donde se reunieron los legisladores de la Nación en horas dramáticas y cruciales para ella, señalando desde aquí el rumbo de su organización definitiva, con Buenos Aires como Capital y bajo la advocación tutelar de Sarmiento, a los 76 años de su muerte, hoy presente en el recuerdo que evocan su vida y su obra en el Museo que lleva su nombre, nos cabe el honor de ser intérpretes de uno de los homenajes que la República rinde a su memoria ilustre, para hablar del Prócer como parlamentario.

Su actuación en nuestras asambleas legislativas no es sino una parte de su vasta y fecunda acción civilizadora. Sólo abarca unos pocos años de su dilatada existencia, pero deja, como en todo cuanto realizó en su labor pública, la huella indeleble de su paso. Pudo ser diputado por San Juan, en 1852, al Congreso de la Confederación, elección después anulada; en el 54, electo por Tucumán primero y luego a la Legislatura de Buenos Aires; en 1857 ocupa una senaduría en la Legislatura; en 1860 resulta elegido senador e integra después la Convención del Estado de Buenos Aires y, como representante de ésta, la Nacional de Santa Fe; en 1875, por cuatro años, se incorpora al Senado de la provincia de San Juan.

Desempeñó su función de legislador en años difíciles, de afiebrada construcción nacional. Puso en la tarea, según le era peculiar, la entereza, la pujanza renovadora y la pasión de animoso sembrador que destacan su personalidad en nuestra historia.

Fue un parlamentario de recio temple intelectual y moral. Animado siempre por su conocido lema: "Las cosas hay que hacerlas, aunque sea mal, pero hacerlas", prodigó su esfuerzo sin desmayos con el entrañable fervor de quien sabe que construye para el futuro más que para la hora fugaz de la política o la nombradía no menos pasajera. Acumula en desigual tarea, cargado de experiencia y, por que no decirlo, muchas veces de ataques acerbos, enfrentando la incomprensión o la diatriba, material para la ardua empresa de levantar, sobre los dolores y escombros del pasado despótico, la República libre, democrática y culta soñada por los fundadores de la nacionalidad. Enseña y combate, legisla y se anticipa a su época. Tiene una indomable vocación de forjador, impetuosa o serena, según las circunstancias, con la grandeza de los precursores y la espontaneidad expansiva de quien se reconoce partícipe responsable y rector de una tarea común, que no admite tregua y debe cumplirse, sea cual fuere el puesto de trabajo, desde las posiciones más modestas a las más eminentes, como si toda vacilación pusiera en peligro la marcha de una gran jornada para la Patria. Guíalo, cual certera brújula, el afán de abrir rumbos, de abatir obstáculos, de indicar, a la luz de nuestra propia enseñanza como pueblo y de las naciones más evolucionadas y progresistas, qué debe hacerse y cómo retomar el buen camino. Llega a la Convención, a la Legislatura o al Senado, no para ser aplaudido, llega a decir su palabra y a defender sus principios, con las cicatrices de cien

batallas en la lucha contra la tiranía y rebosante su mente y su espíritu del anhelo de ser fiel a sí mismo, esto es a defender, con las ideas que entendía mejores, su independencia de criterio, su insobornable decisión de no transigir con la injusticia ni aprovecharse del error. Pocos casos como el suyo, en los anales políticos y parlamentarios argentinos, de un hombre menos ligado a compromisos e intereses que no fueran los del país. Pudo equivocarse; el ímpetu mismo de su empeño y la singularidad de su temperamento hicieron que, más de una vez, el recio luchador arrojara la simiente en tierra inhóspita y, acuciado por lo perentorio de la incesante brega, prosiguiera, sin mirar atrás ni apreciar posibilidades de inmediato éxito, la tarea de preparar futuras cosechas. El labriego visionario levantó resistencias, fue acusado de contradictorio, tuvo que resistir, a pecho abierto, el embate del prejuicio, la rutina o las conveniencias heridas. Es el destino de los innovadores políticos y sociales, de los propulsores del progreso moral y cultural de los pueblos, sobre todo aquellos que, como el nuestro, debían hacer el aprendizaje de la democracia por la abrupta senda de una tradición reacia a recoger el mensaje renovador. Sarmiento lo entendió desde el primer instante. Las dificultades acrecían su fe, y la vigencia de su apostolado, como expresión de un ideario en permanente realización, perfeccionado y ampliado por las exigencias de los tiempos, traduce lo esencial y perdurable de su aporte. La posteridad le reconoce los títulos gloriosamente conquistados y aprecia, en su proyección histórica, la fuerza del creador insigne.

El parlamentario no deja de ser, en ningún instante, el Sarmiento de todas sus otras faenas. No hay distingo posible ni valoración aislada. Representa un todo ciclópeo; un inmenso panorama humano, con sus luces y sombras, con la soberana belleza de su montaña natal, cuya imponente grandeza se aquilata a la distancia, impasible al examen de los buscadores de defectos y a la estéril minucia de quienes, en presencia de las cumbres, pretenden negar a las águilas el derecho de extender sus alas y alzarse, bajo el sol o sobre las cimas nevadas, en busca de nuevos horizontes.

Algunos de sus contemporáneos ilustres dan testimonio a la presencia y la acción de Sarmiento en nuestras asambleas parlamentarias.

“En el recinto del Congreso —dice Pellegrini— su banca era una cátedra, y cuando hacía oír su voz, todos inclinaban el oído atento, en la seguridad de nutrir su inteligencia con esa

palabra que nunca fue pueril o vulgar. Si la pasión lo agitaba, su elocuencia era tormentosa; oscuridades impotentes, en cuyos senos se sentía agitarse las ideas; claridades radiosas y relámpagos iluminaban a intervalos el soberbio cuadro."

"Lo que no ha hecho con la pluma —expresaba Aristóbulo del Valle—, lo ha hecho con la palabra hablada. Ha pronunciado arengas en nuestros parlamentos, que oídas en el foro romano, en los últimos días de la República, habrían retardado la llegada de los emperadores."

Séame ahora permitido destacar algunas de las intervenciones de Sarmiento a través de debates en que su voz se hizo oír en temas fundamentales. No es posible reseñar, en el conjunto de sus iniciativas, discursos y polémicas —sostenidas en el recinto y desde las columnas de la prensa— todos los aspectos de su acción parlamentaria.

Incorporado como senador por San Nicolás a la Legislatura del Estado de Buenos Aires, el 13 de junio de 1857, forma parte de la Comisión de Negocios Constitucionales. Una cuestión que debe considerar a poco de su ingreso, es la de las reformas introducidas por la otra Cámara al proyecto del Senado por el cual se reconocía como reo de lesa patria a Juan Manuel de Rosas, dando a las personas el derecho de caer sobre sus bienes. La sanción de Diputados disponía la confiscación lisa y llana. Sarmiento se manifestó de acuerdo con esta sanción. Su alegato contra la tiranía alcanzó caracteres de formidable acusación. Habla, por él, toda una generación, y su palabra resuena en el viejo recinto abonada por la autoridad de una vida de lucha contra el sistema de vida abatido en Caseros, desde el libro, el periodismo y en los campos de batalla.

Su razonamiento es de una lógica irrefutable. Podemos imaginar al autor de *Facundo*, con sus cuarenta y seis años de pelea sin reposo por la libertad y la dignidad de su patria, con su cabeza maciza y retadora, "sus grandes ojos leonados, que veían en el fondo de las almas y en las lejanías del horizonte", como saliendo de su banca, cerrando la diestra en actitud de desafío, con su voz vigorosa y su clara dicción, sin tono declamatorio pero animado por el fuego de una convicción profunda, para exclamar:

"Ha existido una sociedad de asesinos llamada *mashorca* —dice—. No quiero averiguar si el tirano la pagaba, si estaba a su servicio. No es ésta la cuestión. La cuestión es ésta: ¿Existió la sociedad de la mashorca? ¿Asesinó durante años? ¿Asaltó las casas de noche, de día, a la luz del sol? ¿Hay constancias,

acaso, de lo que hiciera el Poder Ejecutivo para contener sus desórdenes? No; no hay constancia de eso y el delito de Rosas está en eso mismo; está en que él no llenó los objetivos del gobierno, que consisten en dar seguridad a la sociedad."

"No se hace esto en precaución de miserables como Rosas, que no merecen la pena de ocuparse de ellos. Es para salvar a nuestros hijos, a las generaciones que vienen, que debemos hechar esos cimientos de buen gobierno y tener el coraje de sostenerlos sin cuidarse de los gritos de quien gritare; gritos que no importan nada."

"Lo que necesitamos es fundar una República y hacer de modo que en adelante las madres duerman tranquilas. Es por esto que importa este juicio; que importa hacer responsable al que gobierna."

Antes había dicho desde las columnas de *El Nacional*: "Es preciso curar a los futuros Rosas de la tentación de imitarlo, contando con la impunidad. Nuestros países no están todavía a salvo de los desbordamientos del poder. Uno de los grandes móviles de la tiranía es la codicia.. Para atesorar caudales los mandatarios hemos sido degollados veinte años. Por atesorar caudales, la conciencia de sus sostenedores enmudeció veinte años, y acudían a las cajas a recibir millones, apartando la vista de la sangre que cubría los alrededores."

El vaticinio de Sarmiento no ha perdido actualidad, y el mundo y nosotros, conocemos bien, por haberlo sufrido en carne propia, a qué alto precio pagan los pueblos, sometidos aún hoy al totalitarismo, la nefasta y corruptora consecuencia de ciertos presuntos salvadores de sus destinos.

En este debate de la ley de juicio político a Rosas demostró —según se ha convenido con acierto— la validez legislativa del acto, vale decir, el principio moralizador de que la responsabilidad de los gobiernos nunca se prescribe en el país. Puesto que sus actos producen consecuencias permanentes en el orden general, una responsabilidad permanente les incumbe: severo principio de toda su actuación pública.

La sanción del Código de Comercio, redactado por los doctores Vélez Sársfield y Eduardo Acevedo, fue obra suya, no obstante la oposición que tuvo que vencer y la derrota sufrida en el 57 y el 58. No se negaba la necesidad del Código; el problema radicaba en la forma de su aprobación. Sarmiento propuso que se hiciera a "libro cerrado". Volvió a la carga en 1859. "Ha sido —dijo— rechazado dos veces y como es éste el último año que

me toca sentarme aquí, quiero tener el honor de que sea rechazado por una tercera vez, porque estos hechos han de ser instructivos para lo futuro... La experiencia de dos años ha dado este resultado; se han nombrado dos comisiones y, vencido el tiempo, se han encontrado como estaban antes, pues no habían hecho nada, y si habían hecho algo era incompleto o muy poco en el examen del Código."

Al comenzar la tramitación del asunto, puntualizó públicamente uno de los muchos episodios que tuvo que afrontar: "Llegó la hora de abrirse la sesión y en las antesalas pude observar un fenómeno extraño, incomprensible. Conocía a los senadores hostiles al proyecto, a los amigos, a los prevenidos, y la exasperación, la corrección, la obstinación, el rencor tienen expresiones propias que se muestran en la fisonomía. Esta vez era otra cosa lo que veían en los semblantes."

"Era más que odio una mezcla de desprecio y asco en unos, de repugnancia y lástima en los otros."

"Recorrí de una mirada el Senado y me quedé yerto. Después de salir de sesiones pregunté a un amigo qué significaba aquel temible aspecto de la Cámara, que me había anonadado, con una atmósfera envenenada. No sé —me dijo—. Sólo que sea que, en antesalas, poco antes de entrar usted, alguno explicó la causa de su insistencia porque se adoptara el Código, diciendo que, si se corregía, se perdería la edición numerosa que había hecho imprimir usted."

"Esta luz siniestra aclara el misterio. Era yo un mercanchifle de libros, y aquel empeño, aquel arrostrarlo todo, aquel discurso mismo que iba a pronunciar para llevar la convicción a los ánimos, era inspirado por motivos venales, acaso unos cien pesos."

No fue, por cierto, la única vez que la calumnia se le cruzó para cerrarle el camino o debilitar su posición. Pero esta vez, como en tantas otras, se impuso su indiscutida autoridad moral, y el Código fue sancionado como él lo pedía.

No aceptaba la imposición del pasaporte para moverse de un punto a otro del país, "porque ha sido hasta ahora y lo es en todos los países, el medio más execrable de tiranía que existe", aceptándose su punto de vista. No tuvo éxito al proponer el sistema de pesas y medidas, basado en el sistema decimal, a pesar de los sólidos argumentos expuestos y su iniciativa sólo pudo materializarse una década más tarde, al aprobarse bajo su Presidencia la ley que rige actualmente.

Al tratarse la reglamentación de la libertad de imprenta, Sarmiento se expidió, al margen de su posición política favorable al gobierno, en salvaguardia de una libertad que jamás dejó de ser como su escudo de gladiador en la liza periodística y sin anonadarse por las injurias que tantas veces habían caído sobre él. Sostenía principios fundamentales, no el interés personal; afirmaba una libertad esencial antes de buscar reparación a las injusticias de que había sido víctima.

“Estos males, en definitiva, no se remedian sino por la prensa misma, haciendo perder a la injuria su fuerza con la repetición de la injuria —dice—. Este es el único medio, en los países de absoluta libertad de imprenta, por donde se ha conseguido morigerar la prensa. Tales son las injurias. Causan al principio todas estas emociones, pero a la vuelta de algunos años el público se fastidia de insultos de muy mal gusto. Se ha tolerado siempre y se necesita que la prensa tenga absoluta libertad de criticar, con justicia o sin ella, los actos de los que gobiernan, de los comisarios, de los jueces, porque no hay en efecto otro freno que pueda contener, no los avances cometidos, sino el poder que puede ejercerse aún con la influencia de los buenos actos. Se ve todos los días en cada uno de los poderes públicos una tendencia a absorber más poder, y es sólo la prensa la que desvirtúa ese trabajo incesante. La prensa defiende a los ciudadanos, defiende la moral pública y a veces quebranta la audacia de la ambición y la influencia de esas cosas que de otro modo no pueden romperse.”

Su predicción es válida para nuestros días y será bueno que no la olviden quienes intentan, de tanto en tanto, poner trabas a la libertad de prensa —más responsable y constructiva en la medida en que sostenga el interés colectivo y sirva a la educación pública—, movidos con frecuencia por una susceptibilidad no justificada por su conducta social, para no hablar de los regímenes que la amordazan y sólo permiten el ditarambo de sus secuaces, abroquelados, según lo padecemos nosotros, tras la arbitrariedad del poder absolutista, la maliciosa aplicación de leyes y disposiciones administrativas o la imposición de la prensa y la información únicas.

Al discutirse la ley electoral, registra una de sus anticipaciones de legislador-estadista. Propone el secreto del voto y la modificación del sistema imperante por el de las circunscripciones o distritos. Tenía en vista la necesidad de asegurar la representación de las minorías y poner término al fraude, la vio-

lencia y la venalidad, marco invariable y fatal de los procesos comiciales de la época y de otras no tan lejanas. Aprovecha la triste lección ofrecida por el propio país y las enseñanzas que había podido recoger en las naciones políticamente organizadas, cuyas prácticas conoció y estudió en sus viajes por el extranjero.

Al fundar su proposición, Sarmiento expresa: "El secreto del voto es un punto capitalísimo. Si se dijera de un país que no tuviera antecedentes en la materia, se comprendería; pero Buenos Aires es el país más rico en experiencias políticas. Aquí se ha levantado el padrón de las opiniones de los hombres y ha sido perseguida la mitad de la población, declarando al gobierno si es federal, si es unitario, si es ardiente, si es moderado; y el país que tal experiencia tiene no comprende todavía la conveniencia de que no se sepa por quien vota un individuo y que no quede consignado en documentos públicos, este es mi amigo, este mi enemigo. Cuando se votaron las facultades extraordinarias, habría quizá sucedido lo contrario si el voto fuera secreto."

Era una preocupación suya de vieja data. Gobernador de San Juan, rodeó de garantías la libre emisión del sufragio, al punto de que en unas elecciones votaron 5.000 ciudadanos sobre 6.800 inscriptos. Presidente de la República, insistió, sin resultado, en el voto uninominal, señalando que la abstención sería el resultado inevitable de la falta de seguridades para la emisión del voto. El tema volvió al debate en 1873, mediante un proyecto del diputado por San Juan, Rafael de Igarzábal, siendo Sarmiento Presidente de la República. Sostuvo la sustitución de la lista completa por el de circunscripciones o distritos y el voto secreto. El dictámen de la comisión, por mayoría, fue favorable al voto secreto. La discusión fue intensa e ilustrativa, pero la idea no prosperó por 54 votos contra 18. Desde el Senado Nacional, en 1876, Sarmiento reitera su iniciativa sobre voto uninominal y, desde luego, mantiene su adhesión al secreto del sufragio, "que es —escribía en 1879— el único medio que se ha encontrado para quitar la ocasión de que se ejerzan las influencias oficiales o se hagan sentir sobre el elector las servidumbres oficiales." Tendía a garantizar la libre emisión del voto y a permitir la representación de las minorías. Consecuente con sus ideas, no reparaba en motivos políticos y menos en los meramente personales. "Poco le importaba que a él mismo —como anota Palcos— le hubiera ido mal con ese sistema. Siendo ya una figura continental, y después de haber ejercido la primera magistratura del país, presentó su candidatura a una modesta concejalía en la

parroquia de San Nicolás de esta ciudad y fue derrotado, en una elección escandalosa, por un oscuro boticario, caudillo de la circunscripción y extranjero, por añadidura. Sarmiento incriminó a las coacciones oficiales y no al régimen uninominal el grotesco resultado. Y sacando alientos del fracaso, se afirmó en su proyecto de voto secreto."

Más de medio siglo largo debía transcurrir para que, salvo algunas reformas como la de 1902, se llegara a la sanción de una ley electoral que reconocía lo esencial de la prédica sarmientina. Su nombre fue citado en el memorable debate parlamentario de 1911, reconociéndoselo como un precursor. La Ley Sáenz Peña le hizo justicia.

¡Cuánto habría ganado la República si se hubiera atendido el clarividente reclamo de Sarmiento! ¡Y cuán urgente es honrar el pensamiento y la acción de los dos eminentes gobernantes procurando que la verdad política y cívica sea la segura base de la libertad del sufragio, respaldado por la conciencia y la capacidad de la ciudadana! Porque bueno es no olvidar la premiosa advertencia del prócer, cuando nos dijo: "Un pueblo ignorante elegirá siempre a Rosas; hay que educar al soberano"; lema de su vida, razón de ser de su batallar. Y esta otra, en un artículo periodístico en 1856: "Quéjanse los que sólo a la superficie de las cosas miran, del espíritu revolucionario que reina en esta parte de América. La revuelta suple a la verdad de la elección que falta, y la conciencia pública se indemniza de la violencia que se le hace al darle gobierno la superchería de los escrutadores."

Su labor en el Senado de Buenos Aires, que es la de un legislador nutrido de información, firme en sus opiniones y juicios, con relevantes condiciones de gobernante, avezado en derecho parlamentario y, diríamos, prudente, abarca cuestiones de singular trascendencia. Hemos puntualizado algunas de ellas. No podríamos detenernos en el análisis detallado de otras, igualmente importantes, pues nos demandaría una extensión impropia de una disertación como esta.

Podríamos, así, citar sus intervenciones sobre ferrocarriles, islas en el Delta del Paraná, el precio de la tierra pública, facultades del municipio, derechos civiles de los extranjeros, etc. Tres proyectos tienden a materializar su jamás desmentida preocupación por la enseñanza pública. Reglamenta el funcionamiento de las escuelas de la ciudad de Buenos Aires, creando para las mismas diferentes recursos, procedentes de la venta de propiedades pertenecientes a la Municipalidad, con lo que persigue asegurar-

les rentas propias, tendencia que posteriormente refirma. Establece la participación que ha de corresponderle al Estado, en relación con el aporte de las suscripciones públicas, con destino a las que hoy conocemos como cooperadoras escolares. Otro proyecto fija los rubros llamados a crear las rentas escolares, figurando entre ellas las multas, las tasas sobre herencias y legados, herencias vacantes. "Cada momento —proclama— trae una nueva generación de niños que piden su parte de educación, y el no proveer en el momento a esta necesidad, es exactamente igual a no pagar el rédito de un capital, es decir, que cada día que pasa los intereses impositivos se están aumentando y las dificultades se están haciendo mayores."

Al discutirse los ascensos militares, hace oír su voz contra los abusos que se cometen al otorgar nuevos grados, sin destino específico en las instituciones armadas. "El general, en las repúblicas de América —sostiene— es un hombre público, no es el simple general de los ejércitos europeos." Los generales vienen a hacerse los caudillos del pueblo, se hacen los jefes de las facciones cuando no tienen destino en el ejército." Obligado a enfrentarse con lo que él mismo denomina fuerza bruta de las mayorías parlamentarias, les previene que, "cuando un partido gobierna no recuerda que un día puede estar abajo y él mismo labra las cadenas que han de amarrarlo más tarde."

También los demagogos tienen que escuchar la réplica parlamentaria de Sarmiento cuando les grita más que les dice:

"He combatido veinte años por la libertad y estamos tratando de fundarla en el respeto de las leyes y de la autoridad."

"Se dice que se quiere la seguridad del individuo, pero también las sociedades requieren seguridad para ellas en general."

"Los pueblos que no han sabido conservar su libertad, son los que hoy quieren exagerar sus derechos, y todas estas palabras no sirven sino para condescender con la impericia de los pueblos que no saben cómo se fundan las libertades públicas."

Hemos dicho que esta etapa de su actuación legislativa acredita en los asuntos de fondo una opinión fundada, expuesta en lenguaje directo, sin vanos adornos oratorios. Su palabra, empero, resuena vibrante cuando se trata de sostener, ante la incredulidad ajena, una causa que entiende justa o para responder a quienes parecen dudar de su fe en el futuro del país.

Nadie desconoce su actitud frente a las risas con que muchos de sus colegas acogieron una proposición suya a fin de aumentar un crédito para construir el ferrocarril a San Fernan-

do. Pide a los taquígrafos que tomen nota de la reacción de los senadores y de la barra; "Porque necesito que las generaciones venideras sepan que para ayudar al progreso del país he debido adquirir inquebrantable confianza en su porvenir. Porque necesito que consten esas risas para que se sepa también con que clase de necios he tenido que lidiar."

Durante el debate de los pactos con la Confederación, a propósito del reconocimiento del derecho a una pensión que le fue acordada por Rosas a don Benjamín Victorica, elementos jóvenes de la Cámara la rechazaban, aduciendo que se trataba de un servidor de la tiranía y presentándose como abanderados de la pureza y la rectitud. Sarmiento, Ministro de Gobierno, les sale al cruce y con esa alta sabiduría que sólo otorga una larga vida, el conocimiento de los hombres y una incontrastable autoridad moral, lanza este apóstrofe: "No pudiendo romper el Senado la valla que le oponía el gobierno, tuvo que dictar una ley de exclusión política, exclusión de que yo participo también. ¿Quién me ha de enseñar a ser exaltado contra ese partido que he combatido treinta años? Esos señores —dice alzando con su mano un vaso y dirigiéndose, desafiante, a los opositores— son tan puros como el agua que contiene este cristal, pero por la sencilla razón que ellos no han servido para nada. A los hombres que han servido al sol de la revolución y en la polvareda de las luchas políticas, de la lucha y del destierro, es a los que se viene a decir: ¿Nosotros estamos puros? Un poco de polvo en los vestidos y alguna vez las manos un poco sucias, he aquí lo que pueden echarnos en cara, pero se las lava uno para volver a principiar de nuevo."

El constructor indomable, el luchador sin reposo, el dueño de sí mismo, con la confianza que inspira la conciencia del deber cumplido, más allá de derrotas y sinsabores y más allá también de todo falso orgullo, está de cuerpo entero en la respuesta. Es el jefe aguerrido y valiente, probado en lides gloriosas por la libertad y la cultura, dictando su lección sin réplica a los impacientes cadetes bisonños... Y es, al mismo tiempo, el orador tribunicio, de elocuencia nacida de lo recóndito del alma.

Veámosle ahora en la Convención del Estado de Buenos Aires, de 1860. Es otro el escenario y otros los protagonistas, muchos de ellos nombres ilustres incorporados por siempre a la historia del país.

El pacto del 11 de noviembre de 1859 declaraba a la provincia de Buenos Aires como parte integrante de la Confederación

Argentina, debiendo, dentro de los veinte días, convocar una Convención provincial para examinar la Constitución dictada en 1853 y vigente en las demás provincias, proponer las reformas que creyera oportunas, que luego serían sometidas a una Convención Nacional.

Desde el comienzo la Asamblea aparece dividida en dos sectores con fuerzas casi equilibradas; el de los reformistas, que procuran demorar la solución nacional acaso para conquistar nuevas posiciones y el de los antirreformistas, que propugnan la reincorporación lisa y llana de la provincia a la Confederación, a fin de participar en una nueva elección presidencial, que se avecina.

Sarmiento encabeza esta última tendencia, pide que la Convención se constituya en Asamblea para estudiar las reformas a proponer, pero triunfa la tesis de nombrar una comisión que estudie lo que convenga hacer. Sarmiento termina aceptando esta posición y forma parte de la comisión designada, con Mitre, Vélez Sársfield, Obligado, Domínguez, Barros Pazos y Mármol. Luego de dos meses de trabajo produjo su dictamen, cuyo informe fue redactado por Mitre. Las reformas propuestas, finalmente aprobadas en su mayor parte, reconocen la gravitación del autor de "Comentarios de la Constitución".

Sarmiento interviene en las deliberaciones, dueño de una versación de buena ley, con ágil técnica parlamentaria —acredita por su reciente labor en el Senado— y espada diestra para las controversias. Su temperamento decidido y franco no tarda en hacerse presente y logró, en el seno de la comisión y en el recinto, imponer no pocos de sus puntos de vista, especialmente respecto a adaptar en lo posible el texto de nuestra Constitución a la de Estados Unidos. Se lo escucha y atiende. El habla, según dice Rojas, "con énfasis y fanatismo, como si fuera un enviado del Eterno, de donde vino que sus enemigos le llamaran "Don yo" y lo tilden de vanidoso, aunque su egolatría era ascética y filantrópica, notándose en ella un candor infantil y un aplomo de maestro de escuela". Pero lo salva su limpio patriotismo y su elevada inspiración. Pronuncia discursos medulares y, por sobre lo agitado de ciertos debates, su personalidad se destaca. Ratifica su agudo sentido parlamentario consciente de los deberes de tal y vehemente defensor de los privilegios legislativos, antes que personales, de las Cámaras de la Legislatura, del Congreso de la Nación.

Los convencionales no reformistas se habían trazado el pro-

pósito de no intervenir en las deliberaciones. Sarmiento censura esta actitud, "porque —afirma— me parece más provechoso a la República Argentina el debate mismo que lo que serán las decisiones finales que adoptemos. Es un curso de derecho público que va a abrirse al pueblo, que no conoce, por lo general, lo que importa esa Constitución que se ha dado." "Puede ser —añadía— que de ella salga una de las más pacíficas y fecundas revoluciones que han agitado a la América del Sud: la revolución hecha por el derecho, por la discusión científica, por la evidencia de la verdad."

Sarmiento contribuyó con eficiencia y talento a elevar el nivel de ese curso de derecho público y las páginas de *Diario de Sesiones* de la Convención testimonian el valioso caudal de sus ideas, experiencia y nobles anhelos. Su lectura deja aún hoy enseñanza útil y es fuente de estudios e información.

No podemos adentrarnos en el análisis detenido de las cuestiones tratadas y los debates en que intervino Sarmiento, como —para mencionar uno—, el relativo a la Suprema Corte.

Queremos, subrayando su característica de parlamentario, referirnos a dos de sus célebres y no olvidadas participaciones en sendos momentos culminantes de la Convención.

Las tareas llegan a su fin. El convencional Félix Frías, que con un núcleo numeroso de colegas habían asistido a los debates sin usar de la palabra, proyecta, en la sesión del 11 de mayo, un nuevo artículo, según el cual "la religión católica, apostólica, romana, es la religión de la República Argentina, cuyo gobierno costea su culto. El gobierno le debe la más eficaz protección, y sus habitantes el mayor respeto y la más profunda veneración."

Frías era un orador de fuste. Compañero de los exiliados por combatir la tiranía rosista, redactor de *El Iniciador* y *El Nacional*, en Montevideo, prestigioso unitario secretario de Juan Lavalle, proscripto en Bolivia, después presidente de la Cámara de Diputados en 1876-1878, sin duda impulsado por respetables creencias religiosas, procuraba una definición constitucional del catolicismo consubstanciado con el Estado, reabriendo una polémica resuelta, luego de luminosas discusiones, en el Constituyente de 1853.

De inmediato entra en acción Sarmiento. El tema surgía imprevistamente. Lanza su primera estocada: "Que corrija la palabra República, porque no existe." Más adelante: "¡Yo admiro la moderación de los moderados!..., que no se han cuidado del interés de sus propias ideas y que se han abstenido de mani-

festarlo en tiempo, para no provocar debates, según decían, que podrían estorbar a la unión de los pueblos. Bien; parece que estando preocupado el señor convencional de su asunto, le han ofrecido poco interés las reformas que se han hecho y ha venido a dejarse oír únicamente para apoyar la que él presenta."

Fue el de Sarmiento un discurso admirable, improvisado en su forma aunque sintetizaba una prédica de toda su existencia, en el que, sin herir los sentimientos e ideas de Frías mantuvo con gallardía sus propias convicciones. "La libertad de la conciencia —dice como resumen de su oración— es la base de todas las otras libertades, la base de la sociedad y de la religión misma." "Pido a la Convención pase a votar para evitar esta cuestión que puede ser tempestuosísima." La siguieron en el curso del debate: Acosta, Anchorena, Portela, Frías, Roque Pérez, Vélez Sársfield, Carrasco, Estévez, Seguí, Elizalde, Mármol y Gutiérrez (José María). El voto de la Convención, conforme a lo pedido por Sarmiento, fue la no reforma al artículo 2º de la Constitución..

David Peña nos ha legado una vivísima impresión de ese debate. El discurso de Frías "oído con respeto —comenta— no llamó la atención mayormente por ser de todos conocido el hondo catolicismo de su autor. Sarmiento se movía en su sillón con incontenible impaciencia. Hecho el silencio, cuando Frías terminó, la primera frase de Sarmiento fue el anuncio de lo que vendría después; llamó "encubierta" a la cuestión propuesta y agregó que sus sostenedores no habían aportado ningún concurso a la obra que los congregaba. Y así, resueltamente como era él, todo al aire, intrépido, seguro, paseóse por la historia, manejó instituciones y recorrió el campo de la materia como un guerrero seguro de su pujanza irresistible. El Sarmiento que está hablando es la expresión, con tonos remarcados, del liberalismo que asomara en Santa Fe, por los labios de Gorostiaga, Seguí, Zavallía, Zapata y los demás, todos concordantes con el liberalismo doctrinario de Alberdi. El repite a su modo los puntos ya tratados por aquellos pensadores; él defiende, sin decirlo y sin quererlo acaso, la obra espiritual que aquellos patriotas acababan de afirmar en la Ley Fundamental de la Nación."

El otro momento de la Convención que deseamos evocar, en que Sarmiento alcanza con sus palabras y su emoción, como un iluminado, al cénit de su elocuencia inigualada, por la fuerza expansiva del verbo y la patética expresión del orador, es el

tantas veces recordado en que hace, al término de las deliberaciones, su generosa invocación a la unidad nacional.

¿Quién que haya seguido nuestros anales parlamentarios no lo conoce? ¿Quién puede sustraerse al influjo conmovedor de sus palabras y del instante en que las pronuncia?

...“que se levanten todos con nosotros, diciendo: Queremos ser Provincias Unidas del Río de la Plata, a fin de que no haya motivos de desunión en lo sucesivo. Hemos principiado este debate tan difícil en los términos más acres y con corazón cargado de hiel, pero el debate con la razón, con la verdad, produce siempre los mismos resultados que ha producido aquí. Todas las pasiones hostiles han desaparecido y hoy estamos en fin unidos en los mismos sentimientos; todos hemos concluido por hacernos justicia. Que se levanten, pues (volviendo la vista hacia las bancas de la oposición y poniéndose involuntariamente de pie), y exclamen con nosotros: Queremos unirnos, queremos volver a ser las Provincias Unidas del Río de la Plata.”

La Convención —según consta en el Diario de Sesiones— se pone de pie en masa; las tribunas de la barra sofocadas por un inmenso concurso se conmueven, el presidente y secretarios se levantan de sus asientos y todos los concurrentes y los convencionales, dándose las manos, prorrumpen en gritos de: ¡Vivan las Provincias Unidas del Río de la Plata! ¡Viva la Convención de Buenos Aires! ¡Viva Sarmiento!, disolviéndose la Asamblea después de declarada, por aclamación, sancionada la reforma, en medio de la emoción general.

Las crónicas periodísticas de la época refieren que Frías, el líder de la oposición, porteño de nacimiento, con Sarmiento, líder de la mayoría, provinciano de origen, se confunden en estrecho abrazo...

Los militantes de la misma causa, circunstancialmente alejados por disidencias de opiniones, pero unidos por un mismo sentimiento de unidad nacional —que al fin habría de sellarse después de nuevas vicisitudes y enfrentamientos—, reconocíanse solidarios y hermanos en la cruzada que afianzaría la patria argentina, democrática y libre.

Sarmiento fue el vocero de ese ideal, la expresión emocionante de esa hora de prueba.

Para la República, democrática y libre, sepamos ser dignos legatarios y continuadores de tales hombres en la hora que nos toca vivir.

Pasan quince años. Sarmiento, después de Pavón, ha sido

auditor de guerra de una expedición militar enviada al interior; gobernador de San Juan; luchando contra los caudillos; desempeñando una misión diplomática especial ante Chile y el Perú; ministro plenipotenciario de la Argentina en los Estados Unidos; Presidente de la Nación... Tres lustros intensos, de múltiple y fructífera labor, que le permiten ponerse en contacto con la realidad del gobierno, realizar obras importantes en su provincia natal, relacionarse con figuras eminentes de América y Europa, continuar sus estudios y conocer directamente la experiencia democrática de otros países, seguir de cerca la práctica de sus instituciones y leyes, publicar nuevos trabajos, recibir honores en la Sociedad Histórica de Rhode Island, que lo designa miembro honorario, y en la Universidad de Michigan, que le otorga el título de Doctor en Leyes.

Lejos de su patria, en el desempeño de su plenipotencia, recibe la noticia de la muerte de su bien amado Dominguito en el combate de Curupaytí...

Durante su Presidencia, tempestuosa y fecunda como pocas, en medio de dificultades y problemas de todo orden y de una oposición encarnizada, que no trepida en querer anularlo y en lanzarle de continuo la saeta venenosa del insulto y la calumnia, cuando no en preparar su asesinato, él demuestra la fortaleza de su espíritu, la hondura de su talento, la energía ejemplarizadora —llegado el caso— de su acción, el visionario aliento que lo guía como una estrella polar en su ascensión, tan dolorosa y ardua como se quiera, por las sendas de la República. No en vano había vaticinado: "Si me dejan, le haré a la historia americana un hijo."

En octubre de 1874 entrega el gobierno a Avellaneda, convulsionado el país por la revolución de ese año, finalmente vencida en Santa Rosa el mes anterior, en la batalla dirigida por el entonces coronel Julio A. Roca.

Dejaba la primera magistratura pobre y austero, como lo fue siempre. "El último centavo de las arcas públicas puede cantar con timbre de metal lícito la limpieza de su honradez", comentaba Lugones al hablar de la gestión presidencial de Sarmiento. Alquilaba una casa en 200 pesos y carecía de recursos pecuniarios. Avellaneda le ofrece una embajada en el Brasil, que rechaza invocando el impedimento de su sordera. Sólo pide que se le permita conservar un edecán y el libre porte de su correspondencia.. Un mensaje del mismo Avellaneda al Senado de la Nación, solicitando autorización para promoverlo al grado de general, quedó encarpetaado tres años.

Es entonces que la Legislatura de San Juan lo elige, el 9 de marzo de 1875, senador nacional, incorporándose el 29 de mayo. No faltó un adversario político que intentara el rechazo de su diploma porque el electo sufría de incapacidad física: la sordera. Derrumba todos los argumentos y desarma a sus opositores con "una de las suyas". Dice que la sordera no le incapacita para ocupar una banca en el Senado, porque él no viene a la Cámara a escuchar sino a decir y, por suerte, aún le queda voz bastante. ¡Y a fe que lo probó!

"Hubo de sentarse —recordaba Pellegrini ante la tumba de Sarmiento— entre sus antiguos adversarios y continuar enseñando con admirable entereza sus ideas impopulares, en medio de tempestades, de denuestos personales que no respetaban ni su ancianidad, ni sus servicios, ni el decoro parlamentario."

Sarmiento les libró pelea a pie firme, agrandándose en ella.

El primer debate en que intervino fue el originado por el proyecto de ley en revisión sobre amnistía general a los sublevados en setiembre de 1874. La Comisión de Negocios Constitucionales está integrada por los senadores Vallejo, García y Sarmiento. Su dictamen aconseja una amnistía general por los delitos políticos anteriores a ley en debate, no comprendiéndose en sus beneficios a los que se hubieren hecho reos del crimen de lesa traición a la patria; los autores de delitos cuya perpetración se hubiera efectuado con violación de las ordenanzas militares, que quedan reservados a las facultades que, en virtud de la Constitución, ejerce el Presidente de la República como Comandante en Jefe de todas las fuerzas de mar y tierra de la Nación; los que sin autoridad legal hubieran ordenado fusilamientos, o ejecuciones a lanza y cuchillo, siendo responsables de estos crímenes los que los ordenaron, o autorizaron sin castigarlos y los ejecutores de tales actos de barbarie; los que se hubiesen apoderado o dispuesto de dineros del Estado, o de los bancos u otros depósitos particulares, o permitido o autorizado incendio o saqueo de poblaciones o casas particulares. El dictamen era una ilustrada pieza de carácter constitucional y lo acompañaban tres proyectos accesorios.

Sarmiento tuvo a su cargo el informe verbal. Fue el suyo un discurso sereno, en el que habló de la necesidad de las "diferencias y cordialidades" entre "los que están consagrados a las mismas tareas", afirmando que se trataba "del único asunto del que hubiera querido apartar mi mente".

No dejó, es cierto, de demostrar su garra y de decir, con acopio de experiencia y doctrina, cuanto creyó que debía decir, mas

su tono, en general, resultó medido, circunspecto. No dejó tampoco de formular un consejo que acaso sea interesante tener presente:

“En lugar de amnistías candorosas que no harán que los amnistiados nos perdonen el agravio de haberlos perdonado, debiéramos contraernos a quitar los pretextos y los medios de intentar revoluciones.. Si hay o pretextan abusos en las elecciones, enmendemos las leyes que lo hacen practicable, castigando a los infractores. Si el honor militar se ha hecho una máscara para engañar y mentir, seamos implacables con éstos que no son errores políticos sino crímenes vergonzosos, que perdonándolos nos salpican con su vergüenza y entonces tendremos paz y tranquilidad: paz, porque nuestro valiente ejército no será prostituído por jefes *condottieri*; tranquilidad, porque sólo pervirtiendo al ejército pueden intentarse revueltas.”

Narración de hechos registrados por la historia, abundancia de citas constitucionales y políticas, en que a la doctrina del exégeta del derecho público uníase el estudio de los hechos sociales, disección del estado evolutivo del país a través de sus luchas armadas, el discurso de Sarmiento iba creando un ambiente de excitación. Después de una escaramuza parlamentaria de Quintana, habla Rawson, colega de representación de Sarmiento por la provincia de San Juan, tribuno y polemista de fuste, anunciando que el ex Presidente “en su vida había oído lo que oiría esta vez”. Es sin duda un discurso digno de su contendiente, cuya tesis procura destruir, pero que debilita luego su fuerza de convicción porque el orador entra en el terreno del ataque personal, inclusive en la vida pública y privada, le hace el proceso como gobernador de San Juan y Presidente de la República, llegando a llamarlo tirano, conculcador de todas las leyes, responsable directo de la muerte del “Chacho”.

Debate inolvidable en los anales de nuestro Parlamento. Del Valle lo actualiza al hablar, en el mismo Senado, sobre emisiones clandestinas, el 28 de junio de 1890, para decir: “Sarmiento mismo, al bajar de la Presidencia, ha subido a nuestra tribuna para encontrarse con Rawson y librar aquella memorable batalla, que duró varios días, y que, como la de Clay y Webster, ha podido ser llamada batalla de gigantes.”

Otro gran orador nuestro, Osvaldo Magnasco, evoca la memorable polémica y la respuesta de Sarmiento, en estos términos: “Fue un apóstrofe, como pocas veces, vehemente e implacable. Zahirió brutalmente a su adversario, a Rawson —el dulce Raw-

son, podemos decir nosotros, los que tuvimos la fortuna de escucharlo tantas veces." "Esos son los asesinos —dijo—, y lo dijo con aquella voz tonante que una vez escuchada, sobre todo en circunstancias como la que ahora recuerdo, dejaba en el alma no sé qué impresión, diré *meteorológica*... , porque después de las grandes descargas de la atmósfera parecía percibirse en el ambiente de los debates un acentuado olor a ozono..."

Pero la discusión debía tener derivaciones ingratas, que exhiben a Sarmiento en toda su bravía grandeza. Al terminar la sesión, la barra y el público, compuesto casi en su totalidad por partidarios y parientes de los beneficiados por la amnistía votada en Diputados, hicieron a Sarmiento objeto de insultos, amenazas y una bien preparada rechifla. Tres cuadras marchó entre dos filas de provocadores, acompañado por algunos amigos a quienes había prohibido responder. Recorrió impasible su camino y al llegar a la esquina de Bolívar, descubriéndose ante la turba, exclamó:

"—¡Insulten canas!"

No permitió que actuara un oficial del ejército que recriminó a la plebe la "cobardía de reunirse centenares contra un viejo", lo reconvino, agregando:

"—Al fin la vejez no hace al caso. El atentado es tan condenable contra un viejo como contra un joven."

La reacción de Sarmiento, valiente y resuelta, se produjo en el mismo recinto del Senado, en la siguiente sesión, el 8 de junio del 76, planteando una cuestión de privilegio. Son palabras que han quedado en la tradición de nuestro Congreso, filosas e incisivas como una espada, soberbias y categóricas como un testamento o una profesión de fe:

"Si las voces de reprobación, si los gritos que se dan, si la fuerza del número, que pesa sobre mí principalmente, son medios de coacción para hacerme pensar como desean los que piensan contra mis ideas, yo diré a los que tengan la posibilidad de hablar con esos jóvenes, que no conocen la historia. Yo soy Don Yo, como dicen, pero ese Don Yo, ha peleado a brazo partido durante veinte años con D. Juan Manuel de Rosas y lo ha puesto bajo sus plantas, y ha podido contener en sus desórdenes al general Urquiza, luchando con él y dominándolo; todos los caudillos llevan mi marca. Y no son los chiquillos de hoy día los que me han de vencer, viejo como soy, aunque dentro de muy pocos años la naturaleza hará su oficio... Creen que es la cosa más sencilla y sobre todo la más divertida oprimir, y yo lo aseguro, lo he dicho más de quinientas veces: no es Rosas el tirano de la República Argentina;

el tirano viene de mucho más atrás; nos ha costado mucho aprender a no oprimir. . .”

Se lo escuchó en silencio. Nadie fue insensible a este grito de su conciencia insobornable:

“—He querido, señor presidente, que la barra me oiga una vez, que vea toda la libertad de que soy capaz. Y es una pérdida para el país, que ustedes encadenen y humillen y vejen este espíritu que ha vivido sesenta años, duro contra todas las dificultades de la vida; que ha sufrido la tiranía, que ha sufrido la pobreza que ustedes no conocen, y las aflicciones que puede pasar un hombre que no sabía en la escuela sino leer, y que desde entonces viene abriéndose camino en el trabajo, la honradez y el coraje de desafiar las dificultades.”

Se intentó aplaudirlo. Y entonces él, dueño de sí mismo, les advierte:

“—¡Es inútil silbarme o aplaudirme! De los aplausos hago poco caso, porque soy a ellos poco meritorio (y quisiera hablar con muchas de las personas que me aplauden para ver si saben y entienden qué es lo que aplauden); y con los silbidos sucede lo mismo. Hay una frase de que tanto se ha hecho burla, de que tengo una coraza: repito que la tengo, y que soy todo coraza ahora.”

Al finalizar la sesión la multitud quiso exteriorizarle su admiración y respeto, pero él eludió toda demostración subiendo a un tranvía que pasaba en ese momento y regresó a su casa.

Ante la imposibilidad de seguir la actuación de Sarmiento durante su senaduría nacional, en la que cesó el 28 de agosto de 1879, nos permitimos recomendar a los estudiosos la lectura de los tomos XIX y XX de sus *Obras Completas*. Podrán apreciar no sólo su contribución fundamental a nuestro derecho parlamentario, materia en la que sólo suelen intervenir los especialistas, sino respecto a problemas de indudable interés nacional, como los referentes a inmigración y distribución de tierras, escuelas normales de mujeres, agronómicas y de minería, funciones de la Nación en la educación, representación diplomática, estado de sitio, bibliotecas populares, el secreto de las sesiones, universidades y colegios de instrucción secundaria, libertad de enseñanza, intervenciones federales, etc.

Entre los famosos discursos pronunciados por Sarmiento, que en virtud del secreto de las deliberaciones fue excluido del Diario de Sesiones del Senado, está el atinente al litigio de límites con Chile. *El Nacional*, en el que escribía Sarmiento, publicó

una versión aproximada sin entrar al fondo del asunto. Se dijo que en la discusión de diez sesiones en que Sarmiento habló, fue examinado el pacto entre la Argentina y Chile, interviniendo muchos autorizados legisladores. Pero la crónica recogió "la impresión que todavía se resiente la opinión de setenta senadores y diputados que estuvieron bajo la fascinación de aquella palabra vibrante y justiciera". Señala asimismo el hecho excepcional de "que es el más grande discurso que haya pronunciado en su vida el orador, sabiéndose que en treinta años, en asambleas y academias, ha pronunciado muchos de carácter notable. Llega la exageración hasta hallarlo superior al de La Bandera. El secretario del Senado asegura que en treinta años de serlo no ha oído en el Congreso nada que se le acerque y los adversarios, émulos o enemigos personales del señor Sarmiento, que no se inclinaron ante él cuando tuvo en sus manos el poder supremo, que tachaban de arbitrario, se han confesado vencidos y dominados esta vez, que le ven casi como un gladiador, asumiendo una actitud artística para expirar ante el pueblo y mostrarle que era digno de vivir."

"Dícese que el orador no tenía apunte alguno, como los que en su primer discurso habían guiado su memoria. Añádese que en su introducción denunció el extravío parlamentario de las arengas acompasadas, de la hipérbole castellana y de la exageración de los epítetos, con que queman incienso ante aras de la Patria y levantan al fin tal humareda que la materia de la discusión, o se oculta a la vista, o toma formas fantásticas, torcidas o absurdas."

Fue llamado el discurso de Sheridan, que se conserva en la tradición parlamentaria británica como la grande, la más bella oración que oídos modernos hayan escuchado.

Una singularidad de la oratoria parlamentaria de Sarmiento, a veces desalineada, como si el caudal de ideas y remembranzas oportunas pugnara por anticiparse a las palabras, superando el medio de expresión, radica en su tendencia a revivir hechos históricos, a título bien ganado de haber sido actor principal en muchos de ellos.

Así, en la sesión del 11 de julio de 1878, a poco de celebrarse el 62º aniversario de la Independencia, el Senado considera la situación constitucional de Corrientes; Sarmiento, al usar de la palabra, hace una digresión histórica que esclarece un episodio hasta entonces no definitivamente conocido. Escuchémoslo:

"Yo tengo, señor presidente, un recuerdo que traer, que no

se liga, al parecer, con la cuestión presente, pero que en el desarrollo que daré a mis ideas, se verá a cada momento que tiene relación."

"Voy a hablar de una persona que tuvo gran representación en la República Argentina, en la declaración de nuestra Independencia, y de dos hechos históricos de que no hay más testigo en la tierra que yo en este momento, me parece; que no están consignados en ninguna parte, que no hay documentos que los guarden, y que quisiera que en el acta de esta sesión quedaran conservados."

"El 22 de junio de 1826 se dio la batalla de La Tablada, que es el comienzo de la guerra de Treinta años, que terminó con la Constitución de la República Argentina, y en virtud de la cual estamos aquí, a consecuencia de treinta años de combate para destruir los caudillos y las tiranías que habían disuelto el Congreso de 1826."

"¡Y bien, señor presidente!, cuatro días, seis días, quizá ocho —porque no he podido averiguarlo (no he encontrado una página escrita que me sirva), sólo tengo un cierto recuerdo— antes de la batalla de La Tablada, hace de ello medio siglo, el general don Nicolás Vega, que en estos momentos tiene ochenta y seis años, y que no puede moverse ya por el peso de su edad, daba la batalla de Niquivil contra los Aldao, y yo era su ayudante en esos momentos."

"Como yo era muy joven, creo que no hay nadie vivo, sino él y yo; no recuerdo de otra persona que no haya muerto ya."

"Recuerdo este incidente para traer otro más grave."

"Tres meses después era yo ayudante mayor del general de la Independencia don José Rudecindo Alvarado."

"Nos batíamos con Quiroga y con Aldao, y después de tres meses fuimos derrotados y, como incidente que interesa a alguna persona, que se encuentra aquí presente, recordaré que salí del campo de batalla con el padre del señor senador Villanueva; pero no es todo lo que quería referir."

"En los momentos de tumulto, y cuando vimos venir la derrota de todas partes y brillar en el aire los sables que diezmaban a nuestros soldados, un sujeto que estaba conmigo, me dijo: Y bien, Sarmientito —pues así me decían, yo era muy joven—, ¿por dónde nos escapamos? —Y me indicó, al mismo tiempo—: Por aquí. Yo le dije: Por ahí va, señor, la persecución, por ahí no podemos salir, tomemos esta dirección hacia la

ciudad de Mendoza. Nos separamos y a él lo mataron a media cuadra de distancia; yo vi cuando lo tomaron."

"Era, señor, el presidente del Congreso que declaró la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, el doctor don Narciso Laprida, y pediría a mis compañeros nos pusieramos de pie un momento en homenaje a su memoria."

(El presidente del Senado, los senadores todos y la numerosa concurrencia que llenaba la barra, pusieron de pie, en medio del más religioso silencio.)

"Quiero consignar aquí este recuerdo, porque no se ha sabido nunca dónde murió este hombre; eran los enemigos los que triunfaban y tuvieron mucho cuidado en no mencionar siquiera que había muerto asesinado, acaso por algún soldado que, como aquel romano que matara a Arquímedes, no sabía lo que hacía."

"Con estos antecedentes, señor, entraré a la cuestión que nos ocupa, y muy pronto se verá dónde se ligan con ella estos recuerdos."

"Me quedó una impresión profunda para toda la vida de este hecho, y diría que los manes de aquel hombre me acompañaron siempre."

"Yo hacía la guerra con el entusiasmo de los jóvenes, pero esta vez, el contacto con Laprida me hizo pensar en el Congreso de Tucumán, y averiguar cuáles eran sus antecedentes históricos, y consagrar el resto de mi vida, mientras no había campos de batalla a donde acudir, al estudio de las cuestiones de la República Argentina, y a conocer el carácter de las luchas de los partidos en que estábamos divididos."

"Pasé a Chile, donde escribí diez años sobre estas cuestiones. Me parece que preparaba la materia del Congreso futuro, y un día, cuando los sucesos ya acercaban a lo que se llaman los tiempos, cuando creía que todo estaba maduro y que la hora iba a sonar, lancé un escrito que se llamó *Argirópolis*, que era un puente echado sobre un río de sangre que dividía a unitarios y federales, y pudieron desde entonces hablarse, entenderse y hacer lo que ese libro indicaba; la reunión del Congreso."

"Esa era la idea que me ligaba al doctor Laprida, quien me parece, me la había indicado diciéndome al morir: Joven, trabaja porque otra vez vuelva a reunirse el Congreso Argentino."

"Bien, pues, señor presidente, estoy y estamos aquí reunidos por esa grande obra, en la que yo también he tenido buena parte."

Era en tono de abuelo venerable, como el relator de la Pa-

tria, transmitiendo a su pueblo y a las generaciones por venir las enseñanzas y las luchas de los soldados y mártires de la libertad.

Habla por última vez en nuestro Parlamento, el 29 de setiembre de 1879. A raíz de la dimisión del Ministro del Interior, Saturnino M. Laspiur, el Presidente Avellaneda designa en su reemplazo a Sarmiento, quien se aleja, por aceptar el cargo, de la senaduría nacional y la Dirección de Escuelas de Buenos Aires. Ocupa el ministerio el 1º de setiembre, renunciando el 29 del mismo mes.

Aceptó el cargo ministerial con la idea de afianzar un gobierno respetuoso de las leyes y ajeno a las maniobras políticas internas, sobre la base de desarmar los batallones organizados por el gobernador Tejedor y contrarrestar los planes del general Roca, Ministro de Guerra. No pudo realizar su propósito; cayó derrotado. Tejedor y Roca se unieron frente a Sarmiento, de cuya candidatura presidencial se hablaba, y Diputados había aceptado la intervención a Jujuy en condiciones contrarias a las reclamadas por él.

Redacta su renuncia y va al Senado, mientras el Presidente Avellaneda, a quien suponía mezclado en los manejos políticos, debe pronunciarse sobre la misma. Llega para denunciar lo que considera un grave peligro para el país. Es sin duda su discurso más sarmientino, acusador, iracundo, rebosante de coraje viril, con el sello inconfundible de su personalidad avasalladora e implacable. Nunca en nuestras Cámaras nadie habló con tanta valentía y ese acento de suprema sinceridad. Recorrer sus páginas es acercarse, antes que a un político herido en sus intereses, a la protesta de una conciencia esencialmente honrada, que clama justicia.

"Mis momentos, señor presidente, son muy cortos", comienza diciendo. Informa de la presentación de su renuncia: "Voy a apurarme muchísimo para decir lo que necesito, en honor de la verdad, de la virtud, de la justicia, y para salvar al país de una trampa en que ha caído y de la que un sólo hombre pudiera salvarla: Domingo Faustino Sarmiento, como lo ha salvado de la misma manera muchísimas veces." Y trazó, en términos de emotiva belleza, cual si cincelara un bajorrelieve, el panorama de su vida, sus luchas, esperanzas y vaticinios desde la caída de Rosas. No era, como lo dijo, una voz de ultratumba; era la voz de la República porfiando por su futuro de libertad y dignidad a través de uno de sus constructores más preclaros y robustos.

Hizo la reseña detenida, a ratos desordenada, de los medios puestos en juego para desbaratar sus propósitos desde el ministerio; acusó a la "Liga de Gobernadores", mostró documentos. "¡Traigo los puños llenos de verdades!", clama.

"Fue oído —cuenta su nieto— en medio de una de las escenas más solemnes de nuestra vida parlamentaria, aún cuando ya no podía hablar en ese recinto como ministro renunciante."

No se han borrado aquellas palabras tuyas finales, que son como una leyenda inmortal de su estatua:

"Señor presidente: creo que ésta será la última vez que hable delante de una asamblea; puede decirse que es de ultratumba que lanzo la palabra, porque quizá a esta hora seré suprimido como ministro, y quiero que esta vez, los jóvenes que vienen después de nosotros los viejos, que hemos luchado treinta años, oigan la palabra y crean a un hombre sincero, que no ha tenido ambición nunca, que nunca ha aspirado a nada; sino a la gloria de ser en la historia de su país, si puede, un hombre, ser Sarmiento, que valdrá mucho más que ser Presidente por seis años o Juez de Paz en una aldea."

El viejo Agamenón deja la liza del Congreso, al que no volverá ya. Durante casi una década seguiría alumbrando, con su genio civilizador, las rutas de la Patria.

Tal es el Sarmiento parlamentario que hemos tratado de presentar al estudio y veneración de sus compatriotas. Busquen los jóvenes inspiración en él para las nuevas jornadas; nútranse de su ejemplo y de la vitalidad de sus ideas fundamentales, sobre todo de su noble conducta de arquetipo. Por que su genio, según se ha dicho con justeza, "consiste en haber sido predestinadamente, porfiadamente, inquebrantablemente, y con una desbordante riqueza de sensibilidad, de inteligencia, de voluntad, que superan la medida humana, la conciencia viva, personificada y agorera de la Patria, en todas las direcciones posibles del tiempo, del espacio y del espíritu."

En sus años postreros, la juventud iba a saludarlo en el cumpleaños a su casa de la calle Cuyo. El se sentía renacer y les decía palabras alentadoras, hablando de sí mismo, no por vanidad pueril, sino para incitarlos a la acción por la cultura, la libertad y el progreso, antorchas inextingibles de su combate de más de sesenta años.

Lleguemos hoy a su vera, compenetrémonos de su luminoso y orientador mensaje y, para repetir lo que escribimos hace un cuarto de siglo, saludemos a su memoria augusta, diciéndole:

¡Sarmiento, númen de la Patria, maestro de nuestra ciudadanía, jefe invicto de nuestra democracia: hágase presente por siempre tu espíritu entre nosotros para alentarnos e iluminarnos en la acción, en el deber y en el ensueño. Guíanos en la tarea de pensar y hacer lo mejor para alcanzar el triunfo de la verdad, la justicia y la libertad en esta tierra tuya, llamada por el destino a ser hogar y taller de la humanidad!

SARMIENTO IMPAR

(Vibrante discurso del Excmo. señor Ministro de Educación y Justicia de la Nación, doctor Carlos Alconada Aramburú, pronunciado en la plaza Sarmiento de La Plata el 11 de setiembre de 1964)

*Sus conceptos muestran el auténtico fervor sarmientino
que lo inspira.*

Con Sarmiento sucede que a fuerza de pendular entre el diti-rambo y el atentado, entre la ofrenda floral y el cuajarón de alquitrán, nos amenaza con escurrírsenos un poco del alma, con írsenos un poco del corazón, con volvérsenos casi difinitivamente estatua: de bronce eterno para los más y mejores, de lodo para los demás.

El ritual de los actos como el que hoy nos congrega nos pone en trance y peligro de olvidar que Sarmiento fue un pedazo de hombre; mucho hombre, de mucha carne y de mucho hueso; dueño de unos sentidos agudísimos y finísimos, y dueño, por consiguiente, de una sensibilidad aguda y fina, a la par que de una sensualidad profunda y violenta, y unas pasiones del tamaño de su inmensa personalidad.

Sarmiento tuvo la cara que necesitaba, la voz que necesitaba, el estilo que necesitaba, la fuerza que necesitaba; y todo ello lo tuvo a raudales, desmesuradamente, descomunilmente; vale decir, a la medida de Sarmiento, que ha sido una medida única, impar en esta parte del planeta y acaso en cualquier parte.

Esta imparidad sarmientina es lo que me interesa destacar, por lo que apareja de ejemplar y por lo que, en consecuencia,

ofrece de educativo. Recordemos que para muchos no hay, en definitiva, más educación —ni mejor—, que la del ejemplo, que en nuestro caso, abunda en perfiles dignos de exaltación.

Sarmiento impar es, tal vez, el más grande lujo de la República. Muchas veces me he dicho (y me digo) que si esta Nación dio a Sarmiento, padre de "Facundo", y a Hernández, padre de "Martín Fierro", seguramente ha sido porque poseía y posee alguna virtud nacional profunda y excelente que es necesario preservar con toda la fuerza del espíritu, y a cuyo rescate —si fuere extraviada— deberíamos acudir con toda la energía del corazón y aún del brazo.

Alguien ha expresado que esas dos obras son las verdaderamente fundamentales de la literatura argentina. El propio Juan Manuel de Rosas no pudo por menos que elogiar al "Facundo" escrito por el "loco Sarmiento", como le llamaba en su cruda y pintoresca verba. ¡Y tenía razón!

Porque Sarmiento ha sido el *gran loco*, el magnífico loco de nuestra política, de nuestras letras, de nuestra nacionalidad. ¿Porqué era loco Sarmiento? ¿Porque decía verdades tremendas con la tremenda voz que Dios le había dado! ¿Porque profería altisonantes exageraciones para que se le creyera un poco! ¿Porque era turbulento, porque era múltiple, multitudinario, contradictorio, visionario, profético!

Es obligado preguntarse cómo fue posible que un hombre solo, un sólo hombre, por impar que fuera, fuese tantas cosas al mismo tiempo. Yo creo, señoras y señores, que no hay misterio alguno, habida cuenta previa de la ingente genialidad de nuestro sanjuanino: lo que sucede es que Sarmiento ha sido el más formidable ejemplar de hombre de la democracia que haya dado país alguno. El único posible paralelo es el poderoso Walt Whitman, quien en su país de hierro edificó monumentos poéticos como acá Sarmiento edificó mucho de lo institucionalmente monumental que poseemos en esta República.

No está del todo aclarado si el propio Sarmiento intuyó su condición de arqueípo democrático, no obstante su apasionada admiración por Tocqueville, incomparable director de la democracia política. Era don Domingo un tanto inclinado al mandonismo, lo que acaso le haya vedado la consideración de su condición arquetípica y ejemplar.

"Los pueblos democráticos —apuntaba Tocqueville— apenas se ocupan de lo que ha pasado, pero meditan y sueñan en lo que pasará...; así, la democracia, que oculta lo pasado, abre lo

porvenir." Meditador y soñador de nuestro futuro —y constructor por añadidura—, Sarmiento encaja como la mano en el guante en la apreciación del gran ensayista francés.

"Estoy convencido —afirma Tocqueville— de que la democracia desvía la imaginación de todo lo que es exterior al hombre para fijarla en el hombre mismo." El gran tema de Sarmiento es siempre el hombre: Facundo, Rosas, Dominguito, el Padre Oro, tantísimos otros y, sobre todo, el propio Sarmiento, extravertido total que gusta presentarse a cada rato en plena desnudez espiritual.

"El pueblo americano —prosigue Tocqueville— se ve marchar a través de estos desiertos desaguando las ciénagas, enderezando los ríos, poblando la soledad y domando la naturaleza." Yo pregunto: ¿No parecen estas palabras de Sarmiento?

Y concluye el eminente francés: "No tengo necesidad de examinar el cielo y la tierra para descubrir un objeto maravilloso, lleno de contrastes y de pequeñeces infinitas...; no tengo más que considerarme a mí mismo."

Pocos años después, el así prefigurado Walt Whitman, genio poético de la democracia (como Beethoven fue su genio musical), lanza su poderoso reclamo: "¡Canto a mí mismo!" Y sin embargo musitó la palabra "en masa". Y nuestro Sarmiento, maestro, minero, periodista, escritor, político, militar, viajero, poeta esencial y, en definitiva, hombre de la democracia, no hace otra cosa que cantar a sí mismo, un individuo dentro de la masa. Esta prodigalidad y exhuberancia de Sarmiento consigo mismo (que no sólo no negó sino que refirmó una y otra vez) acaso haya sido una de las razones —y no la menos importante— de que fuera motejado de loco, palabra ésta que los argentinos manejamos de antiguo desaprensivamente. La locura de Sarmiento fue arremeter contra las cosas, querer darle principio, querer hacerlas "mal, pero hacerlas", como dijo retrucando a Avellaneda, quien era partidario de hacerlas bien o no hacerlas. El gran tucumano, había anticipado aquello de que "la política es el arte de lo posible", que determina con alarmante frecuencia que las cosas no se hagan porque no se pueden hacer bien, es decir, porque no son razonablemente posibles. El estupendo don Domingo nunca se cuidó mucho de que fuera o no posible lo que tenía "in mente", lo cual ha motivado que algún crítico desvelado le haya achacado afición a edificar sobre arena. Pues bien, edificó sobre arena, pero mucho de lo así

edificado, mucho de lo que era imposible edificar, ¡continúa edificado!

Quiero significar con esto que, como los verdaderamente grandes, nuestro hombre sentía (no creía) que la política es el arte de lo imposible, es decir la magnífica tinta del destino todavía oculto, algo cuya ineludible raíz intuicional es más fuerte que toda pretendida formulación científica. Una política nos parece posible luego que un gran político la ha hecho posible. La historia abunda en casos de ilustres que abonan este acerto, mas nosotros estamos aquí para hablar de Sarmiento. Mucho de lo que él hizo no era posible; acaso él mismo no era posible en esta latitud y en aquel tiempo, y acaso esa imposibilidad haya sido el origen de su paulatina mitificación. Ya no sabemos cómo era Sarmiento; nos resulta imposible a nosotros abarcar su contradictoria, su polémica grandeza; porque él pudo decir, como Walt Whitman: "¡Soy amplio! ¡Contengo muchedumbres!", y nosotros estamos un poco deshabituados a la grandeza.

Pero no importa: aunque no terminemos nunca de comprender a quien tal vez tampoco terminó de comprenderse a sí mismo, admirémosle en lo que ciertamente fue: un cosmos individual, ¡un hombre de la democracia! Admiremos su fiera arremetida contra la plácida razonabilidad, su antipático gesto de luchador, sus puños llenos de verdades, sus páginas llenas de belleza, su propensión al llanto, su iracundia, su gran vanidad, su pequeña vanidad, su grandeza, su miseria..., ¡su imparidad!

Porque a Sarmiento le da el cuero para todo y aún le sobra. La proceridad le resume la recia piel de bronce y arranca de ella lo que pudo tener de negativo, que fue mucho porque él era muy grande.

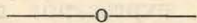
Séame perdonado este desorden. ¡He estado hablando de un hombre que se llamaba nada menos que don Domingo Faustino Sarmiento, maravilla de genio y de desorden, dueño y señor de la imposibilidad, argentino, demócrata, inmortal!

—o—

Disertación sobre las reliquias de Domingo F. Sarmiento

El 15 de octubre, el director del Museo hizo una visita explicada exclusivamente para maestros. Las salas fueron recorridas por gran cantidad de éstos, señalándose el origen y razón de los diversos objetos expuestos.

Como todos los años, los colegios secundarios y escuelas primarias, concurrieron asimismo a visitar esta Casa de Cultura donde fueron dados los conceptos que permiten conocer la historia del Prócer a través de sus pertenencias.



Delegados del Congreso de Academias de la Lengua Española visitan esta Casa

Acompañados por el presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, profesor Fermín Estrella Gutiérrez, llegaron hasta estos salones, donde se muestran las reliquias del autor de "Facundo", el presidente de la Academia de Letras de México, doctor Francisco Monterde; el presidente de la delegación de la República Oriental del Uruguay, doctor José Pereyra Rodríguez; el presidente de la delegación de Venezuela, señor Ramón Díaz Sánchez; el doctor Luis Beltrán Guerrero, de la delegación del mismo país; el doctor Baltazar Isaza Calderón, de la Academia Panameña, y el señor Henry Besso, invitado especial, representante de los sefardíes, todos los cuales lo hicieron acompañados por sus respectivas esposas.

Los distinguidos visitantes fueron recibidos por el director del Museo, quien les dijo:

Tengo en alta honra daros la bienvenida, insignes intelectuales, exponentes máximos de la cultura de pueblos hermanos del continente.

Llegáis a vuestra casa, porque la casa de Sarmiento es la casa de todos los intelectuales del mundo y, muy especial, para los de nuestra querida América.

Por eso, estoy seguro, que Sarmiento en espíritu ha salido a recibirlos y que pocas visitas para él más gratas que la vuestra, para él, que vivió para la cultura, para el progreso y para la libertad.

Llegáis acompañados de un ilustre argentino, de uno de nuestros más talentosos escritores, de un noble amigo de selecto espíritu, que todos en esta tierra sentimos orgullo de tenerlo por conciudadano, he nombrado al ilustre profesor Estrella Gutiérrez, presidente de la Sociedad Argentina de Escritores.

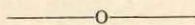
Guiados por él y por nosotros recorreréis estos ambientes, donde está latente el espíritu del gran civilizador americano.

Tanto el doctor López Sanabria, como el profesor Fermín Estrella Gutiérrez y el secretario técnico del Museo, profesor Angel J. C. Bianchi, fueron explicando el origen e historia de las distintas piezas expuestas.

Mostraron particular interés, los delegados, por la producción literaria del Prócer, expresando gran admiración por el ordenamiento y cantidad de reliquias que constituyen el patrimonio histórico del Museo.

En nombre de los delegados, hizo uso de la palabra el doctor José Pereyra Rodríguez, vicepresidente de la Asociación Nacional del Uruguay, quien agradeció la cordial acogida de que fuera objeto.

Finalmente, los delegados fueron convidados con un refrigerio en el despacho de la Dirección.



Ecos del Cuarto Congreso de Academias de la Lengua Castellana

Nuestra capital fue sede, el año pasado, de las deliberaciones del "Cuarto Congreso de Academias de la Lengua Castellana", llevado a cabo entre el 30 de noviembre y el 10 de diciembre.

Invitados por el señor presidente de la Sociedad de Escritores Argentinos, profesor Fermín Estrella Gutiérrez, un grupo de delegados visitó esta Institución.

En mayo de este año, uno de los delegados, el señor Henry Besso, elevó un informe al director de la Oficina de Programas Interamericanos de Asuntos Culturales y Educativos del Departamento de Estado, en Washington, sobre lo actuado en dicho Congreso y las visitas a Casas de Cultura Argentinas.

Con referencia a la efectuada al Museo Histórico Sarmiento, expresa el referido informe:

"El domingo 6 de diciembre de 1964, luego de almorzar en el Jockey Club de San Isidro, algunos de los delegados fuimos invitados a visitar el Museo Histórico Sarmiento. El profesor Fermín Estrella Gutiérrez, miembro de la Academia Argentina de Letras y muy amigo mío, se había puesto en contacto con el doctor López Sanabria, director del Museo, para preparar nuestra visita.

El grupo que visitó el Museo fue pequeño, pero selecto. Lle-

gamos al mismo alrededor de las 16 horas. Nunca olvidaré la profunda impresión recibida durante este interesantísimo paseo por el Museo Sarmiento. Domingo F. Sarmiento fue Presidente de la República Argentina y renombrado educador, bien conocido en los Estados Unidos. El doctor López Sanabria guió personalmente nuestro grupo mostrándonos las más interesantes y raras colecciones que el Museo expone. Su vívida narración y muchos otros objetos sobre los que llamó nuestra atención, dejó claras explicaciones alrededor de libros, banderas, medallas y en nosotros un sentimiento de admiración. Agradecemos la suerte de tener como guía a un hombre tan valioso como el doctor López Sanabria. ¡Aprendimos más de Historia Argentina —y especialmente acerca de Domingo F. Sarmiento— durante aquella breve visita que si hubiésemos leído muchos libros sobre la materia! Antes de irnos asistimos a una recepción en el despacho del doctor Sanabria donde nos invitó con un vaso de vino. En esa oportunidad el señor director del Museo ofreció un brindis en nuestro honor. El doctor Sanabria tuvo también la gentileza de obsequiarnos con libros acerca del Museo, los que autografió a manera de recuerdo de nuestra visita a la Institución.”

—o—

Con respecto al diario “La Nación”, de Buenos Aires, el informe dice:

“La Nación of Buenos Aires: En la tarde del domingo 29 de noviembre de 1964, dos horas después de haber llegado yo de Washington, un periodista del diario “La Nación” vino a entrevistarme en el Hotel Claridge. La entrevista fue publicada el lunes 30 de noviembre resultando afortunada si hemos de juzgar por el número de llamadas telefónicas que recibí en los días subsiguientes de correligionarios sefardíes. La entrevista contenía un párrafo en judeo-español, escrita en los caracteres cursivos que los judíos sefardíes usaban en su correspondencia, más una transcripción mía en caracteres latinos. Este párrafo fue publicado gracias a un pedido especial del reportero. Más tarde me dijeron que por primera vez en su historia había “La Nación” publicado un párrafo en caracteres no latinos.”

—o—

EL ASALTO AL MUSEO HISTORICO SARMIENTO

EL 19 de noviembre, las puertas abiertas del Museo, como todos los días hábiles y feriados, parecían invitar al pueblo a visitar sus salas de exhibición.

El personal de guardia en sus puestos cumplía la honrosa misión de velar por las reliquias del Prócer.

Mucho público había contemplado aquella tarde primaveral las pertenencias del gran argentino. Estaba a punto de terminar el horario de visitas cuando dos sujetos jóvenes, sin duda por su buena vestimenta y edad estudiantes secundarios, empuñando armas de fuego, hicieron irrupción en los salones. De inmediato, encañonando a los empleados, los empujaron al interior de la casa. La decidida y patriótica acción de dos de ellos, el señor Manuel Osa y el mayordomo Edmundo Luna, tuvo como respuesta fueran derribados ambos por fuertes golpes en la cabeza con las culatas de sus armas. Reducidos éstos y el resto del personal, fueron encerrados en un baño, con llave. Cumplida la primera parte del bien planeado asalto, se dirigieron a la vitrina donde se mostraba la bandera rosista tomada por Sarmiento en Caseros. Roto el vidrio del cofre, fue arrancada, dándose los "valientes", acto seguido, a la fuga. Cabe señalar que uno de los delincuentes ocultaba con un perramus la insignia del instituto de enseñanza privada a que pertenecía.

La Dirección de esta Institución emitió el siguiente comunicado, cuyo texto toda la prensa del país, colmada de justa indignación, divulgó:

"La Dirección del Museo Histórico Sarmiento, en presencia del asalto cometido ayer por dos sujetos armados a esta Casa, donde tras herir a dos empleados robaron la bandera "rosista" tomada por el autor de "Facundo" en lucha leal y de frente en la batalla de Caseros, da su más alta palabra de condenación por este inaudito hecho. Nuevo y vano intento para oscurecer la inmarcesible gloria del forjador de nuestra cultura.

Frente a este episodio, esta Dirección refirma su inquebrantable decisión de seguir haciendo sea la Casa donde están las reliquias del "Maestro de América", expresión fiel de sus altos y civilizadores propósitos, sin disimular ninguno de sus pensamientos, sin ocultar ninguna de sus ideas, ni aminorar sus cáusticas expresiones, para todos los totalitarismos y para todos los negadores de la libertad y la democracia."

Revista del Museo Histórico Sarmiento

(Una Voz al Servicio del Evangelio Sarmientino)

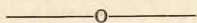
A Ñ O

1 9 6 5

EL 154º ANIVERSARIO DEL NATALICIO DE SARMIENTO

COMO todos los años, desde 1956, pues antes sólo se rememoraba en esta casa, el 11 de setiembre, aniversario de la muerte del Prócer, se cumplió la ceremonia evocativa el 15 de febrero, día en que vino al mundo el autor de "Facundo", hace ciento cincuenta y cuatro años.

En el hall central del Museo se cumplió la evocación. Junto al busto del Prócer, soldados del Regimiento de Granaderos a Caballo hacían guardia de honor y delegaciones de distintas instituciones pusieron, al pie del mármol que lo representa, ofrendas florales. A las 11 horas, un toque de clarín marcó el comienzo de la ceremonia, tras lo cual el embajador doctor Enrique Loudet, el doctor Ismael Moya, director del Museo "Ricardo Rojas" y el del Museo Sarmiento, se adelantaron llevando una corona de laureles con una cinta argentina, la que fue colocada, como las anteriores ofrendas, en el basamento del busto. Encontrábanse presentes: el agregado cultural de Grecia, doctor Alcibiades Lappas, el juez doctor Alberto Trueba, el doctor Miguel Cortínez (hijo del ministro de Sarmiento), el doctor Héctor Díaz Usandivaras, el arquitecto Antonio Arcuri, el profesor Agustín Hoyos y un prupo de docentes.



El fundador del Museo

Recordóse al fundador del Museo, doctor Ricardo Levene, al cumplirse el 6º aniversario de su fallecimiento.

La ceremonia se efectuó a las 11 horas, en los jardines de esta Institución, donde se levanta el busto del insigne historiador.

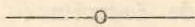
La circunstancia de ser sábado, privó del homenaje de diversas delegaciones de estudiantes que envían, para tal fecha, los distintos establecimientos donde el gran profesor ejerciera su alta docencia.

A la hora indicada, el director del Museo, acompañado del presidente de la Asociación "Amigos del Museo Sarmiento", doctor Alberto Iribarne, del presidente del Centro de Residentes

Sanjuaninos, comodoro Luis Brandan Echegaray, del Subinspector General de Enseñanza, profesor Héctor Chiesa, del teniente coronel Ricardo Ruiz de los Llanos, del arquitecto Antonio Arcuri, del doctor Miguel Romano, del secretario técnico del Museo, profesor Angel Bianchi, y de un núcleo de amigos y admiradores del maestro desaparecido, colocó ante el busto una ofrenda floral.

El director de esta Casa dijo en esas circunstancias: "Si bien es cierto se había resuelto, en principio, concretar el homenaje con la sola colocación de una palma, el recuerdo del gran amigo, del insigne profesor, del destacado historiador, hace espontáneamente romper esa consigna, porque la vida del doctor Levene estuvo tan íntimamente ligada a la trayectoria del Museo, que no podemos rendirle un homenaje sin expresar la emoción que su recuerdo aquí suscita."

Dijo, más adelante, que el doctor Levene "bregó por la libertad y la democracia dentro del orden, solidario con el espíritu de Mariano Moreno. Por eso —agregó— el espectáculo que presenta hoy el país marchando por la senda constitucional, convocando a todos los argentinos en pie de igualdad para elegir sus representantes, es el mejor homenaje a quien como Levene, luchó por esos principios."



Homenaje al doctor Alfredo L. Palacios

Con motivo de realizarse una evocación de Sarmiento por parte de esta Institución, a dos días de la muerte de Alfredo L. Palacios, el director del Museo dijo:

"Antes de iniciar esta ceremonia, como director de esta Casa de Cultura, presididos por la bandera celeste y blanca que hoy ondea en este edificio a la media asta de los duelos nacionales, rindo el merecido tributo al insigne ciudadano, cuya desaparición llora toda América.

A Alfredo L. Palacios, cuya muerte enluta a la Patria, caballero andante en defensa del derecho de los pueblos. A Alfredo L. Palacios, mosquetero invencible en defensa de la verdad, de la justicia y del ideal. Cuya vida de haber transcurrido en los días emancipadores de Mayo, figuraría entre los ilustres y destacados fundadores de nuestra nacionalidad.



Fotografía en que aparece el doctor Alfredo L. Palacios, durante un homenaje a Sarmiento en el Parque Tres de Febrero.

En el recinto del Congreso, su palabra fue una cátedra. En la plaza pública, clarín que convocó a las multitudes ante el peligro de la humillante dictadura. Y en la contienda, uno de los que formó en primera fila, en defensa de la Constitución y Leyes de la República.

Por todo ello y por mucho más, bien podrá ponerse en el pedestal de su futura estatua la elocuente frase de Plinio: "Dijo cosas dignas de ser escritas, escribió cosas dignas de ser leídas."

Agreguemos nosotros: Alfredo L. Palacios produjo hechos trascendentes, dignos de ser ejemplos eternos para las generaciones argentinas.

Señores: dejo con esto cumplido, desde la Casa de Sarmiento, el debido homenaje a quien desde la tribuna, el libro y el diario, defendiera con tanto fervor y valentía la personalidad, la obra y trayectoria de nuestro Prócer."

—o—

La Dirección del Museo, al conocer su deceso, dispuso entornar, el día del sepelio, las puertas de la Institución.

LA SOCIEDAD ARGENTINA PROTECTORA DE LOS ANIMALES RINDIÓ HOMENAJE A SARMIENTO

EN un acto realizado en esta Institución, declarando abierta la exposición de material de la misma, la presidenta de esa entidad, Dora S. de Hartz, ante numeroso público, dijo:

“La Sociedad Argentina Protectora de los Animales cumple hoy un viejo sueño. Mostrar y difundir la obra de educación humanitaria que realizaron ellos, los hombres que la fundaron: reverendo doctor Juan Francisco Thompson, Carlos Guido Spano, Ignacio Lucas Albarracín, Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento.

Un día llegamos tímidamente con nuestras reliquias de amor, hasta la Dirección del Museo Histórico Sarmiento y gracias a la comprensión y talento del doctor Bernardo A. López Sanabria, esto es hoy una realidad.”

La “*SOCIEDAD ARGENTINA PROTECTORA DE LOS ANIMALES*”, hija querida de Sarmiento, nació en el Templo Metodista de la calle Corrientes, y se acunó en la casa de la calle Cuyo. Dice Carlos Guido Spano en sus memorias: “Una noche, hace ya bastantes años —1879—, larguéme a caminar por las calles del centro, al pasar frente al Templo Metodista de la calle Corrientes vi dentro gran iluminación, picóme fuertemente la curiosidad y entré.

Esos caballeros reunidos querían fundar en Buenos Aires una Sociedad para la Protección de los Animales. Se me hizo simpática la idea y me incorporé, lleno de entusiasmo, al grupo de filántropos. Curioso es que cuando terminó la sesión era yo presidente de la Sociedad.”

Sucesos políticos que se desarrollaron detuvieron la acción de ésta, hasta que en 1882, la reorganiza Sarmiento y nace como persona jurídica.

Luego la preside el doctor Ignacio Lucas Albarracín, sobrino de Sarmiento, durante 42 años, y que fue un verdadero apóstol de esta noble causa... Y así la Sociedad siguió su marcha, fiel a sus principios.

“EDUCAR AL SOBERANO”

(Domingo Faustino Sarmiento)

“JUSTICIA HASTA PARA LOS ANIMALES”

(Bartolomé Mitre)

Discurso del secretario técnico interino del Museo, profesor Angel Bianchi

Señor director del Museo Histórico Sarmiento, doctor Bernardo López Sanabria; señor director del Museo "Ricardo Rojas", doctor Ismael Moya; señora presidenta de la Sociedad Argentina Protectora de los Animales, doña Dora S. de Hartz; señoras y señores:

El motivo que hoy nos reúne, a amigos, público y autoridades de la Sociedad Argentina Protectora de los Animales y del Museo Histórico Sarmiento, es el fruto de la labor conjunta y armónica de dos voluntades que, obviando toda suerte de dificultades, ha cristalizado en esta exposición. Me refiero sin duda alguna, a la dinámica señora Dora S. de Hartz, presidenta de la Sociedad expositora y naturalmente al doctor Bernardo A. López Sanabria, director de este Museo, que funcionario celoso de su responsabilidad como tal, y espíritu permeable a todo lo que signifique una iniciativa, que permita proyectar algún aspecto u obra de la personalidad del Prócer, ha volcado en ella toda su tremenda capacidad de hacer y organizar, y aquí está, entonces, esta sencilla pero edificante muestra, de una faceta más del Maestro de América.

Justicia, hasta para los animales, ha dicho Bartolomé Mitre. He ahí condensado en esta sola idea, el fundamento filosófico que explica la preocupación zoófila del Prócer. Por encima de su afán educativo, por encima de su afán cultural, por encima de su afán zoófilo, está su permanente lucha por conseguir un régimen de igualdad, de justicia y de amor, para todos los que vivimos en este mundo, inclusive los animales.

Sarmiento, que fue un hombre polifacético en su acción, puso en esta actividad, como en todas las de su vida, la misma fuerza telúrica que le llegaba de sus montañas cuyanas. Como bien ha dicho Mantovani, no fue un simple pensador de meras abstracciones, sino que vivió apasionadamente en el campo de la historia, en la relación viva de los hechos, con los hombres y con los ideales. Por eso se ha afirmado que Sarmiento encarna el espíritu de creación frente a la barbarie. Todo el quehacer de la vida del Prócer está proyectado hacia un solo objetivo: la educación del pueblo, pero la educación de ese pueblo con un fin que trasciende el de la propia pedagogía que busca la educación por ella misma. Para Sarmiento ésta no es su fin; simple-

mente es un medio para conseguir su ulterior objetivo, vale decir, la vigencia plena de un régimen democrático de libertad y de justicia. El Prócer ha sido un soldado destacado en esa lucha eterna que el hombre viene sosteniendo, a través de todos los tiempos y en todas las partes del mundo, por la conquista de la libertad. Sentimos profundamente que Sarmiento fue un convencido que la naturaleza no produce esclavos, sino ciudadanos y que si bien es cierto que el régimen democrático no es el más cómodo para vivir, es, por lo menos, el que corresponde a los hombres libres. Por ello, cuando el 21 de agosto de 1879 un grupo de señores, entre los que se encuentran los nombres de Guido Spano, Bartolomé Mitre, Carlos Casares, Ignacio Albarracín y otros tantos, deciden fundar una sociedad para la protección de los animales, no puede estar ausente el nombre de Sarmiento, seguro que a través de ella podrá ejercitar, pleno de vitalidad, su afán de educador.

Según leemos en una narración de Ignacio Albarracín, el señor Sarmiento adhirió a la idea lleno de entusiasmo, poniéndose inmediatamente, y no podía ser de otro modo, a la cabeza de ese movimiento que tenía ya sus antecedentes en los Estados Unidos y que el Prócer conocía a raíz de su gestión diplomática en aquel país.

Surge así, hace 86 años, por el empeño de un grupo de respetables señores, la Sociedad Protectora de los Animales, que es la decana entre las de su tipo, entre todas las de América del Sud. Quien ya había sido primer magistrado de la Nación, fue su presidente desde enero de 1882 hasta octubre de 1885, y dirá entonces Albarracín: "Esta presidencia, más humilde que la otra, no la ocupó el señor Sarmiento con menos intenciones que aquella en que se entregaron a su dirección los destinos del país. Por eso ésta estuvo también grávida de proyectos y realidades. Su fecunda labor al frente de esa Sociedad dio por resultado la cristalización de varias ideas."

Bien está, según se ve, que sea en este recinto, donde se custodian sus reliquias, que se realice esta muestra que nos presenta facetas de Sarmiento, no por menos conocidas, menos importantes.

Y no serán mis palabras, en definitiva, las que den la bienvenida a los concurrentes a esta exposición. El Prócer mismo, que nunca ha muerto y que en esencia vive y palpita en el espíritu de las paredes de este Museo, nos estará diciendo desde su busto: ¡Bienvenidos a mi casa!

EL HOMENAJE A SARMIENTO EN SU 77º ANIVERSARIO

Discurso del subsecretario de Educación, profesor Mariano Alberto Durán

EL acontecimiento fue recordado con dos actos oficiales. El primero de los cuales tuvo lugar en la plaza Rodríguez Peña, donde frente al Consejo Nacional de Educación levantóse el palco. A esta ceremonia concurrió el excelentísimo señor Presidente de la República, doctor Arturo U. Illia; el excelentísimo señor Vicepresidente, doctor Carlos H. Perette; ministros nacionales, legisladores, miembros de las Fuerzas Armadas, delegaciones de establecimientos de enseñanza y numeroso público. Después de corearse los Himnos Nacional y a Sarmiento, usó de la palabra el señor Subsecretario de Educación, profesor Mariano Durán, quien con elocuentes conceptos, señaló con acierto aspectos culminantes de la estelar vida del Prócer, dignos de servir como eternos ejemplos a las generaciones de la República, y que consignamos a continuación:

“Lanzado repentinamente en la vida pública, en medio de una sociedad que me ha visto surgir en un día, sin saber de dónde vengo, quién soy y cuáles son mi carácter y mis antecedentes; en dónde he templado las armas con que me he echado de improviso en la prensa, combatiendo con arrojo a dos partidos, defendiendo a otro, sembrando principios nuevos para algunos; sublevando antipatías por una parte, atrayéndome por otra afecciones, compadeciendo a veces, chocando otras; predicando el bien constantemente y curando el mal alguna vez; atacando las ideas generales sobre literatura; ensayando todos los géneros, infringiendo por ignorancia o por sistema las reglas; impulsando a la juventud, empujando bruscamente a la sociedad, irritando susceptibilidades nacionales, cayendo como un tigre en una polémica, y a cada momento conmoviendo la sociedad entera, y siempre usando un lenguaje franco hasta ser descortés y sin miramiento; diciendo verdades amargas sin otro título que el creerlas útiles; empleado por el Gobierno, rentado y colocado al frente de una creación nueva que exige aptitudes conocidas, y con menoscabo de las esperanzas de muchos; gozando, en fin, de una colocación social al parecer aventajada y llena de porvenir, el público ha de preguntarse mil veces, ¿quién es ese hombre que así hace ocuparse de él a tantos que comete tantos des-

aciertos sin dejar alguna vez de merecer simpatías? ¿Qué fascinación, qué misterios y qué tramas ocultas lo han hecho aceptable a los que mandan? ¿Cuáles son sus títulos literarios y las aulas que ha cursado para tomar un lenguaje tan afirmativo? ¿Porqué se le presta un apoyo que parece hijo de un espíritu de favoritismo? ¿Quién es, en fin? ¿Quién lo introdujo? ¿Quién lo conoce?"

Esta larga enumeración de actividades y de interrogantes corresponde al propio Sarmiento; constituye la primera página de la introducción a su "Memoria", género éste en el que nuestro sanjuanino no habrá alcanzado la lírica profundidad del vizconde de Chateaubriand, la sutileza de Amiel ni la despojada sinceridad de Cice, pero al que sin duda aportó una esencial veracidad. Para comprobarlo, bastaríamos con examinar al detalle las afirmaciones contenidas en el párrafo que hemos traído a colación, cuya correspondencia con el carácter y la obra de Sarmiento es por demás evidente. Pero ese empeño nos llevaría un tiempo excesivo para la naturaleza de este acto, y constituiría, más bien, un trabajo destinado al esfuerzo de los muchos ensayistas que continuamente se ocupan de la figura del gran sanjuanino. A nosotros nos interesa destacar, por de pronto, la formidable vitalidad que trasuntan las palabras aludidas, como todas las palabras de Sarmiento; nos interesa destacar, en suma, la formidable vitalidad de Sarmiento, erguido siempre más allá del bronce, del ditirambo y de la diatriba. Sarmiento ha sido transitado por las más ilustres plumas: las más, para exaltarlo; algunas sublevadas por la antipatía, como él mismo diría: todas aguzadas por el profundo interés, por la cálida curiosidad, por la imposible ecuanimidad. Porque con Sarmiento no es posible ser ecuánime, pues él no consiente que se lo sea, se resiste enérgicamente a ello, prefigurando la unamunesca pretensión de ser "especie única" y, desde luego, lográndolo.

El ilustre don Ricardo Rojas ha querido ver en la obra de Sarmiento una vasta confesión autobiográfica, lo cual es verdad; Mansilla la ha considerado una literatura abrasadora, carente de concesiones a la consolación, lo cual es verdad; Grousac afirmó que Sarmiento era un escritor, un hombre de letras, por encima de todo, lo cual es verdad; Alberdi lo consideró un "Facundo" de las letras, lo cual es verdad; Unamuno, lo ha proclamado su par, esto es, par de la imparidad..., lo cual es verdad; Borges ha sostenido que nuestra literatura cuenta, por lo menos, con dos grandes obras, una de las cuales es el "Facundo",

lo cual es verdad; otros (Martínez Estrada y Gálvez) lo han visto con demorada perspectiva, y no han sido del todo justos con él; Lugones le ha soñado digno de un descanso tumular, lo cual es verdad.

Tantas coincidencias ilustres en torno a la esencialidad literaria de Sarmiento, no obstan, ni por su instancia, a su gigantesca figura de hombre de acción. Los perfiles de la acción sarmientina son variados y siempre relevantes. Siendo Sarmiento, como es, la figura más viva de nuestra historia, la que más se agranda en el transcurso del tiempo, lógico es que su vida y su obra hayan sido y continúen siendo objeto de constante y apasionado estudio, por lo que la brevedad de un acto como el que nos congrega nos obliga a ser concisos. ¿Qué es lo que más importa destacar en Sarmiento en las actuales circunstancias de la República? Porque hay varios Sarmientos, todos grandes, todos enormes, todos geniales. Hemos dicho algo del literario: omitiremos referirnos al político, por no hacer al caso; nos ceñiremos a los que, a nuestro entender, debemos por fuerza evocar en esta fecha de recordación y meditación.

Hay un Sarmiento educador: el de San Francisco del Monte de Oro, el fundador de escuelas, el introductor de maestras de larga progenie docente, el promotor fundamental, funcional, radical, de la enseñanza pública argentina, el Sarmiento de nuestra niñez, el Sarmiento de siempre, el que destaca su peleadora efigie en los textos escolares, el que mora en las plazas y en los bronces; el que aún recibe el periódico y alevoso homenaje del alquitrán reaccionario. Ese es el Sarmiento de la letra y de la idea, de la palabra y de la acción; de la palabra en acción y de la acción de la palabra. Nosotros, que nos vanagloriamos de contarle como nuestro, debemos preguntarnos ahora: ¿Qué diría Sarmiento si volviera a vivir entre nosotros? ¿Qué haría? ¿Cómo abordaría un panorama educacional complejo y dilatado como el que hemos recibido? Se nos antoja que la reacción sarmientina no sería dudosa: ¡Más y mejores escuelas! ¡Más y mejores maestros! Más escuelas y mejores a lo ancho y a lo alto de la República, para que los niños y jóvenes hallen en ellas la posibilidad de hallarse a sí mismos, y más y mejores maestros para que el hallazgo sea certero y fecundo. Nosotros, los hombres de este Gobierno, libres de toda vanidosa pretensión, agente de engolamiento libresco, atentos sólo al reclamo profundo de la nacionalidad, nos proponemos objetivos concretos, precisos, realistas, en materia de educación pública. Nos proponemos aumentar el nú-

mero de escuelas y de divisiones en la medida de lo financieramente posible, nos proponemos dotar a las escuelas, mediante el Fondo Permanente para construcciones escolares, de las mejoras materiales necesarias para que la enseñanza sea impartida en ambientes de razonable confortabilidad; nos proponemos, ¡y hacemos de esto cuestión de Estado!, acometer contra el analfabetismo con toda la potencia disponible para ello. Queremos, si es posible en un futuro inmediato, que la República quede liberada de la lacra social que significa el analfabetismo, mediante el Plan Nacional de Alfabetización, para el que contamos ya con la colaboración espontánea, solidaria, cordial, de los gobiernos provinciales todos, de las municipalidades, de las entidades públicas y privadas dedicadas al bien social y, lo que es más importante, de los conciudadanos concientes de la magnitud y trascendencia del esfuerzo que acometemos.

Para alfabetizar, para mejorar nuestras escuelas, para aumentar su número, para elevar el nivel de las remuneraciones, para racionalizar, planear y ejecutar los infinitos detalles de tan vasta obra, tenemos necesidad, ciertamente, de contar con la colosal figura de Sarmiento a nuestro lado, para mirarla de vez en cuando y considerar, honesta y limpiamente, si somos dignos de su tremenda talla de educador.

Y también de otro Sarmiento que nos queda por evocar, tan consubstanciado con el anterior que no es posible imaginar al uno sin el otro. Me refiero, señoras y señores, al Sarmiento demócrata, al arquetipo humano de la democracia. Estas palabras se iniciaron con una larga enumeración de atributos sarmientinos debidos al mismo Sarmiento. ¿No habéis advertido en ellas un inconfundible parecido con las letanías líricas del barbado Walt Whitman? Este gigante poético de la democracia enumeró en versos sin precedentes la pródiga copia de un sistema fundado a la medida del hombre. El hombre de la democracia y sus infinitos trabajos y sus dilatados frutos fueron el tema de Whitman, y han seguido siendo el tema y el propósito de la democracia. Nuestro Sarmiento, a quien se le ha reprochado cierta insensibilidad, en materia de lírica, entonaba, sin proponérselo, genuina, genial, irreprimiblemente, en su prosa de hacha y tiza, un canto de fe en la democracia, en la libertad, en la dignidad del hombre, en el respeto de todo cuanto hace a la vida digna de ser vivida. Y parejamente, vociferó una larga y extremada diatriba contra la iniquidad, la insensatez, la brutalidad, la vejación del hombre por el hombre; contra todo aquello, en fin, que menoscababa

la natural libertad con que hemos venido al mundo y la esencial igualdad con que aspiramos a vivir en él.

Pero lo más grande y bello de Sarmiento, lo que peralta su estampa de educador y su estatura de arquetipo democrático, lo que presta irresistible encanto a sus páginas, es su palpitante humanidad. Leerle y evocarle es siempre un ejercicio de humanidad, un ensayo de plenitud vital. Hemos querido destacar hoy, una vez más, lo mucho que le debemos en materia de educación; hemos agregado a ello una modesta reflexión sobre su arquetípica dimensión democrática; y hemos reiterado, para terminar, una apelación a su ancha y honda humanidad. Sarmiento, verdadero lujo de la República, prosigue su fecundo magisterio, enseñándonos, mediante la acción de su palabra viva, una sola y genial lección de humanidad y de democracia, en tiempos en que ser hombre y ser demócrata demanda un cotidiano esfuerzo contra los desbordes de una y otra ribera de la opresión y de la desigualdad.

RECORDOSE A SARMIENTO EN EL 77º ANIVERSARIO DE SU MUERTE

BRILLANTES contornos alcanzó, la evocación del Prócer, cumplida en el Museo de su nombre.

El hall central se colmó de público, que desbordó las salas adyacentes y mucho siguió la ceremonia desde los jardines de la Institución, por los altoparlantes.

La banda del Colegio Militar de la Nación tomó posición frente al edificio, y cadetes de ese Instituto y de la Escuela Naval hicieron guardia de honor.

El Presidente de la Nación estuvo representado por el Secretario General de la Presidencia de la Nación, profesor Ricardo Illia; el Ministro de Educación y Justicia Interino, por el Subsecretario de Relaciones Exteriores, doctor José Noguerol Armengol. Encontrábanse presentes el Subsecretario de Cultura de la Nación, profesor Antonio de la Torre; el presidente de la Cámara de Diputados, doctor Arturo Mor Roig; el embajador de Bélgica, barón Pierre Gaiffier D'hesirey; el de Nicaragua, coronel Francisco Gaitán; los Ministros Consejeros de las embajadas de Israel, señor Arrie Bustam; el de China, señor Wang-Chi-Chen. Asimismo, representando a los señores Secretarios de las Fuerzas Armadas, estaban el capitán de fragata Juan Carlos Fourcade, el coronel Guillermo San Román y el comodoro Leopoldo González Torrent. El coronel Luis A. Beti, por el Comandante en Jefe del Ejército; el director del Museo "Ricardo Rojas", doctor Ismael Moya; los presidentes de la Asociación "Amigos del Museo Sarmiento", doctor Alberto Iribarne; el del Centro de Estudios Históricos de Belgrano, señor Héctor Iñigo Carrera; la directora del Museo "Enrique Larreta", señorita Isabel Padilla y Borbón; el director del Instituto Belgraniano, señor Francisco Alberto Spertino; los representantes del director de la Escuela Naval Militar, teniente de navío Alberto R. Brossand y del Colegio Militar de la Nación, teniente 1º Juan F. Albertoni.

La ceremonia dio comienzo con los Himnos Nacional y a Sarmiento, tras lo cual el director del Museo Sarmiento, doctor Bernardo A. López Sanabria, antes de iniciar su disertación rindió homenaje al profesor doctor Alberto Palcos, presidente del "Instituto Sarmiento de Sociología e Historia", recientemente fallecido, invitando a la concurrencia a ponerse de pie en su memoria.

Inició su disertación el director del Museo, diciendo:
Evoquemos este aniversario de Sarmiento, recordando lo que hizo y dijo hace un siglo.

Suena en el reloj del tiempo el año 1865, y lo encontramos designado por el Presidente Mitre, Ministro Plenipotenciario ante los Estados Unidos. En viaje hacia tal destino, debía cumplir, de paso por Chile y Perú, misiones especiales ante esos gobiernos.

Volvió a Chile, donde estuviera expatriado veinte años. Viendo sus largas horas de proscripto, sus inmensos anhelos visionarios. Cuando salvaba su dignidad ciudadana, en los días aciagos del terror rosista. Chile, donde primero se le reconociera talento. Chile, donde escribiera "Facundo", pedestal de su fama. Donde alcanzara madurez de destino.

En Valparaíso aguardábale una grave y trascendental noticia: el almirante Pinzón, de la armada española, había ocupado militarmente las islas Chinchas, pertenecientes al Perú, por no saldar este país sus deudas con el gobierno de Madrid.

De inmediato lo comunica, informando haber el cuerpo diplomático en Lima, elevado protesta y ser su ánimo adherirse a ella y pide instrucciones.

Los correos iban a demorar la respuesta y, sin esperarla, cumple su propósito.

Días después, diarios chilenos traían agravante versión para el ya complicado problema.. Afirmaba ésta pretender España reconquistar parte de sus perdidas colonias. Resurgiría sí, aquella España de Carlos V, la de Flandes y la de América. Aquella en cuyos dominios no se ponía el sol.

Influye y predispone ello el ánimo de Sarmiento, quien al presentar credenciales al Presidente chileno Joaquín Pérez, pronuncia fervoroso discurso adhiriendo a la causa peruana: "La Argentina —dice— reclamaría como un honor y un deber, estar al lado de Chile, en sostén de los derechos del Perú, desconocidos por la España de hoy." Y hace esta gravísima afirmación, en labios de un diplomático: "Si hubiera de flamear la bandera del Perú en la lid, buscaría y encontraría a su lado, la Estrella de Chile y el Sol Argentino, que han recorrido unidos sus mares y sus campos y no tendrían necesidad de preguntar cuál es el camino que conduce a la victoria, contra el mismo enemigo."

Estas palabras inflaman de entusiasmo a los partidarios en Chile de repeler la agresión. Los nombres de San Martín y O'Higgins, de nuevo recorren las calles de Santiago. La Unión

Americana lo felicita. El profesor de la Universidad de Derecho Internacional, Andrés Bello, aprueba y celebra sus conceptos.

En Lima su declaración produjo regocijo en gobierno y pueblo, preparándosele clamoroso recibimiento. Sus términos, han interpretado el viril sentir de América. Las ansias de su noble juventud, dispuesta y vibrante de ir hasta el sacrificio, en aras del ideal de patria.

Empero, una impresión muy distinta, producen sus comprometedoras palabras en el gobierno argentino. En correspondencia mantenida en absoluta reserva, se desaprueba su conducta. Se le manifiesta no estar autorizado para concertar alianzas, obligando a la República. Ello es de competencia exclusiva del gobierno nacional, se le expresa.

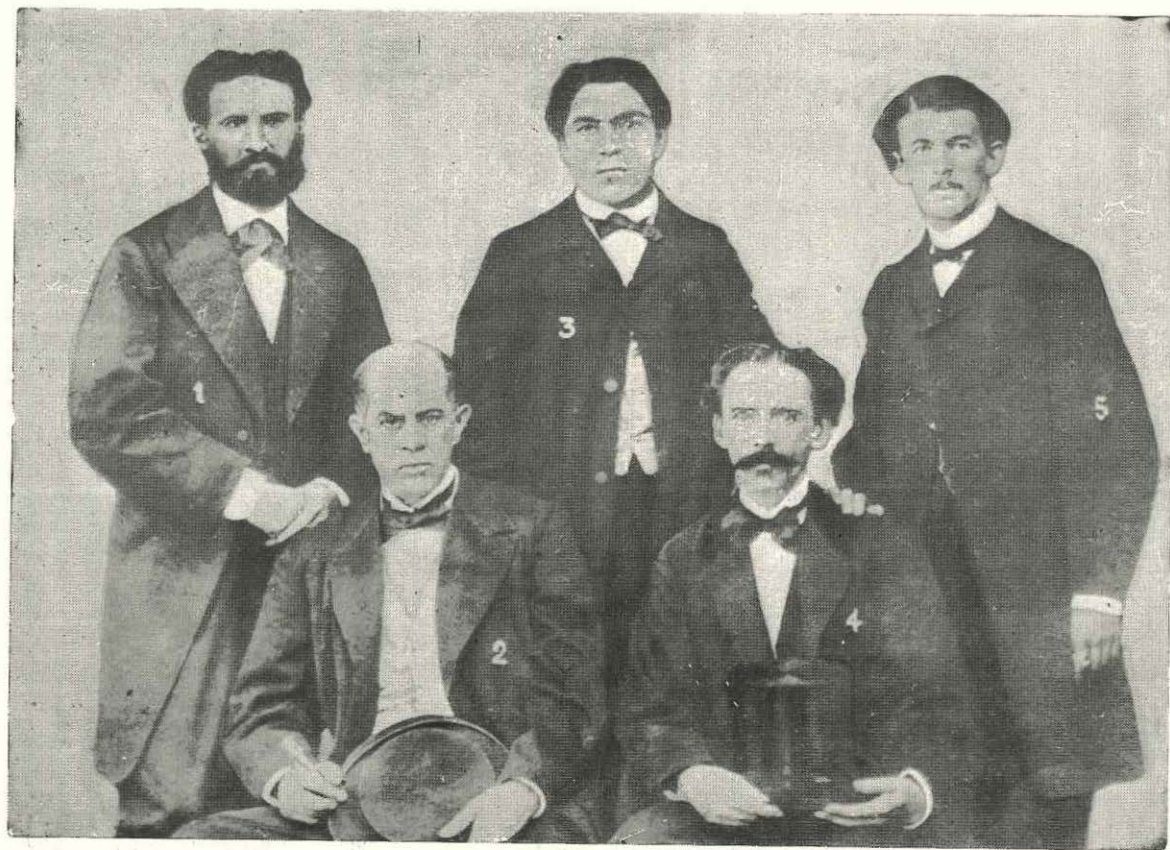
La incidencia trae cambio de notas, con el Presidente Mitre y el Canciller Elizalde. Polémica, donde cupieron los antagonismos doctrinarios, los enfoques opuestos, los pareceres dispares, por la altura de las palabras y la limpieza de las intenciones. Ambas, impulsadas por un mismo afán de servir a la Nación, por el mismo propósito de cimentar su prestigio, por idéntico anhelo del buen nombre argentino.

Sí, Sarmiento se había extralimitado. Pero era el espíritu de América herido, quien hablaba por su intermedio. Era la historia. Eran nuestros próceres, levantados ante la injustificada agresión a una hermana del continente, libertada con armas argentinas y ante el hecho consumado, por nuestro prestigio ante el hemisferio, había la urgencia inaplazable de afrontarlo.

Los acontecimientos se precipitan y hacen adelantar la partida. Se embarca en Valparaíso con el personal de nuestra embajada en Norte América. Van con él, Salcedo, Halbach, Lavalle y Bartolito Mitre. Dejaba Chile, donde años antes pasara dos décadas exiliado, encontrando amistad y apoyo y donde ahora hallara igual calor. Partían con la pena de los que se alejan. En Lima los aguardaban, con la alegría de quienes esperan.

Iban desde el mismo puerto, por el mismo mar y hacia la misma tierra, donde cuarenta años antes, a la sombra de las ya gloriosas banderas argentinas y chilenas, había ido San Martín, al frente de sus tropas, a emancipar ese pedazo americano.

Tal vez, en las madrugadas serenas y estrelladas de la travesía, hayan creído escuchar sobre las aguas del Pacífico, los clarines de las dianas que quedaron allí flotando con inmortalidad de bronce, cuando aquellas alboradas con nubes rojizas, anunciaban el sol radiante del mediodía libertario.



"PERSONAL DE LA LEGACION". — (1) Halbach, (2) Sarmiento, (3) Salcedo, (4) Juan Lavalle, (5) Bartolito Mitre.

Allí, iba ahora otro gran argentino, en momentos graves para ese país. Entraría a la ciudad, en cuyo arco de puente se leía en épocas virreinales: "Dios y el Rey". Y desde la llegada de San Martín: "Dios y la Patria".

Su arribo produce vivísima impresión en Lima. Su actitud ha despertado simpatías, forjado esperanzas. Ya se conoce su decisión, su fortaleza de carácter, acerado, como las bayonetas que siguieron al estandarte de los Andes.

El Congreso Americano reunido en aquella capital, con representantes de naciones del hemisferio, trata en esos momentos, en el suntuoso palacio de Torre-Tagle, la posible alianza ante agresiones extracontinentales. Se le invita a sus sesiones y no obstante no llevar representación para esa asamblea, concurre a sus deliberaciones. Su entrada al recinto la hace entre una salva de aplausos. Su sola presencia fortifica el vacilante optimismo. El representa al pueblo que llevó sus armas para emancipar esa comarca.

Mientras esto ocurría en Lima, el almirante Pinzón, comandando seis poderosos buques de guerra españoles pasaba, en demostración de poderío, frente a las costas peruanas, tras suplantarlo el pabellón de esa nación por el pendón ibérico en las islas Chinchas.

El gobierno argentino nuevamente desaprueba su actuación, al informarse de su presencia en ese Congreso. Le escriben recordándole no tener poderes para concurrir a él y menos —le dice— para comprometer en tratados a la República.

Nueva polémica con el Presidente Mitre y el Canciller Elizalde. Y ante las notas y cartas personales de éstos, no respaldando su proceder, reacciona Sarmiento y, en una misiva dirigida al Presidente, estampa estas palabras, propias de su idiosincrasia, mostrando no estar hecho para hacer reverencias, en pos de mantener posiciones oficiales: "No he firmado tratados —le dice—, porque con esa condición entré al Congreso. Si hubiera creído que debía firmarlos, por ser convenientes a la República, lo habría hecho sin vacilar", y —agrega esto tan propio de su levantisco proceder—: "porque en eso del honor y de la consideración a mi patria, no es sólo el Presidente y el Ministro de Relaciones Exteriores, quienes están encargados de guardarlos, ni a ellos sólo reservada la apreciación del caso."

Señores: Así era Sarmiento. Sana conciencia, claro criterio, fortaleza en el proceder y sinceridad y valentía al exponer sus pensamientos.

El estuvo en el Congreso, es cierto, sin mandato de nuestro gobierno. Pero con las credenciales, de ser expresión noble del espíritu fraternal de nuestro pueblo; las credenciales de su talento, de su ilustración, de su patriotismo. Como intérprete y realizador de aspiraciones americanas y, sobre todo y ante todo, como símbolo de las glorias inmortales que enaltecen las páginas de la historia de la República.

Su actitud hizo que Argentina no estuviera ausente de esa reunión de hermanas repúblicas. Su presencia significó apoyo moral, de tanto valor ante el atropello inaudito.

El Presidente Mitre —sin duda—, defendió con serenidad el superior interés del país. Sarmiento, con su presencia en el Congreso, alentó la fe en la integridad americana. Los dos salvaron el prestigio de la Nación, los dos el honor de nuestra bandera.

La actitud del diplomático argentino, le ha dado popularidad. La ciudad, que bajo su cielo de historia y de campanas, conserva indeleble el recuerdo de San Martín, acoge con admiración al compatriota del héroe. Por sus calles parecen de nuevo desfilar las sombras de los granaderos. Donde se presenta, recibe muestras de simpatía. El Presidente da una recepción en su honor. Asiste lo más distinguido de la sociedad limeña. Las niñas se pasan la voz. Concurrir con colores argentinos. En la cercana localidad de Miraflores, se le ofrece otra. Los diarios lo saludan como líder de la causa americana.

El 9 de diciembre, aniversario de la batalla de Ayacucho, se inaugura en Lima el monumental edificio de la Escuela de Artes y Oficios.

Una comisión va a invitarlo especialmente. A la ceremonia asiste el gobierno en pleno, el cuerpo diplomático, jefes militares y los integrantes del Congreso Americano, reunidos en esa capital.

Cuando todos están en sus ubicaciones, en medio del silencio expectante que precede a la iniciación de las ceremonias, Sarmiento abandona la suya entre los diplomáticos, atraviesa la sala y va a sentarse junto a los maestros. Lo había impulsado un mandato de su entrañable vocación. El era, ante todo, maestro. Al descubrir su actitud, la sala, puesta de pie, se llenó de aplausos. En los discursos se le menciona en forma especial y es invitado a hablar. Su potente voz inunda el amplio local, y dando libre acción a sus reprimidas ansias les dice: "Es a la vista de las naves españolas agresoras, que Perú contesta al ataque in-

augurando una escuela para cultura de su pueblo. Prosperidad al Perú —agrega—, que inaugura escuelas en el aniversario de la batalla de Ayacucho, que selló la Independencia de América. Seamos libres —les expresa—, de esa otra servidumbre: la ignorancia de las masas, para que la sombra de Bolívar nos sonría, al ver cómo rememoramos este aniversario, haciendo efectivos sus votos, por la grandeza de América.” Una ovación premia sus palabras, y pañuelos en alto de profesores y maestros saludan al insigne colega.

Sarmiento se había adentrado en el alma peruana y ésta en su espíritu. Su permanencia se prolongó por varios meses. Fue a Pisco y se inclinó ante la memoria de San Martín. Y recordó a los desdichados incas, destronados por el sólo delito de amar a su tierra, a la paz, al trabajo y a la libertad.

Su destino diplomático era Norte América y para allí se alejó. A lo lejos quedaba Lima, entre el susurro de los álamos y el rumor de las campanas.

El 15 de mayo, desde el barco, contempla la bahía de Nueva York. La ciudad que ya se alzaba con aspiraciones de cielo, con firmeza de eternidad. Volvía, después de dos décadas. Allí estuvo en sus años mozos. Cuando lo impulsaba un mito de esperanzas, un amanecer de ilusiones. Ahora iba a entrar a la urbe, para él, con perfiles de pasado y de porvenir. Acicateado por curiosidad creciente, por ansiedad llena de interrogantes y con anhelo de ver y sed de perfeccionarse.

En carta a Buenos Aires plena de colorido, da una idea de su emoción: “Qué diré de mis impresiones al volver después de veinte años —dice—. No vuelvo de la fascinación que experimenté al entrar a la bahía, cerrada por fortalezas formidables, por mansiones espléndidas. Cruzada en todas direcciones por vapores.”

“Bahía que sirve de plaza central —agrega— a tres ciudades tan grandes como las más célebres del mundo. Maravillas acumuladas por la riqueza, la ilustración, la libertad.”

Y hace esta afirmación de su videncia: “Glóriome de haber tenido veinte años antes, la clara percepción de la influencia que tendría Estados Unidos sobre los destinos del mundo.”

Entusiasmado tras recorrer la ciudad, después de dos semanas, en comunicación fechada el 6 de junio de 1865, manifiesta: “Un volumen necesitaría escribir para comunicar mis impresiones de quince días de residencia en Nueva York. Un año de vida acumulado en horas. Escribo —dice— desde mi hotel en

la Quinta Avenida, bordeada por edificios de siete y ocho pisos." Y continúa expresando: "Son tales los cambios experimentados desde mi primer viaje, que la parte de la ciudad que hoy habito, la más suntuosa, no existía entonces."

En otra carta, da cuenta que estuvo en Washington, para presenciar la revista de 200.000 hombres que venían de la guerra de secesión.

Su espíritu militar, se pone aquí de manifiesto. El había nacido el año 1811, al arrullo de los cañones y al llamado de los clarines de su patria. Cuando marchaban legiones al mando de Belgrano y Balcarce. Había conocido a los héroes forjadores de la nacionalidad. Había actuado en la batalla de Caseros con el grado de teniente coronel. Y aquel espectáculo que iba a presenciar, le atraía, arrancando novedosa y extensa crónica.

"El Presidente —dice— pasó revista con el cuerpo diplomático. Espectáculo único en la historia —agrega—, un río de hombres, con uniformes sencillos, cañones, caballos, fusiles, pasó durante dos días. Gloriosos girones sin forma de banderas, saludados con aplausos frenéticos. Pasó el Regimiento 7 de Nueva York, jóvenes ricos, terribles tiradores. Más atrás, venía un grupo escoltando una bandera. Los únicos que quedaban de un regimiento de 1.400." Y tras describir la continuación del desfile, expresa: "Venían después dos cuadras de ómnibus. Eran los inválidos. En vez de fusiles, muletas." Y anota este curioso detalle: "En todas las ciudades rezan letreros: "Aquí se ponen piernas y brazos, por cuenta del gobierno." Por centenares —agrega—, inválidos, andan por las calles."

En otra correspondencia, verdadera crónica del ayer, describe con agudeza de saber captar y transmitir, cómo se festeja la fiesta patria del 4 de Julio: "Las salvas de artillería —dice— despiertan a la gran ciudad, para seguir el tiroteo de pistolas, rifles y cañoncitos de bronce, durante todo el día y desde todas las casas, producidos por niños y por los que nunca dejaron de serlo."

Así pasa la jornada, disparando armas, arrojando petardos. De cuando en cuando, la campana llamando a los bomberos. Catorce incendios van anunciando este aniversario. El incendio, ha dicho un francés, es parte de la Constitución de los Estados Unidos. La Quinta Avenida, constantemente llena de gente, es indiferente al paso de las bombas de agua. Sólo a los extranjeros, nos despierta curiosidad."

En la misma carta da esta curiosa información: "Al día si-

guiente —dice—, concurrí al recinto del Tribunal Militar, donde se está juzgando a los asesinos del Presidente Lincoln. Tuve a mi frente —agrega— a los reos, algunos de ellos de color.” Sarmiento había llevado credenciales para presentar al Presidente inmolado y allí estaba, ahora, viendo la cara de los asesinos.

En otra misiva, da una idea de las ciudades de Baltimore y Filadelfia, que tienen cada una 700.000 habitantes, y manifiesta dudar si Nueva York tiene hoteles como el Continental. “Tuve necesidad —dice— tres veces de hacerme conducir a mis piezas, perdido en aquel colosal laberinto, hasta que me enseñaron la sala amueblada que conduce, cada cinco minutos, del primero al séptimo piso.” (Se refiere al ascensor, que en ese tiempo, por no haber electricidad, funcionaba con contrapesos.)

En carta del 6 de agosto, escribe estos datos sobre su actividad: “Me levanto a las cinco, escribo, traduzco y despacho correspondencia cada vez mayor. Publico algo en los diarios y llegan las doce de la noche muy a pesar mío y encuentro el mullido lecho.” y hace esta confidencia, en plenitud de pensamientos íntimos: “Porque, sin poesía, son muy buenas las camas norteamericanas.”

Dice que pasea por Broadway y anda en vapor por la bahía, volviendo deleitado y ansioso de continuar sus tareas.

Manifiesta que su libro “Facundo”, es llave que le franquea portales de gobiernos y de casas de hombres de ciencia. Me sirve de medio de introducción —dice—. Se lo mandé al filósofo Emerson y ayer comí con él. El célebre literato Ticknor, me busca hace tres días.” Y formula este juicio certero y esta observación sagaz: “Si ser Ministro Plenipotenciario no vale para todos, ser educacionista, es un gran título para este pueblo, de profesores y maestros.”

Su correspondencia dando cabal visión de la Nueva York de aquel tiempo, es nutrida. En una dirigida a Aurelia Vélez Sársfield, le dice: “Las avenidas magníficas, de cuarenta varas de ancho, con árboles en las veredas y ferrocarriles en el centro.” Describe palacios de mármol y granito, bancos, hoteles para mil pasajeros. Y probando que ha captado rasgos de la ciudad y pormenores que marcan la diferencia con nuestro vivir de antaño, le expresa: “Las niñas andan aquí solas, felices, seguras.” (Aludiendo, sin duda, a la costumbre en nuestro país, de ese tiempo y de mucho después, donde para salir de compras, lo hacían acompañadas por la mamá o por alguna criada.)

Describe grandes tiendas y suntuosas vidrieras, recreo de

caprichos femeninos y desesperación de bolsilos de varones. "Broadway —sigue comentando—, es sin rival en el mundo, por el lujo y el movimiento. Eso sí —agrega—, hay dificultad para viajar. No existe el completo como en París y Londres. Nadie cede el asiento en los trenes ni en los ómnibus. Ni aún a los generales o embajadores. Las únicas privilegiadas son las señoras y sus acompañantes." Y hace esta afirmación rotunda: "Necesito, forzosamente, proporcionarme una señora, para viajar sin padecimiento."

Así era, señores la Nueva York de entonces, marcando cien años de adelanto sobre nuestro vivir y sobre nuestras costumbres de ese tiempo.

Pero al margen de sus crónicas, su pensamiento está constante en su lejana patria. En la realidad contempladora de su presente, en el futuro que prevé su mañana. En todo momento piensa cómo ser útil a sus conciudadanos, transmitir sus ansias de modernos métodos, sus anhelos de nuevos rumbos. Envía artículos para los diarios de la capital y de San Juan. Su palabra va hacia Buenos Aires, hacia su gobierno, marcando derroteros, aconsejando proceder. Sugiere contratar maestras norteamericanas, crear escuelas normales, fundar observatorios astronómicos, modernizar labores agrícolas y para que un día, en nuestro solar nacional, no tengamos que vivir con el cuerpo doblegado y el alma sumisa, a la sombra de una bandera extranjera, indica adquirir buques acorazados y perfeccionar nuestro ejército.

A principios de julio, en el patio de la Casa de Gobierno de Massachussets, se inaugura la estatua del ex diputado y gran educador Horacio Mann, a quien tanto tratara en su anterior viaje, estableciéndose desde entonces una amistad nacida en la común vocación de enseñar.

Ahora el gran creador de escuelas laicas norteamericanas, compañero en la siembra fecunda, revivirá en el bronce la gratitud nacional.

Le escribe a Mary Mann, enalteciendo las virtudes de su esposo: "Es orgullo —le dice—, para mí, haber emitido veinte años antes el juicio consagratorio confirmado hoy por el monumento."

El 8 de agosto, invitado por el Superintendente de Escuelas, asiste a la reunión del prestigioso Instituto Americano de Instrucción, en el estado de Connecticut. A él concurren hombres eminentes y maestros de todos los estados de la Unión.

Invitado a hablar, mostrando la noble elevación de sus pro-

pósitos, les dice: "He venido a este país para estudiar los progresos de la educación pública. Secreto de la prosperidad, libertad y grandeza de esta poderosa nación." Y agrega: "Me honro de ser un maestro sudamericano, como de encontrarme entre vosotros. He sido senador, contribuyendo a crear escuelas. He sido ministro, firmando decretos para construir cien de ellas y soy embajador y concurre a este acto conservándome, por simpatía y vocación, siempre, maestro de escuela."

"De mi país —les dice— sólo os daré una idea. Cuando llegó la noticia de la trágica suerte que le cupo al Presidente Lincoln, el Congreso Argentino, como la Convención Francesa, al saber la muerte de Franklin, ordenó que el pueblo llevara luto para honrar su memoria". Y les informa esto, que emociona al auditorio: "La Legislatura del Estado de Buenos Aires dispuso que el primer pueblo que se fundara se llamara Lincoln, para perpetuar su nombre y ungirlo como ejemplo." Atronadores aplausos resuenan en el ámbito de la solemne asamblea. El conocimiento sobre nuestra patria empieza a adentrarse, por las palabras de Sarmiento, en aquel pueblo, futuro piloto del mundo.

En su quehacer constante, sin tregua, comparte sus tareas de conferenciante con su actividad diplomática. Llega de Europa una noticia intranquilizadora. Han fracasado las negociaciones entre Chile y Perú con España, y dispónese ésta a posesionarse de la escuadra chilena. El sabe que prever es vencer. Y una vez más, su palabra señaladora de rumbos, disipadora de sombras, va a Buenos Aires.

Señala objetivos claros, propósitos realizables: "Fortifiquen las costas, adquieran acorazados", y con conciencia de esa hora y visión de las que pueden aproximarse, les dice: "Si la integridad de América lo requiere, aliarse con los Estados Unidos."

La guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay, repercute allí desfavorablemente para nuestro país. La prensa, la opinión pública y aún el mismo gobierno, no aprueban nuestra actitud. Lo comunica a la Cancillería Argentina, e inicia publicaciones en diarios rebatiendo errores, aclarando conceptos, mostrando hechos reveladores unos y explicables otros de la justicia de nuestra causa, de la razón de nuestro proceder, y vuelca el juicio favorable para nuestra Nación.

En su andar por ciudades y más ciudades, dialoga con hombres de ciencia, visita bibliotecas, museos, escuelas, fábricas. Así

ahonda su experiencia, amplía su visión. Con ellas, un día, alumbrará el camino y agilizará el paso, en su lejana tierra.

Llega a Cambridge y como impelido por el gran viento andino de su San Juan natal, con emoción americana, respetuoso y admirativo, se inclina ante la venerada encina donde Washington desenvainó su espada para iniciar la guerra emancipadora.

El 27 de octubre de aquel año, para su memoria sería imborrable. Constituiría uno de los días más venturosos de su estada en la gran república.

La Sociedad Histórica de Rhode Island, una de las instituciones de intelectuales de mayor jerarquía, va a rendir homenaje a la luz de su ingenio y de su esfuerzo por el triunfo de los principios, enaltecedores de la existencia humana. Tributo más trascendente, por no estar quienes lo ofrecen, obligados por razones políticas o sentimentales.

Lo van a recibir en sesión especial organizada en su honor. Concurriendo eminencias de esa nación y de otros países. Años antes, esta institución habíale otorgado el diploma de miembro honorario.

Llega acompañado por el gobernador de estado y su entrada a la sala la hace entre una ovación.

El presidente de la institución destaca su personalidad, en laudatoria presentación. Luego es invitado a hablar.

Su disertación es brillante. Documentada y con plenitud de eficacia. Sus giros expresivos revelan dotes oratorias excepcionales. Un caudal de conocimientos hondos, analizados a la luz de una inteligencia diáfana y discriminadora, entusiasman y emocionan al jerarquizado auditorio.

A título personal, debo agregar, ser ésta, una de las mejores conferencias que he leído de Sarmiento.

"Visité —les dice—, en 1847, Estados Unidos, para llevar la llama de la libertad y de la educación a mi patria." Hace luego un enjundioso estudio filosófico e histórico, de la trayectoria de los pueblos de la antigüedad. Resuenan con sonoridad de bronce, los ecos distantes de Grecia y de Roma. Muestra después a los pueblos de la Europa de aquellos días y sobre el propio norteamericano hace enfoques tan precisos y pormenorizados que la concurrencia lo escucha, con la atención que se pone ante un maestro en una hora solemne.

Un cuadro ágil y vivo de la vida argentina, presenta luego. Su palabra está guiada por una exaltada fe en su país. Habla de su cultura, de su adelanto, de sus ciudades. De la riqueza de su

campo y de su promisorio porvenir. De la Constitución y de sus leyes, "que —les dice— son las vuestras, que nos hacen vivir con dignidad, con libertad, con democracia, impulsándonos hacia un alto y común destino."

Su palabras borran la impresión errónea sobre nuestro país.

Su magnífica disertación termina rindiendo homenaje a los ingenieros norteamericanos, que en su lejana Nación llevan, por pampas y montañas, el acero civilizador de los rieles, contribuyendo con su inteligencia y su esfuerzo a la gran Argentina del mañana.

Sus últimas expresiones hacen estallar un agitar de palmas. Parecería decirsele con ello: habláis de vuestra patria con entusiasmo, amáis la libertad como un culto. En vuestras palabras hay un alto mensaje argentino.

El primero en felicitarlo es el gobernador del estado. Sarmiento, estrechaba las manos, como había pronunciado su discurso, con todo el calor de su vida.

Desde aquel momento, la admiración hacia su persona se extiende a todos los centros de instrucción de la gran república. Es allí, más que un Ministro Plenipotenciario, un propulsor de cultura, entre un pueblo que rinde pleitesía a los valores superiores del espíritu.

Con este triunfo, probador que para el poder espiritual se nace y para el material se llega y con la terminación de su celebrado libro: "La Vida de Lincoln", daba cima a lo que hizo y dijo, en su profícuo primer año de vida diplomática. Luminoso cierre de un ciclo, jalonador de un paso más hacia la cumbre de su excepcional destino.

Esta tarde escucharemos lo que dice de Sarmiento un destacado argentino, que siendo diputado nacional, al llegar a Washington, fue invitado a hablar en el Parlamento Norteamericano.

Me refiero al doctor Carlos Cisneros, quien estuvo en la gran nación donde nuestro héroe fue admirado. Bien por ello está que en este aniversario, cuando hablamos de su acción allí, sea un compatriota cuya voz resonó en el Parlamento aquél, quien lo evoque en uno de los aspectos interesantes de su vida.

Para presentar al doctor Cisneros, basta la mención de algunos hechos de su destacada y brillante trayectoria.

Político de línea ejemplar, puesta siempre al servicio de la Constitución, de la democracia y de la libertad. Diputado nacional varios períodos. Senador en la provincia de Buenos Aires. Intendente Municipal de Bahía Blanca, profesor en la Universi-

dad y en la Enseñanza Secundaria, presidente de varias instituciones prestigiosas, publicista de nota y conferenciante consagrado, todo lo cual justifica plenamente el gran interés de escucharlo esta tarde.

Una inesperada dolencia, nos priva de tener al doctor Cisneros esta tarde en esta tribuna, por lo cual, su conferencia será leída por su amigo, el distinguido profesor Roque Cabral.

Señores:

Hemos visto lo que Sarmiento dijo en 1865. ¿Qué nos diría ahora, tras contemplar como entonces, los países de Europa, los Estados Unidos y las naciones de América Latina? ¿De ver sus dificultades, sus conflictos, la inminencia de guerras, la complejidad creciente de la convivencia social? No dudo, señores, dirigiría a nosotros estas palabras, con conciencia de esta hora y visión de las futuras: Compatriotas, no os desesperéis. El esfuerzo actual argentino, es digno de mis esperanzas. Los males que aquejan a nuestra patria, son los mismos que afligen al mundo entero, con la diferencia, que en esta bendita tierra, marchamos hoy dentro de la paz, de la democracia, del orden y la libertad, que aseguran el trabajo fecundo, el progreso firme y la felicidad general.

POLEMICAS ENTRE SARMIENTO Y ALBERDI "CARTAS QUILLOTANAS"

*Conferencia pronunciada por el doctor CARLOS E. CISNEROS,
el 11 de setiembre, en el Museo Histórico Sarmiento.*

EL director del Museo Histórico Sarmiento, doctor Bernardo A. López Sanabria, ha querido que pronuncie algunas palabras que se refieran a las polémicas habidas, durante muchos años, entre Sarmiento y Alberdi.

He aceptado la misión, aunque es de suyo difícil, pues ninguna colaboración ha de negarse a quien mantiene, desde la Dirección de este Museo, la llama votiva de una recordación insigne.

Ha realizado una intensa labor silenciosa de reestructuración y, con empeño no igualado, ha sabido exaltar la figura del Prócer. Todos los años, sin excepción, desfilan por esta tribuna ilustres argentinos, que le recuerdan en sus múltiples facetas, y la Dirección, con sus clases explicativas, con la atención permanente que pone en el lucimiento de estas salas, en que cada rincón es un pedazo de historia, hace mucho para que penetre en la mente de los argentinos el vigoroso espíritu de este gran luchador por la libertad, por la democracia y por la educación del pueblo.

Estas evocaciones de los grandes antepasados, es una obra de patriotismo, de verdadera argentinidad. Es digna de todo encomio la acción tesonera y eficaz del doctor López Sanabria.

La juventud actual es inclinada a olvidar los que fueron y mucho hicieron en bien del país; y prefieren vivir, como sacudiendo el pasado, en un inquieto presente, libres de prejuicios y de trabas, creando una modalidad y un ambiente difícil para que se perfilen grandes personalidades. Olvidan o desconocen que es grave perjuicio romper estos vínculos profundos que enlazan las generaciones; no aprecian que el árbol cuyas raíces penetran más hondo en las entrañas de la tierra, más fuerte y erguido crece, su fronda es protectora para todos por igual y, desde su altura, se atalayan horizontes infinitos.

Penetremos nosotros también en la esencia espiritual de los grandes argentinos del pasado, estudiemos lo que hicieron en favor de todos y reflexionemos sobre lo que ellos harían hoy ante la complejidad de los problemas económicos, políticos, sociales,

educacionales, que plantean graves interrogantes y angustian los corazones.

Sarmiento y Alberdi: dos columnas inmensas del pensamiento y de la cultura argentina.

Sarmiento tenía el ímpetu genial, que todo lo abarca, todo lo investiga y estudia. Aprecia y valora los acontecimientos y las cosas; y sabe del ejemplo y de las consecuencias que dejaron. No le importa detenerse ante lo trascendente como ante lo pequeño; mira su beneficio o su utilidad, y procura aplicarlo para bien de la patria.

Conoce que es conveniente traer ciertas aves porque su acción protege las siembras, y manda traerlas; ha visto o comprende la importancia de la enseñanza tal cual se imparte en Norte América, y hace que lleguen a nuestro país las primeras maestras de Estados Unidos, que tanto hicieron por la educación y tan grato recuerdo dejaron; hay que hacer caminos, construir vías ferroviarias, crear parques y esparcimientos, fundar colegios militares, apoyar la práctica del deporte; todo lo hace. Advierte el peligro de que no hay divisiones en los campos, y exclama categórico: "¡Alambren, no sean bárbaros!"

Inicia y sigue una campaña vigorosa, en cada caso, para lograr los objetivos que persigue.

Así escribe, y su prosa es vibrante, resplandeciente, aguda, combatiente.

Alberdi, es el jurisconsulto severo, estudioso de la legislación, de la literatura, del arte. Penetra con hondura en los problemas jurídicos, sociales y filosóficos. Vive lejos de la patria, en un ostracismo voluntario, casi aislado; pero su vida es estudio, meditación y, en su totalidad, referida al bienestar y a la estabilidad institucional de la Argentina.

Sarmiento gusta de usar la masa o el hacha en sus polémicas; Alberdi esgrime la sátira sutil y penetrante. Uno derrumba con el impulso de un cataclismo, el otro zahiere, dejando un escozor penetrante.

Ambos mantuvieron polémicas apasionadas, llegando, a veces, a límites incomprensibles. Sus escritos revelan sus temperamentos.

Al aceptar exponer este tema, aunque sea brevemente, es para considerarlo sólo en el plano superior de las ideas.

Advirtamos que el prestigio de estos contendientes, mal-

grado críticas y enemigos, se ha mantenido incólume a través de los años; y que ellos mismos se respetaban y se admiraban reciprocamente.

Es así como, leyendo las Cartas Quillotanas y las Ciento y Una se aprecian, como lampos de sosiego y de paz, frases de Sarmiento sobre Alberdi de ponderación y de elogio a sus trabajos; y de Alberdi, a pesar del ardor del combate, detenerse para reconocer los altos merecimientos del luchador sanjuanino.

Cuando aparecieron las Bases, de Alberdi, Sarmiento le escribió, en setiembre de 1852, desde Yungay, apacible retiro donde se encontraba:

"Su Constitución es un Monumento..., es Ud. el legislador del buen sentido bajo las formas de la ciencia." Y agregaba estas palabras, que vale destacarlas muy especialmente:

"Ud. y yo, pues, *quedamos inexorablemente ligados*. Su libro va a ser el Decálogo Argentino. De todos modos su Constitución es nuestra bandera, nuestro símbolo. Así la toma hoy la República Argentina. Es un acontecimiento político."

En estas palabras se evidencia el hombre de impulsos sinceros, generosos, honrados.

Las polémicas podrían haberlos distanciando, pero en medio de todo sobresale la genial intuición de Sarmiento, que afirma, según sus palabras, que están "*inexorablemente ligados*". Y es cierto, porque la admiración del pueblo los ha unido, para siempre, en la historia y en la gloria.

Refiriéndose a ciertas críticas que le hacían a Alberdi, Sarmiento le escribe, en 1852:

"Con sus maneras cultas, con su figura noble y fina, sería puesto a los pocos días en la picota del ridículo. Yo, que nada tengo en mis exterioridades, sólo puedo mantenerme en medio de aquellas naturalezas torvas, enseñando la punta de la espada."

Palabras reveladoras del extraordinario temperamento de Sarmiento.

Y como una mayor ponderación a las Bases, agrega: "Ni Mitre, ni yo, ni Vélez, ni toda la prensa de Bs. Aires, han herido como Ud., tan de frente, ni con tanto acierto, la cuestión. ¿A que no hallan en la prensa de Bs. Aires nada sobre extranjero, sobre atraso, sobre barbarie, más claro que en su libro?"

Igualmente Alberdi, en los momentos más álgidos de su polémica, reconoce los méritos indiscutibles de Sarmiento.

En su primera carta Quillotana, de enero de 1853, al refe-

rirse en aguda y minuciosa crítica al libro de Sarmiento "Campana en el ejército aliado de Sud América", dice:

"Nada tengo que hacer con su persona, sino tributarle respeto."

En otra carta, hace referencia a sus luchas y al prestigio que le rodeaba:

"Los anteriores trabajos de Ud. contra Rosas, son nobles, generosos, brillantes, y le dan título indisputable al respeto de los argentinos."

Transcribe párrafos íntegros del libro "Facundo", y hace la siguiente anotación: "Reconozco que hay infinito talento y mucho de verdad en ello."

Cuando en la actualidad se descorre el velo del pasado nacional, emerge nítida, gigante, la personalidad de Sarmiento; y asimismo avanza, agrandada por el estudio de sus obras, la serena figura de Alberdi.

Pero creo necesario señalar que, tanto uno como el otro, sentían hondamente el agravio de las palabras que se cruzaban.

Se habían largado a la lucha. Escudriñaban las obras recíprocas, los actos que realizaban, juzgaban sus conductas en política.

Se apasionaban en la crítica y escribían largas cartillas que luego publicaban ante el asombro contenido de sus contemporáneos.

No se daban cuartel. En noviembre de 1852, Sarmiento, desde su retiro de Yungay, escribe llamando a Alberdi: "Mi querido Alberdi." Le habla de un compromiso entre ambos, de no mezclarse en el período de transición después del derrocamiento de Rosas, que pareciera que ambos lo quiebran: Alberdi, defendiendo a Urquiza y Sarmiento, enrolado en la causa de Buenos Aires, atacando al vencedor de Caseros. Termina la carta con estas expresiones:

"Es esta la tercera vez que estamos en desacuerdo de opiniones, Alberdi. Una vez disentimos sobre el Congreso Americano, que a despecho de sus lucidas frases, le salió una solemne patarata. Otra sobre lo que era "honesto y permitido" en un extranjero en América, y "sus Bases" le han servido de respuesta. Hoy sobre el pacto y Urquiza, y como el tiempo no se para donde lo deseamos, Urquiza y su pacto serán refutados, lo espero, por su propia nulidad; y el día siguiente quedaremos Ud.

y yo tan amigos como cuando el "Congreso Americano", y lo que era "honesto" para un extranjero. Para entonces y desde ahora me suscribo su amigo. Sarmiento."

De aquí empiezan las célebres cartas de Alberdi, en enero de 1853, escritas desde Quillota, llamadas "Cartas Quillotanas"; y que Sarmiento contesta con las "Ciento y Una".

Esta lidia entre gigantes deja, para quien las lee, un sabor de extrañeza y de amargura.

Van desde la ironía intrascendente hasta los ataques rudos de carácter personal.

Alberdi, por ejemplo, satiriza a Sarmiento, porque va a la campaña de Caseros montado a caballo con silla inglesa, breech, polainas y kepis, entre la tropa formada por gauchos, con chipá y lanzas. "Es expresión y enseñanza de cultura", contestará Sarmiento. Y éste, a su vez se burla de la afición musical de Alberdi y hasta de su físico. Pero van más allá. El afán polémico los lleva a criticar acerbadamente la acción y la conducta que ambos tuvieron en el escenario político argentino.

Pero hay que reconocer que por grave que sea la ofuscación transitoria de los hombres superiores, siempre quedan reflexiones y enseñanzas en sus escritos, que son como un rumbo de luz en las ideas, como un resplandor de belleza en los planteos.

Hay que acostumbrarse a ver lo bueno, lo superior, lo grato, en la vida de los hombres. Recordemos la parábola de Jesús, en que todos rodeaban a un perro muerto y comentaban su fealdad, sus actos de rapiña, su maldad incontrolada; pero en medio de ellos, un hombre vestido de blanco escuchaba silencioso y se limitó después a decir: "Sí, pero sus dientes parecían de perlas." Este hombre, espíritu de Jesús, no se unió a las diatribas; y supo encontrar el lado bueno y hermoso para el elogio.

Si pudiéramos actuar así, con ese espíritu de tolerancia y de solidaridad, otra cosa sería el vivir colectivo, y permítasenos agregar que también sería distinta la vida entre nosotros, los argentinos.

Estos mismos titanes de la lucha, acusaban los impactos recibidos y parecían condolerse del batallar inútil.

Alberdi, en distintas ocasiones, se apenaba de que Sarmiento atacara su persona "con el insulto y la detracción".

Sarmiento, refiriéndose a alguna crítica de Alberdi, exclamaba:

“¡Habéis sido cruel en demasía, Alberdi, con vuestra víctima! Sesenta días habéis empleado para acumular en 123 páginas el dicterio de periodista, impresor, gacetero diluido en una cantidad enorme, excesiva de veneno, suficiente para matar a ciento, no sólo a un pobre maestro de escuela que se refugia en todas sus calamidades en este Santuario, donde nadie, antes que vos, había osado perseguirlo... ¿Para qué tanto mal, Alberdi?”

Pero, enseguida, siente renacer su afán de lucha y, erguido guerrero, vuelve a la carga, con ímpetu, atacando, y pronuncia como si fuera un grito de guerra: “¡Pero basta de dolor y de flaqueza! ¡La hora de la justicia ha llegado. “Etant a genouz, etre blamé!” Y hace acusaciones contra Alberdi.

Pasada la tormenta, serenados los espíritus, ya en la etapa final, hace un viaje a Buenos Aires Alberdi, desde su exilio voluntario en Francia. Sarmiento, en ese entonces Ministro del Interior de Avellaneda, va a recibirlo al puerto.

Alberdi le tiende la mano y Sarmiento se adelanta diciéndole: “La mano no”. Y lo estrecha en un fuerte abrazo. Gesto propio de su gran corazón.

La disputa, agitada y pertinaz, fue producto de la época, motivada por dos temperamentos distintos, acaso opuestos. Pero ese abrazo, tiene el significado trascendente de una unión indisoluble ante la historia.

En el plano superior de las ideas, el choque entre Sarmiento y Alberdi es extraordinariamente ilustrativo.

No hay materia que no estudie y comente Sarmiento: desde las exposiciones de pintura, representaciones teatrales, críticas literarias, hasta las más serias interpretaciones constitucionales; desde métodos de agricultura, hasta nuevos sistemas penitenciarios; desde el estudio a fondo de los programas educacionales, hasta el análisis de los Códigos de Comercio, Civil, de Minería, desde cuestiones de soberanía, de americanismo, hasta el análisis sociológico de la vida nacional.

Y para Alberdi, ningún asunto superior de la vida colectiva era ajeno a su penetrado talento.

Cada obra de no era criticada por su contendor. Alberdi, criticaba la gran obra de Sarmiento “Facundo”, aunque la reconoce en gran parte por sus méritos indiscutibles; critica “Argirópolis”, “Recuerdos de Provincia”, “La Campaña Aliada en

América". Hace un comentario adverso al estudio de Sarmiento sobre la Constitución de 1853.

A su vez, Sarmiento, desmenuza la tesis de Alberdi sobre un Congreso Americano de legisladores; y critica acerbamente, en parte, su gran obra las "Bases", que escribió como antecedente para nuestra Constitución Nacional y que antes había elogiado; chocaron en la apreciación de la política de Urquiza, etc.

Analizar esta contienda a fondo, haría menester un libro; lo que es muy distinto de lo que corresponde en una breve conferencia.

Me limitaré, pues, a señalar algunos de los puntos en que se debatieron concepciones distintas.

POLEMICA SOBRE LA CONSTITUCION DE 1853

Sarmiento hace un serio y profundo comentario de la Constitución, sancionada en 1853. Es admirable advertir cómo un hombre, autodidacta, que debió luchar para vivir, viajero, escritor permanente, se dio tiempo suficiente para hacer un prolijo estudio jurídico sobre un tema tan difícil y responsable como es un análisis crítico de la Carta Magna Argentina.

Lo lleva a cabo con la soltura de un verdadero jurista. Maneja los vocablos y los distintos matices de la redacción, como un consumado maestro en la materia.

Es de reconocer su lectura, siendo lamentable que no se difunda su texto entre los estudiantes.

Pudo, desde luego, dar lugar a la refutación seria, ya que en cuestiones de derecho es obvio la existencia de interpretaciones distintas, pero nadie podrá negar la ponderación y la importancia de la tarea realizada.

Dio lugar a una polémica con Alberdi.

El primer punto de discrepancia es por la afirmación de Sarmiento de que la Comisión redactora de nuestra Constitución, al escribir el preámbulo, "adoptó la letra de la Constitución Federal de los Estados Unidos".

Alberdi contesta: "La República Argentina no ha copiado literalmente, como Méjico, su Constitución a Estados Unidos. Se ha dado un derecho propio, asimilando a él una parte del derecho norteamericano."

Sarmiento critica la palabra "Confederación", con que en

un principio, en el preámbulo, se designaba a la República. Hacía especial referencia al uso y abuso de esta palabra por el tirano Rosas y señala el error de aplicarla a un país, como el nuestro, que viene de la unidad al federalismo; en cambio en Norteamérica los estados independientes se unen para constituir una nación. Alberdi defiende esta palabra porque no la encuentra peligrosa como para comprometer el sentido de la Constitución Argentina.

Y así, a cada afirmación de Sarmiento, su contendor opone una negación, o un reparo, o una observación, que siempre deja traslucir la acalorada pasión personal que les animaba.

No obstante, es instructivo el debate y ayuda a mejor apreciar el espíritu y la esencia de las prescripciones constitucionales.

POLEMICA SOBRE EL CONGRESO DE LEGISLADORES DE AMERICA

En el año 1844, Alberdi escribe su célebre "Memoria sobre la conveniencia y objetos de un Congreso General Americano"; tesis con la que adquiere el título de licenciado en leyes en la Universidad de Chile.

Es un estudio de indudable importancia en que sostiene la conveniencia de este Congreso, prefiriendo, expresa, se constituya con los representantes de los países que reconozcan un mismo origen hispano.

Entre las materias que podrían ser objeto de estudio y servirán para arribar a conclusiones que tuvieron vigencia en los países signatarios, enumera las siguientes:

Areglar los límites territoriales entre las naciones, debiendo el Congreso tener atribuciones para adjudicar ríos, puertos, tierras, etc. (Cita concretamente el caso de Bolivia, que reclamaba entonces y sigue ahora con idéntica petición, una salida al mar).

Uniformar criterio en todo lo que se refiera a asuntos de comercio, industria, derecho marítimo. Aliar tarifas y aliar aduanas. Uniformidad de monedas, de pesas y medidas; creación de un Banco y un crédito agrícola continental; uniformidad o centralización de ciencias morales y filosóficas; trazar caminos internacionales; resolver haciendo un frente contra la colonización, y agregaba:

Consolidación de la paz. Intervención en un estado, etc, etc.

El gobierno de Chile, donde residía en ese entonces Alberdi, estaba empeñado en idéntico problema de formar un Congreso Americano y en el Congreso de ese país, se habían presentado proyectos a ese respecto.

Los importantes diarios de Santiago de Chile "El Araucano" y "El Siglo", auspiciaban esta iniciativa.

Alberdi se hizo eco de este ambiente y creyó propicio hacer un estudio sobre este tema. En esta oportunidad, decía: "Aplaudiré aquellos estados que sacan su vista del recinto estrecho de sus fronteras y las levantan hasta la esfera general y continental de América. Es el buen camino."

Sarmiento calificó de utopía esta idea del Congreso. La consideró totalmente irrealizable. Se dispuso a combatirla y tomó como punto de referencia el trabajo de Alberdi. Escribió más de once artículos, largos, analíticos, en el diario "El Progreso", de Santiago de Chile.

No hablaba el ideólogo, sino el pragmático, el hombre práctico, que sólo deseaba estudiar la posibilidad de su funcionamiento y aplicación.

Ponía ejemplos y pedía los resolvieran quienes defendían la otra tesis.

"Supongamos —decía—, un conflicto entre Inglaterra y Méjico. ¿Qué podría hacer el Congreso?

¿Tendría alguna competencia para intervenir en esa cuestión delicada? ¿Y sus decisiones serían acatadas por el estado no americano?"

Y en sus planteos iba aún más allá: "¿Si Inglaterra —decía— bloqueara a Méjico, mandaría buques y hombres a pelear el resto del Continente?

¿Qué fuerza compulsiva tendría para que sus decisiones fueran acatadas?

¿Cuáles serían las fuerzas que contarían para mantener la paz interior en el Continente?

¿Podrían intervenir en un estado soberano en caso de una profunda perturbación que hiciera, incluso, peligrar la paz del Continente?"

Sarmiento no era contrario al ideal de la unidad continental, sino que, llevado por su espíritu de análisis, quería despejar los obstáculos que podrían oponerse.

La prueba es que después contempló la posibilidad de un entendimiento en su aspecto educacional, cultural, y él mismo ha venido a ser por autonomasia el "Maestro de América". Así lo

declaró un Congreso de Educadores reunidos en Panamá en el año 1943, designando la fecha 11 de setiembre aniversario de la muerte de Sarmiento y, en su homenaje, el Día del Maestro.

Y el Congreso de Educadores reunidos en Méjico en 1964 declaró a Sarmiento el Maestro Universal de la "Escuela Popular". Ha sido una verdadera consagración. Para honra nuestra, el Prócer argentino es el símbolo mundial de la cultura.

El ideal del Congreso, defendido, entre otros por Alberdi, sigue teniendo vigencia en la actualidad; pero las dificultades que intuía el genio de Sarmiento han tenido también su lamentable comprobación en los hechos.

El reciente caso de Santo Domingo ha servido para comprobar la poca eficacia de las intervenciones en naciones soberanas.

La intervención armada de Norteamérica en ese país provocó gran conmoción en toda América, y ha sido acerbamente criticada. Los arduos y pacientes esfuerzos de la OEA y los llamados al entendimiento de la UN, han logrado hace pocos días una solución aceptable para ambos bandos en lucha, solución precaria y frágil todavía, pero que abre perspectivas favorables para una efectiva pacificación en el dramático econtecer dominicano.

Corresponde señalar que la Organización Mundial y la Americana actuaban en jurisdicciones distintas, y ambas, en un principio, no eran aceptadas por el pueblo de Santo Domingo. Esto retardó aún más la pacificación anhelada.

Verdad es que otros factores nuevos, como la intromisión de comunismo, desconocido en aquella época, agravaron la situación, pero siempre quedan en el plano de la discusión los conceptos de soberanía y de autodeterminación de los pueblos, frente al derecho que se funda en la solidaridad y en la interdependencia de las naciones.

Tal vez estemos distantes de conciliar estos extremos, pero el anhelo de vivir en paz y de garantizar la libertad, siguen presentes como una firme esperanza de la humanidad.

El que habla, también ha recorrido el Continente predicando la unidad latinoamericana, y ha podido observar que si bien existe esa aspiración en forma unánime también un acentuado nacionalismo pareciera más bien obstruir el camino hacia la concreción de ese alto objetivo.

La lucha entre el deseo de la unión y los factores que llevan a la disgregación siguen combatiendo en el mundo.

Fue un ensueño de Bolívar, el convocar la Asamblea Americana a reunirse en Panamá; pero es de advertir que el gran li-

bertador pensaba también en formar un bloque que fuera capaz de resistir el ímpetu colonizador de Europa; lo fue también de Son Martín, al llevar la bandera libertadora por los países del Continente, y lo es y sigue siendo de esclarecidos estadistas del mundo.

En todas partes se realizan esfuerzos visibles para el entendimiento. El Mercado Común Europeo, formado por grandes naciones del Viejo Continente, ha hecho el milagro de la Unión Comercial que tan grandes beneficios le ha reportado y que podrá ser la base de una futura unión política, siempre que se allanen las asperezas que se han presentado.

En los países de latinoamérica, se ha constituido una alianza comercial, que está aún en formación, pero que lleva un impulso generoso y solidario.

Pero lo más categórico, en referencia a un Congreso de Legisladores Latinoamericano, se ha presentado en fecha reciente, a iniciativa del Perú.

Este viejo anhelo se ha concretado. Con la concurrencia de la mayoría de los países del Continente, se ha formado el Congreso de Legisladores Latinoamericanos. Ha celebrado dos reuniones: una en Buenos Aires y la última en Perú, habiendo en esta última designado sus autoridades, recayendo la presidencia en un diputado nacional argentino. Y se ha refirmado aún más este ideal, con la reciente creación del Instituto de Integración Latinoamericano.

No hay que detenerse en el logro de tan alto ideal. Habrá que seguir para que el Congreso no desaparezca por falta de acción y de contenido.

Hay que reforzar la autoridad y la acción eficaz de instituciones como la O.E.A., y reflexionar que no pierden los pueblos su soberanía ni sus derechos, cuando ceden algo de sus intereses, en homenaje a una verdadera, leal e igualitaria convivencia humana.

Que los hombres vivan libres y felices; que sean capaces de vencer, con vocación democrática, las ideologías que avasallan y suprimen la personalidad humana; que no pueden persistir las tiranías, que conculcan la libertad y esclavizan las conciencias. Este es el verdadero reclamo de la historia.

Esto sólo podrá lograrse en un leal entendimiento entre las naciones.

No se nos oculta que los actuales momentos son de grave

peligro para el mundo. Parecieran haberse desatado las fuerzas del odio; y volverse trágico el destino de la humanidad.

Precisamente son estos los momentos en que es necesario oponer la corriente pura y limpia de la armonía, del entendimiento y de la paz.

Nosotros, los argentinos, sabemos lo que es padecer dictadura, que en dos ocasiones ensombreció nuestras vidas, pero sabemos también que hemos sido capaces de reconquistar nuestra libertad por nuestro propio esfuerzo y decisión, y que es voluntad firme de nuestro pueblo, no tolerar otra tiranía que oprima la libertad en nuestra patria. Las objeciones de Sarmiento son valederas, son ciertas. Adelantándose más de un siglo, entrevió lo que podría pasar cuando se quiera intervenir un país soberano; pero el ideal del Congreso Latinoamericano sigue siendo un anhelo permanente.

Será un ideal aún lejano, como una estrella, pero el resplandor de su luz segurá siendo guía y esperanza.

Alberdi escribe sus "Bases", proyecto de Constitución de la Confederación Argentina.

Sarmiento, como hemos visto, ponderó este trabajo importante y serio, pero ello no fue óbice para que luego, en cinco artículos publicados en el diario "La Crónica", de Santiago de Chile, en los meses de noviembre y diciembre de 1853, hiciera su estudio crítico, poniendo de relieve lo que consideraba graves errores del autor.

Realiza, no sólo un análisis de concepto, sino también gramatical.

Alberdi dice: "El texto que presento no se parece a las Constituciones que tenemos. . . , a esta especie de novedad de fondo ha agregado otra de forma o de disposición metódica", y Sarmiento, comentando esta afirmación, niega que sea así, y expresa: "El proyecto —de Alberdi— se parece bastante a la Constitución Norteamericana, aunque haya la diferencia que existe entre la copia del principiante y el modelo del maestro."

Esto abre una nueva polémica. Alberdi se defiende y refuta.

La polémica que mantiene sobre Urquiza, quien gobernaba el país después del triunfo de Caseros, es áspera, bravía.

Sarmiento escribe una larga carta a Urquiza, desde Yungay, en octubre 13 de 1852. Le ataca abiertamente por sus errores políticos, por lo que llama su arbitrariedad, por su falta de valoración de las personas en el país, por lo que entiende han sido maquinaciones electoralistas, triunfos logrados, a veces, por la fuerza o la intimidación.

Es irreverente ante el gobernante. Le señala con crudeza lo que considera sus malos actos y le da consejos.

Le recuerda que antes de Caseros, Rosas estaba ya vencido, y hubiera bastado una hábil política para que cayera.

BASES Y PUNTOS DE PARTIDA

para

LA ORGANIZACION POLITICA

DE LA REPUBLICA ARGENTINA,

Derivados de la lei que preside al desarrollo de la
civilizacion en la America del Sud

por

Juan Bautista Alberdi

Abogado en Chile y en Montevideo

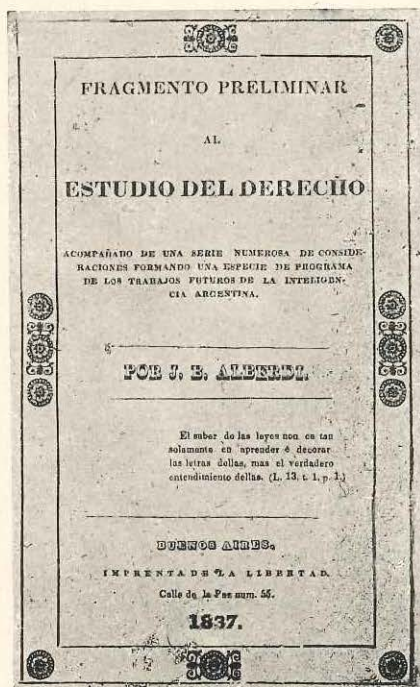


VALPARAISO:

IMPRESA DEL MERCURIO, CALLE DE LA ADUANA, N.º 22 Y 24.

Mayo de 1852.

Por Santos Tornero y Ca., editores



LE atribuye a Rosas estas palabras: "Estoy abandonado de todos: el pueblo me aborrece, porque mis generales y mis hermanos lo han saqueado; y mis generales me abandonan porque están hartos de fortuna y quieren guardarla." Pareciera que en algunas épocas se han visto casos iguales.

Y termina su carta con estas palabras, que tienen un tinte sombrío y conmovedor:

"Cuando sepa su victoria sobre Buenos Aires, pediré carta de ciudadanía en Chile para consagrarme a la enseñanza popular, como un voto de abnegación, como un anacoreta que renuncia a la sociedad y al mundo... Para mí, los peligros, la lucha, cuando todos desesperan; la expatriación y la oscuridad, después del triunfo."

Alberdi, en cambio, defiende a Urquiza, y en una de sus cartas Quillotanas, señala en breves palabras sus aciertos:

"Hoy, que tiene la gloria de haber acabado con Rosas, reunido un Congreso Constituyente, dado a la República diez puertos accesibles a la Europa e internado en las soledades de nuestro desierto país, el frac, las embarcaciones, las banderas, las lenguas vivas, y los hombres de Europa que sean símbolo de la civilización, hoy, con doble motivo debemos apoyarlo."

La polémica sigue en referencia a la situación de la provincia de Buenos Aires con las demás provincias, en que ambos defienden posiciones encontradas.

He considerado las divergencias en el campo de las ideas, sobre temas importantes. No es posible darles mayor desarrollo, porque excedería al límite de una conferencia.

En cada divergencia escribían largas cartillas, que insuñían varios días cuando eran publicadas en los diarios.

Estas reyertas eran olvidadas por las nuevas generaciones. Sólo quedan sus pensamientos medulares, sus luchas por la libertad, el ejemplo y la enseñanza de sus vidas.

Ambos, por rumbos y métodos opuestos; pero, sin embargo coincidían en el deseo de ser útiles y servir a la Patria, con honradez y sin miras a un aprovechamiento personal.

Lucharon juntos contra la tiranía de Rosas; fundaron los primeros centros democráticos de cultura; vivieron con hondura la tragedia de sucesos históricos.

Sabían cómo la barbarie, la tiranía y las pasiones políticas,

habían dividido a los argentinos. Sin embargo sabían elevarse sobre el rencor, sobre la persecución y la injusticia, y pensaban en la unión espiritual de todos.

Por eso Alberdi escribe estas magníficas palabras:

“Se debe proceder a la organización de la familia, sin excluir aun a los malos, porque también forman parte de la familia. Si establecéis la exclusión de ellos, la establecéis para todos, incluso para vosotros. Toda exclusión es división y anarquía. ¿Diréis que con los malos es imposible tener libertad perfecta? Pues sabed que no hay otro remedio que tenerla imperfecta y en la medida que es posible al país, tal cual es y no tal cual no es. El día que creáis lícito destruir, suprimir al gaucho porque no piensa como vos, escribiréis vuestra propia sentencia de exterminio y renováis el sistema de Rosas. No hay más que un medio de admitir los principios, y es admitirlos sin excepción, para todo el mundo, para los buenos y para los pícaros. Cuando la iniquidad quiere eludir el principio, crea distinciones y divisiones; divide a los hombres en buenos y malos; da derechos a los primeros y pone fuera de la ley a los segundos, y por medio de ese fraude funda el reinado de la iniquidad, que mañana concluye con sus autores mismos. Dad garantías al caudillo, respetad al gaucho, si queréis garantías para todos.”

Y Sarmiento tampoco hubiera dicho y repetido, en distintas ocasiones, estas palabras, dignas de meditación:

“Es desconocer la naturaleza humana creer que los pueblos se vuelven criminales y que los hombres extraviados que asesinan, cuando hay un tirano que los impulsa a ello, son en el fondo malvados. Todo depende de las preocupaciones que dominan en ciertos momentos, y el hombre que hoy se ceba con la sangre por fanatismo, era ayer un devoto inocente y será mañana un buen ciudadano, desde que desaparezca la excitación que lo indujo al crimen. No digo entre los partidarios de Rosas; entre los mazorqueros mismos hay, bajo las exterioridades del crimen, virtudes que un día deberían premiarse.”

Estas expresiones son inequívocas muestras de la superioridad espiritual de estos extraordinarios polemistas.

Defendían con pasión sus posturas distintas, pero sin guardar rencor, sin afanes de revancha o de persecución.

Los párrafos transcriptos requieren una honda meditación.

Ha corrido el tiempo y nuevos y graves episodios han ocurrido en nuestro país.

Cada uno de ellos define un hecho histórico y, como tal, debe ser considerado.

No hay que subestimarlos y tampoco hay que aparentar ignorarlos con fingida superioridad o con inexplicable indiferencia.

Hay que encauzar todas las fuerzas en la ruta luminosa de la democracia, de la libertad y del respeto a las leyes, procurando un entendimiento sin agravios.

En la unión espiritual de los argentinos con vocación democrática, están las bases de la paz interior y de la estabilidad institucional de la República.

Los que no tienen esa misma vocación, estarán enfrente; pero quienes la tienen, ¿qué obstáculo superior puede haber para no estar unidos en esta coyuntura de la historia en que se juzga el afianzamiento democrático de la Nación?

Cuando nuevas ideologías extremistas, con el espejismo de su avance y de sus rutas de felicidad, hace conmover las nuestras, hay que fortalecer nuestro sistema de vida, adoptándolo a la evolución del tiempo, pero sin perder la característica fundamental que es la libertad del hombre y la justicia social.

Cuando olvidamos en hacer la verdadera justicia social, cuando en la función pública se busca el provecho personal en vez del bien colectivo, cuando se carece de rumbo y orientación, entonces seremos campo propicio para la conquista de los extremismos.

Los gobernantes deben ser firmes, definidos en sus ideas, honestos en sus medios. Cuando en el mundo hay una gran confusión, cuando doctrinas opuestas chocan, cuando el estilo de nuestra vida tiende a desaparecer, socavada su esencia por infiltraciones sutiles, o por amenazas ciertas, o por actos de barbarie, más decididos debemos mantenernos en la defensa de nuestros ideales.

Deseamos que por el camino de la evolución se logren las conquistas y se afiance la paz social sin que sea necesario quemar la juventud en los campos internacionales de batalla o ensangrentar a los pueblos dentro de las fronteras de la patria.

Que no haya cenizas, sino fuego y fe en los corazones. Es el reclamo urgente de la hora.

LA MEMORIA DEL DOCTOR ALBERTO PALCOS FUE EVOCADA EN EL MUSEO SARMIENTO

EN la tarde del 27 de noviembre de 1965 la Comisión de Homenaje al insigne historiador desaparecido, realizó un acto en el salón principal del Museo Sarmiento.

Encontrábanse presentes: la señora del escritor recordado; el presidente del Movimiento Universal por la Libertad y la Paz, "John F. Kennedy," general Bartolomé E. Gallo; el de la Asociación Amigos del Museo Sarmiento, doctor Alberto Iribarne; el del Instituto de Estudios Históricos del Pueblo de Belgrano, señor Héctor Iñigo Carrera, el del Instituto Popular Moreniano y vicepresidente de la Liga Argentina de Cultura Laica, doctor Patricio López; el doctor Nicolás Romano; el diputado nacional, doctor Carlos E. Cisneros; la escritora peruana señora Rosa Arciniegas; delegaciones de instituciones culturales y numeroso público.

Hicieron llegar su adhesión, los señores ministros del Interior, doctor Juan S. Palmero y de Educación y Justicia, doctor Carlos Alconada Aramburú; la presidenta del Consejo Nacional de Educación, profesora Luz Vieyra Méndez; el presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, doctor Córdoba Iturburu; el de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, doctor Abel Sánchez Díaz; el subdirector del diario "La Nación", doctor Juan S. Valmaggia; los escritores Jorge Luis Borges y Manuel Mujica Lainez; el ex diputado nacional, profesor Federico Monjardín; el embajador argentino en Méjico, doctor Silvano Santander; los señores José Santos Gollán y Joaquín Meyra; señora de Keller Sarmiento; el doctor Gabriel de Gandía; el comisario Natalio Castro; el profesor Gustavo Gabriel Levene; los señores Antonio J. Bucich; Esteban Félix Cichero; Juan Mazio; José F. Sívori y los doctores Pedro S. Martorell y Adolfo Bergman.

En primer término el secretario de la Comisión de Homenaje, señor Mauricio Rosenthal, leyó un mensaje del señor subsecretario de Cultura, profesor Antonio de la Torre, presidente honorario de la comisión, quien no pudo hacerlo personalmente por encontrarse en San Juan.

EL MENSAJE DEL PROFESOR DE LA TORRE

Quisiera poder estar entre los muros augustos del viejo Congreso —empieza diciendo— ennoblecido por las reliquias del Prócer venerado, para recordar a Alberto Palcos, con los hombres ilustres que lo conocieron, que estuvieron con él en el trabajo y en la reverencia, y decir mis palabras hondas de sentimiento en su homenaje.

Sería como tonificarnos con sus virtudes, evocando los días laboriosos de la tesonera indagación histórica, elevándonos en el reconocimiento de un nombre limpio y consolándonos de su ausencia con la permanencia de su obra señera.

Quizás nos quietara la angustia al releer las páginas densas y definitivas de sus libros, reivindicadores de la verdad histórica y del ejemplo orientador. Su rememoración nos será útil. Hasta para esgrimirlo, en sus páginas valerosas y desbaratar con ellas las maniobras arteras de exégetas prevenidos o de emboscados combatientes.

Palcos nos recreó —para que los viéramos con la luz necesaria— a Rivadavia, a Echeverría, a Sarmiento. Nos los impuso otra vez a la reverencia, trayéndolos de nuevo a nuestro foco vital y cordial, reuniéndolos desde el núcleo germinal de Mayo para proyectarlos en surcos de futuro.

La adhesión a los próceres precursores y agonistas —el iniciador el ideólogo, el sembrador— define la altura de su actitud ciudadana.

Quisimos que quien en tan alto magisterio ejerció perspicacia, sagacidad y decoro, nos acompañara en la búsqueda de los medios para que la Cultura Argentina, desde el Instituto recién creado, lograra resonancia nacional y se volviera al pueblo que la crea, en una reversión fecunda. Por eso lo elegimos como compañero de labor y de sueños.

Se nos apartó de pronto, en separación involuntaria. Nos dejó en mitad de la besana con las manos llenas de semillas, pensamos que en el acto luminoso de la siembra le rendimos permanente homenaje.

De inmediato el presidente de la Comisión de Homenaje, doctor Bernardo López Sanabria, dijo entre otros conceptos:

“Nada jerarquiza más una vida, nada le confiere más conte-

nido y razón, que cuando en la trayectoria de toda ella, se lucha por superiores ideales.

"Alberto Palcos fue un batallador incansable por los principios enaltecedores del hombre.

"Por eso fue centinela sin relevo de la gloria de Sarmiento, custodio celoso del solemne rumor de sus años, escritor documentado de su obra y de su acción. Por eso le tributamos aquí el más emocionado y amplio homenaje, no dudando interpretar un mandato del Prócer cuyo rastro de inmortalidad late entre estos muros ilustres que escucharon tantas veces en actos solemnes y en reuniones privadas la palabra erudita, sincera y elocuente de Palcos.

"Que bello es morir con las armas en la mano dice una estrofa de Virgilio. Ese privilegio tuvo Alberto Palcos. Murió en plena consonancia con su vida. Se desplomó en una tribuna, como se muere en una trinchera, a la sombra de una bandera gloriosa, simbolizadora de la libertad, de la democracia y de la cultura.

"Nos dejó el ejemplo de su vida y el ejemplo de su muerte.

"Como presidente de la Comisión de Homenaje a su memoria, tengo el alto privilegio de declarar abierta la sesión rindiéndole el más justiciero y emocionado tributo. Como director de este Museo al cual se encontraba tan íntimamente ligado, cuyo archivo conoció sus desvelos y patriotismo, sus inquietudes de investigador y sus ansias de justicia histórica, he resuelto que su retrato honre la sala desde la cual se rigen sus destinos, para que su figura de abanderado de la invencible legión sarmientina, para que a todos los que tengamos la responsabilidad de conducir esta casa de cultura, nos ilumine, nos inspire y nos estimule con el ejemplo de su vida y con el ejemplo de su muerte.

— — — —

Le siguió en el uso de la palabra el señor José P. Barreiro, quién expresó entre otras cosas:

"Para cuando en homenaje a nuestro paladín, a nuestro extraordinario amigo, nos aprestemos, distribuyendo el trabajo, a exaltar en un libro las virtudes, los merecimientos de su faena, de su inteligencia excepcional, para reconstruir esta vida ejemplar, tan rica en facetas, me comprometo desde ya, Dios mediante, en hacerme cargo del croquis que dibuje la linda juventud de este hombre que finalizó sus horas nimbado de sabiduría.

"Desde ya les anticipo el título de mi trabajo: Le llamaré en

homenaje a su juventud inquieta y rebelde. "El guerrillero rubio de los ojos azules".

— — — —

Ocupó luego el estrado el doctor José Santos Gollán quién dijo:

"Alberto Palcos amó a la historia. Pero fundamentalmente, no la historia del hecho fortuito, sino la gran historia del pensamiento y los ideales sustentados por los hombres que moldean las características de un país. Dijo Palcos: "Nada tan atractivo como explorar los orígenes de una actividad superior, máxime cuando se confunden y entrelazan con los del país".

Afirmó por último que Palcos, con sus ojos limpios, vió claro a través de los campos, a menudo neblinosos, de la historia. Vió la luz de la ciencia que cruzaba, a veces diáfana, otras muy tenue, entre las turbulentas sombras de la vida agitada de un pueblo".

— — — —

Le siguió en el uso de la palabra, el señor Mauricio Rosenthal el que se expresó así:

"Palcos era un varón sapiente que en cualquier etapa de la historia (como le ocurriera en ésta) hubiera descollado como un "scholar", como un cauteloso humanista que buscaba impregnar a sus trabajos y a sus coloquios de un público sentimiento de confraternidad".

— — — —

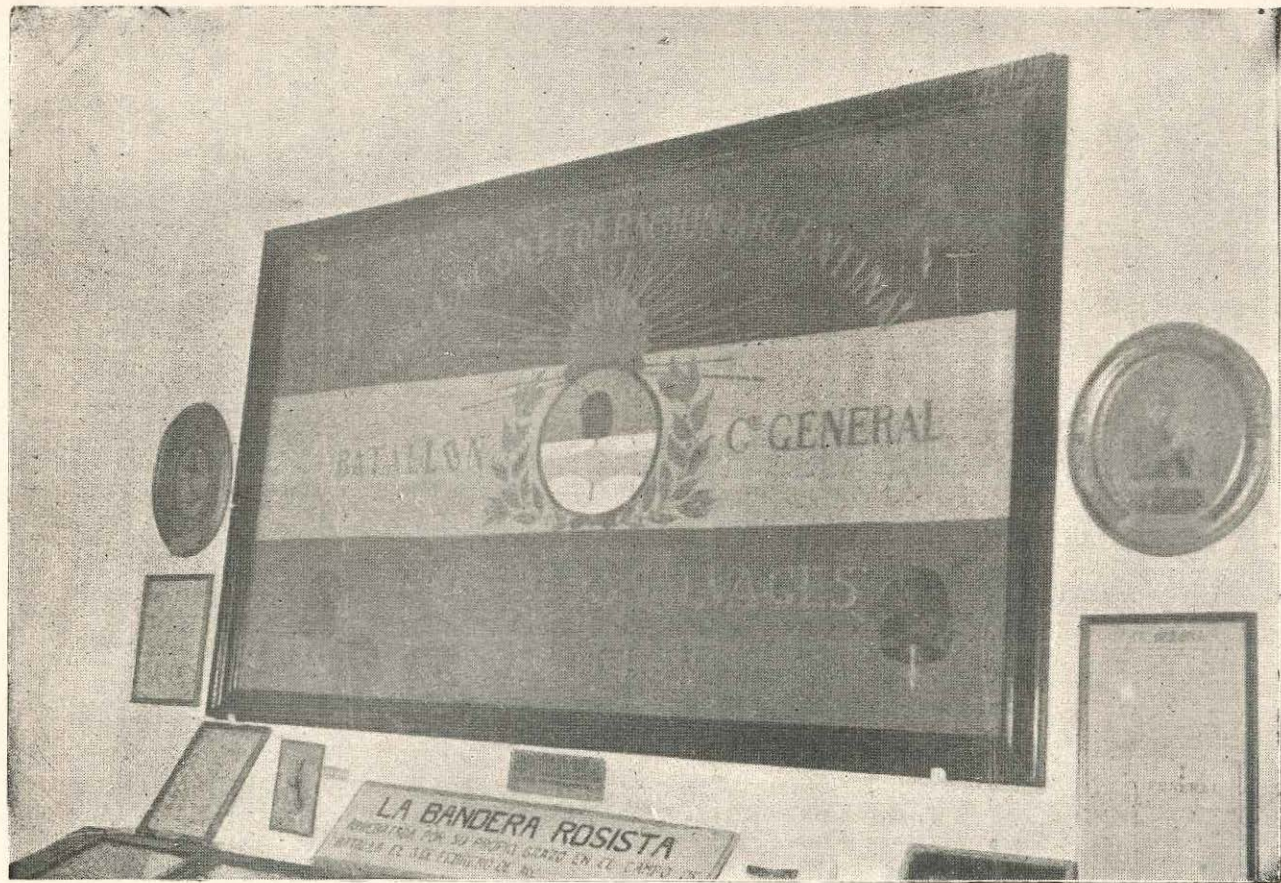
A continuación el doctor Carlos Alberto Erro se expresó así:

"La suerte de los grandes hombres de la posteridad, el esplendor o la palidez de su gloria, depende, en alto grado, de sus biógrafos, de sus historiadores. Hombres como Alberto Palcos deben recibir el estímulo y el reconocimiento de la Nación misma, porque el destino de los pueblos está estrechamente ligado al conocimiento e interpretación de su historia, ya que cuando se confunde la historia de un país, no sólo se interpreta mal su pasado, sino que se tergiversa toda la vida de la Nación."

— — — —

Finalmente ocupó la tribuna el doctor Arturo Capdevila, quien con emocionadas palabras, evocó la figura del amigo ausente.

“El amor a la justicia fue probablemente —dijo— el primer amor de Alberto Palcos. Después vinieron el amor al bien, a la verdad y a la belleza. Lo más íntimo de Palcos está en sus obras, en las que encontramos siempre la apología de los grandes hombres. Amó el sentido heroico de la vida. Amó y reverenció la causa de los grandes hombres, pues tuvo también, una idea heroica de la historia. Alberto Palcos no puede encontrarse entre los ausentes.”



"LA REPLICA DE LA BANDERA ROSISTA TOMADA POR SARMIENTO EN CASEROS". — Reproducción exacta, hecha por el patriotismo y la ciencia de los profesores de la Escuela Profesional de Mujeres Nº 2.

LA BANDERA TOMADA POR SARMIENTO EN CASEROS

La Bandera que en la batalla de Caseros tomara Sarmiento con su propio brazo, de las fuerzas derrotadas en aquella acción de guerra, era una reliquia histórica exhibida en este Museo desde su fundación.

La misma como se recordará, fue sustraída al asaltar esta casa el 19 de noviembre del año pasado dos sujetos que esgrimían armas de fuego.

El 1º de diciembre de 1965, se inauguró la vitrina que muestra la réplica. La misma, confeccionada por los profesores de la Escuela Nacional Técnica "María Sánchez de Thompson" señora Delia C. de Rocca, señorita Lidia Tuma y arquitecto Carlos Alberto Castagnino, es una obra de arte.

A la ceremonia asistieron el subsecretario de Cultura de la Nación, profesor Antonio de la Torre; el presidente de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos, señor Leonidas de Vedia; el representante de la Inspección del Consejo Nacional de Educación, profesor Julián Berardoni; la directora de la escuela que confeccionó la bandera, profesora Dora Bessé de Couceiro; el presidente del Centro de Estudios Históricos del Pueblo de Belgrano, señor Héctor Iñigo Carrera; el secretario de la Comisión Nacional de Museos, señor Julio César Palacios; el presidente de la Cooperadora de la Escuela de Enseñanza Técnica, "María Sánchez de Thompson", señor José Vignale; el vicepresidente, señor Cipriano Reynoso; la presidenta de la Asociación Sarmientina, profesora Julia Ottolenghi; el coronel Jorge Cornejo Solá y señora; delegaciones de la Escuela "General Urquiza" con bandera y escolta, dos divisiones de alumnos igualmente con bandera y escolta de la Escuela Técnica Nº 2 y de la Escuela "Casto Munita" y numeroso público.

La profesora Elida de Olazábal interpretó los Himnos Nacional y a Sarmiento, en el piano que perteneciera a la señora del presidente Nicolás Avellaneda. Canciones que fueron cantadas por todos los presentes.

Al referirse al significado de la ceremonia, el director del Museo pronunció el siguiente discurso:

— — — —

Discurso pronunciado por el señor director del Museo Histórico Sarmiento, doctor López Sanabria en ocasión de inaugurarse la exhibición de la réplica de la bandera rosista tomada por Sarmiento en la batalla de Caseros

Señoras y señores:

Felices los pueblos, que tienen maestros que honran a sus próceres. Qué inmensa satisfacción debe sentir el espíritu de Sarmiento, al ver la bandera por él arrebatada en el campo de Caseros, volver hoy remosada en simil perfecto, a ocupar el lugar de la primitiva, recordando el hecho histórico inolvidable.

El dijo: "Bárbaros, las ideas no se matan". Nosotros diremos: "Bárbaros, los hechos históricos no se borran". No se destruye un pasado rompiendo el libro que lo refiere. No se derrumba una gloria volteando la estatua que la representa. Ella no vale por el metal que la configura, sino por el símbolo que evoca, por el gesto que rememora.

El robo del lienzo de la bandera tomada por Sarmiento, no altera en nada la acción real producida por el Prócer, el 3 de febrero de 1852.

Ella es sólo una expresión y de nuevo está aquí. En historia, nada ni nadie puede evitar lo ya ocurrido. Nada ni nadie podrá hacer olvidar el gesto del Prócer arrebatando el pendón de las fuerzas derrotadas por las lanzas de la libertad, en la doblemente luminosa e inolvidable mañana de Caseros.

La bandera que ahora substituye a la primitiva, tiene un inmenso mérito. Ha sido confeccionada por los eternos soldados de Sarmiento. Por los componentes de ese inmenso e invencible ejército que se llaman, los docentes argentinos.

Ellos están en lucha perenne contra esas nuevas barbaries, que nos amenazan hoy, llamadas totalitarismos. Enemigos como los vencidos el 3 de febrero, de la libertad, de la democracia y de la cultura.

Quiero destacar en estos tiempos de vacilaciones y temores, la actitud decidida y valiente de la directora de la Escuela Profesional de Mujeres Nº 2, señora Dora Bessé de Couceiro, quien ante el requerimiento de esta dirección, no titubeó en ordenar la tarea. Ella fue cumplida con verdadero fervor sarmientino y fuera de horario de clases. Sacrificando momentos de descanso,

por los profesores de ese establecimiento: señora Delia C. de Rocca; señorita Lidia Tuma y el arquitecto, señor Carlos Alberto Castagnino. Para ellos nuestra eterna gratitud y en nombre de la memoria de Sarmiento, les decimos: ¡Muchas gracias!...

Los Museos Históricos, no deben ser lugares donde se avivan las pasiones del pasado, ni renazcan las luchas de los actuantes del ayer. Son centros de cultura, donde se muestra al pueblo la trayectoria de su pretérito, para sacar de allí experiencias, para tomar ejemplos de acciones superiores.

Ante la grave hora actual del mundo, hoy más que nunca, necesitamos una juventud, que en lugar de ir a asaltar museos, demuestre estudios, pensamiento y esfuerzo.

Que no olvide somos herederos de una tradición inseparable de nuestro propio existir. De un pasado, que nos ha legado como registro del tiempo ido, la presencia inmortal de próceres estelares, cuyos ejemplos deben servirnos de guía para bien del país.

Respetemos el pasado como hecho histórico y mirando al frente, al futuro, unámonos todos los argentinos a la sombra de sus colores, para trabajar por la grandeza de la patria, por el imperio del derecho y por el triunfo de los principios cristianos occidentales.

En lo alto de este Museo hay una asta. En ella tremola la bandera que nos hermana a todos los argentinos.

Pero no olviden, quienes están dentro del solar nacional y fuera de él, que esta bandera que es siempre símbolo de justicia y paz, que sólo salió de la Nación a la cabeza de nuestras legiones para liberar pueblos hermanos, es también orgulloso pendón de nuestra sagrada soberanía, de la inviolabilidad de nuestras fronteras. Ya flamée sobre las altas montañas iluminadas por el resplandor de las nieves eternas, o entre el aplauso arrebatado de las olas, agitadas por las brisas del mar.

Y lo vamos a decir desde la casa del Presidente que creó la Primera Escuadra Moderna de Combate. Desde la casa del Presidente que fundó la Escuela Naval y el Colegio Militar.

Detrás de esa bandera, hay veintidós millones de argentinos, dispuestos a dar la vida por ella.

— — — — —

A continuación hizo uso de la palabra la directora de la Es-

cuela Profesional Nº 2, señora Dora Bessé de Couceiro, quien dijo:

Señoras; Señores; Alumnas:

Después de escuchar las elogiosas palabras con que el doctor López Sanabria se ha referido a mi persona, llego a la conclusión de que ellas emanan de su generosidad y espíritu caballeresco más que de mis propios merecimientos.

Considero que debo trasladar esas palabras a los profesores de mi escuela que con verdadero espíritu de colaboración realizaron la tarea de reproducir la bandera rosista tomada por Sarmiento en la batalla de Caseros.

Nuestra época nos ha habituado a encontrarnos periódicamente con la noticia de un robo, un desmán, un hecho vandálico cometido contra los valores que constituyen la nacionalidad.

Las pasiones no se han acallado aún en nuestra tierra y hay quien piensa que destruir o hacer desaparecer un símbolo, borrará un hecho histórico o un largo período de sombras.

Paréciera que no se ha llegado a comprender todavía que la trama de la historia se teje con todos los hilos, y que sólo la comprensión y la hermandad entre los ciudadanos puede forjar la grandeza de un país.

Como docentes hemos emprendido gozosamente la tarea de restituir del mejor modo posible, esta bandera, legado del pasado, que nos sirve de testimonio de una época de luchas y desgarramientos, época que forjó justamente a través de tales sufrimientos, la patria organizada por fin y lista para aparecer en el concierto de las naciones aportando su sangre nueva y sus ideas jóvenes.

Sólo nos resta desear que la obra cumplida con fervor, pueda reemplazar honrosa y eficazmente a su original y manifestar que tanto el cuerpo docente como los miembros de la Asociación Cooperadora que gentilmente costearon el material de esta enseñanza, desconocíamos la trascendencia que tendría este hecho y muy satisfechos hubiéramos permanecido en el anónimo.

Por mi parte, pienso que esta colaboración de la escuela argentina a un museo argentino es una muestra del espíritu de cooperación que debe reinar siempre entre los establecimientos educacionales y aquellas instituciones destinadas a difundir y atesorar nuestra cultura cuidando de los bienes que nos ha legado la Historia. Nada más.

A continuación el presidente del Centro de Estudios Históricos del Pueblo de Belgrano, señor Héctor Iñigo Carrera, pronunció un elocuente discurso.

Discurso del señor don Héctor Iñigo Carrera

Las reliquias históricas son inviolables.

El recinto del Museo Histórico, ámbito invulnerable.

Y este privilegio impuesto por la cultura y el dictado del sentimiento patriótico, adquiere imperativo religioso cuando la casa es monumento histórico nacional.

En este caso la profanación ha recaído sobre una pieza documental, la bandera rosista, pieza convertida en reliquia, porque redime al trapo —infamante estandarte de persecución sanguinaria— la condición de *trofeo*, de una gloriosa victoria de la libertad, *que guardábamos*, sin odio de bandería, ni rencor fratricida, como documento de lección permanente, impartida por los museos que son el dintel en el estudio de la historia, siempre abierto el debate, hacia el desapasionado esclarecimiento, en la obra del tiempo

Por eso, la violación de un museo es sacrilegio. Delito de lesa civilización. Agravio al señorío de Belgrano. Hago el distinguo entre la reliquia meramente documental y la reliquia intrínsecamente sagrada, venerable. Inviolables ambas, la Casa Museo es el relicario en que se las custodia. La reliquia sagrada es digna de ser tocada con los labios, con la unción que se besa un relicario. La otra, la documental, encierra el singular valor histórico-didáctico, que le confiere la dinámica función de cátedra popular de la Historia, específica de estos Museos y cumplida aquí con fervor argentino. Obra ésta indispensable, la de promover permanentemente el contacto de la juventud con las fuentes del conocimiento de lo nuestro: No en procura de pleitesías incondicionales hacia el pasado y sus próceres, que no quieren ni necesitan ese tipo de adhesión. Sí, en favor del esclarecimiento histórico y el respeto por los forjadores de la nacionalidad, junto a un sentimiento de gratitud al que sólo puede ser impermeable el descastado. Conozca el joven a los Padres Fundadores y discútalos con nobleza, pero no repita como fácil instrumento, el veneno de las negaciones calculadas contra el pasado, por turbias especulaciones del presente. El debate está siempre abierto al respeto y la buena fe que quiera indagar en los Mu-

seos. Destruir un documento no esclarece. Acusa de salvajismo y muestra a sus inspiradores convictos de impotencia para discutir la verdad histórica.

No fue este trofeo la única bandera tomada por Sarmiento. Arrió una bandera de despotismo en cada afirmación de su credo de cultura y libertad. Arrió esta bandera de la tiranía, cada vez que izó la bandera de los argentinos al frente de una escuela, contra los oscuros estandartes de la ignorancia.

Está bien aquí, esta réplica del símbolo rosista. Cuando se quemaron en el año 13º los instrumentos de tortura, algunos de ellos fueron reservados a los futuros museos. Tan sacrílega ha sido la inspiración y ejecución del asalto al Museo, como sacrílega la intención de Rosas en la desfiguración del único y eterno pabellón nacional.

Está bien esta réplica de la reliquia, que *nos viene del aula*; con ella se reproduce el documento y se repara a la cultura. Esta restauración es obra que *viene del aula*. El aula, que al modelar el futuro argentino es el claustro materno de la patria futura.

El aula, reserva sacrosanta, en la que han de restaurarse todos los deterioros sufridos en su cultura, sus tradiciones y sus virtudes esenciales por la República!

En el aula se restauró esta reliquia. Sólo del aula y por el aula será restaurada la Argentina, para realizar el sueño de sus fundadores.

Héctor Iñigo Carrera

EL MONUMENTO A SARMIENTO EN COSTA RICA

EN ocasión de cumplirse el 25º aniversario de la inauguración del monumento a SARMIENTO en San José de Costa Rica.

Reproducimos el artículo que en aquella oportunidad escribió el talentoso escritor Gonzalo Rivas Novoa, publicado en diarios de Costa Rica, El Salvador, Nicaragua, Guatemala y Honduras.

Recelé aquí a Sarmiento

Sábado 21... Exactamente las nueve y un minuto de la mañana... Posición topográfica: cien varas al sur y cien hacia el oriente; conjunción del Paseo Colón y la Avenida Sarmiento.

Tropas, escuelas, curiosos y devotos, se reúnen en número de muchos cientos, frente al palco diplomático que por "culpa" de Enrique Loudet, el ministro con seso lleno de hormigas, ha mandado levantar la Municipalidad.

Diríamos que se adivina; pero diremos más bien "se sabe", que tras ese vuelo que apunta a las nubes como un dedo con camisón, está el bronce de *Domingo Faustino Sarmiento* donado por la Argentina a Costa Rica, siempre por las incansables gestiones de Enrique Loudet.

"... en pocos lugares de América habría quedado mejor plantado este bronce, como en la propicia tierra costarricense..."

Sencillamente, arrancado por el propio Loudet, este preámbulo fue escogido por el que estas líneas emborrona, para transcribirlo a la prensa centroamericana. Porque nos parece que con eso habría bastado como discurso, en este acto eminentemente cultural y paganamente significativo, que fue la desvelización del monumento a *Sarmiento*, legado de bronce y cemento armado de la nación más culta del sur de América para la más culta de las naciones de la América del centro.

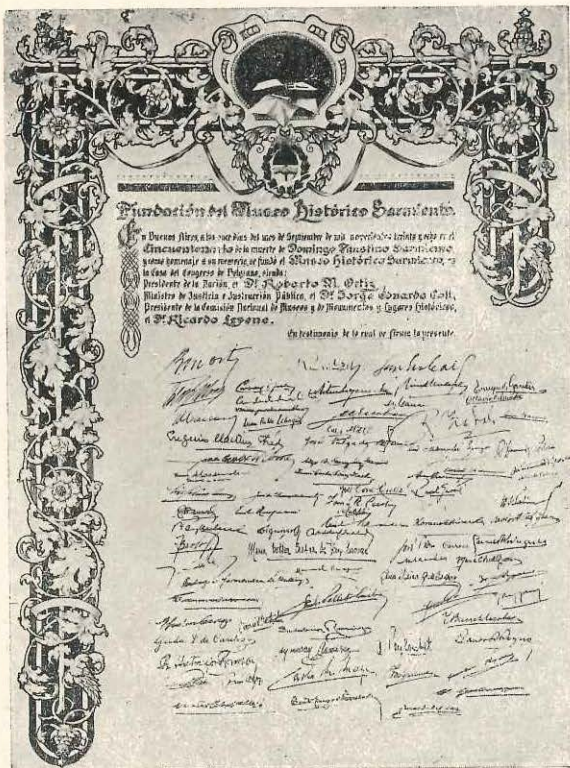
"...En pocos lugares de América habría quedado mejor plantado este bronce..."

Los que conocemos íntimamente a Enrique Loudet, vemos estas cosas de un modo perfectamente natural; un buen día se pasa por un rincón pintoresco que lo asocia a San Juan; le gusta para su micro-parque, el parque para un monumento, el monumento para una de sus devociones: *Sarmiento*, y..., ¡ya está!

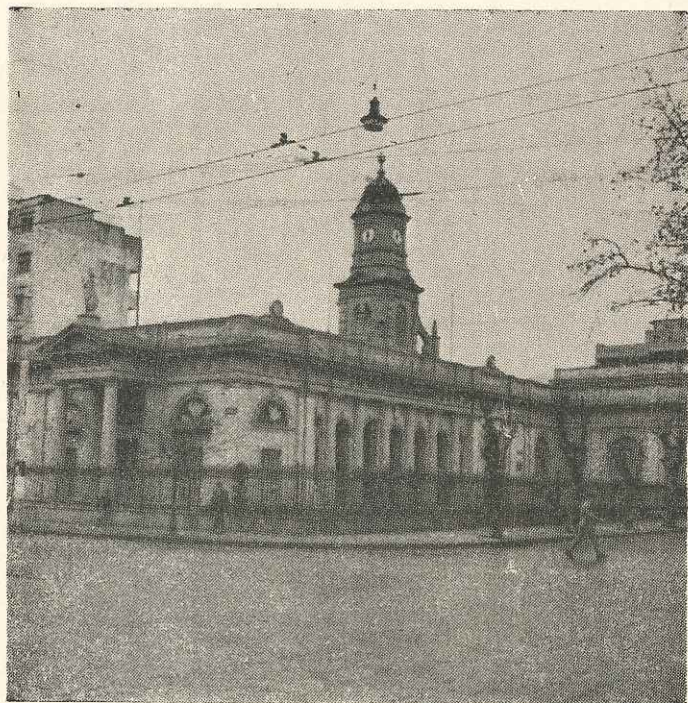
REVISTA DEL MUSEO HISTORICO SARMIENTO
(Una Voz al Servicio del Evangelio Sarmientino)

SEGUNDA SECCION

Notas gráficas de este Museo
mostrando la trayectoria del Prócer
con el signo de lo auténtico y perdurable.



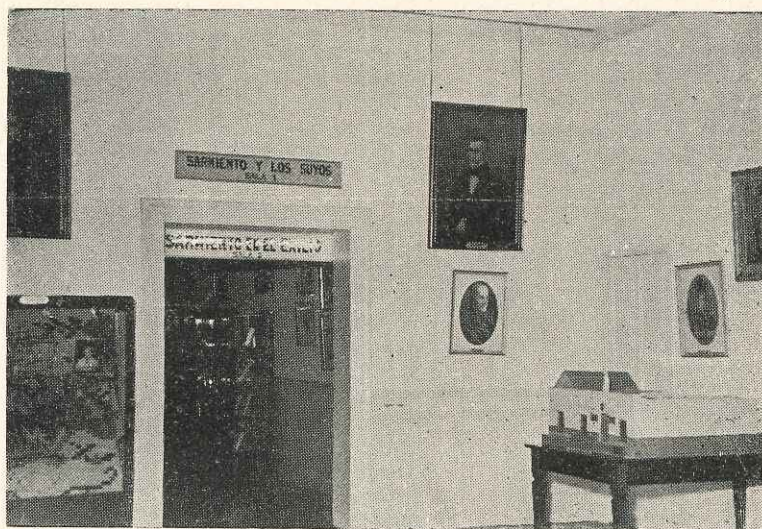
PERGAMINO DE LA FUNDACION DEL MUSEO HISTORICO SARMIENTO. — Entre otras lleva las firmas del entonces Presidente de la República doctor Roberto M. Ortiz, del Ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Jorge E. Coll y del doctor Ricardo Levene, Presidente de la Comisión Nacional del Homenaje.



"EL EDIFICIO". — El histórico edificio de severas líneas arquitectónicas del Barrio de Belgrano, ocupado militarmente en 1880 por el Gobierno de la Nación. Fue sede de la Presidencia de la República y del Congreso. En su recinto se votó la trascendental Ley, declarando Capital de la República a la Ciudad de Buenos Aires. Desde 1938 es asiento del Museo Histórico Sarmiento.



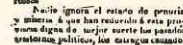
Frente del edificio que da sobre la Avenida Juramento.



"LA CASA NATAL". — A través de esta maqueta atisbaremos su casa natal. Aquella soleada de patios, alegre de parras, donde su madre modelara su corazón, uniéndole el afán por el bien, a los destellos geniales.

(PRECIO EN REAL)

SANTA LIBERATA VIRGEN Y MARTIN. Y SAN ELIAN PROFETA.



En alguno de nuestros lectores ha calculado una vez en su vida, una compra, juramos si hemos acertado en la nuestra. En primer lugar, un hombre, un hijo y nosotros en la provincia y ya se sabe, que hacemos un horrible negocio de la prensa; y no busquemos cuando se multiplican. En segundo lugar, a diez veces a la par del distribuidor, que es lo que puede probar con la pluma en la mano, lo que dice la parte visible del cálculo se ve

En la anterior de industrias publicitarias de los
agregados después se reúnen los uno
amarrados, otras "mecha" en
problemas, y últimamente se ven
todo este tipo de las niñas de la escuela
que uno sigue a la lectura y
medida que llevamos apasados, sube
el número de los de nuestras lecturas
y las, que nos lleva de orgullo y de gustos
desde ahora, los que nos lleva de todos
guilford en la lectura del ZONDA. Por
entonces se ha acentuado el periodismo
subvencional, pero los reales por uno
y hemos a su con un poco de psicología
mucha, llenos de plata, consideramos
y los temas que se derriba de la adquisición
ción de la *comunicación*.

Primera página del Nº 1 de El Zonda
(Colección de Sarmiento, existente en el Museo.

Diario de gastos.

Durante

El viaje por Europa i America

comprendido

Desde Valparaiso el 28 de Oct^o de 1843

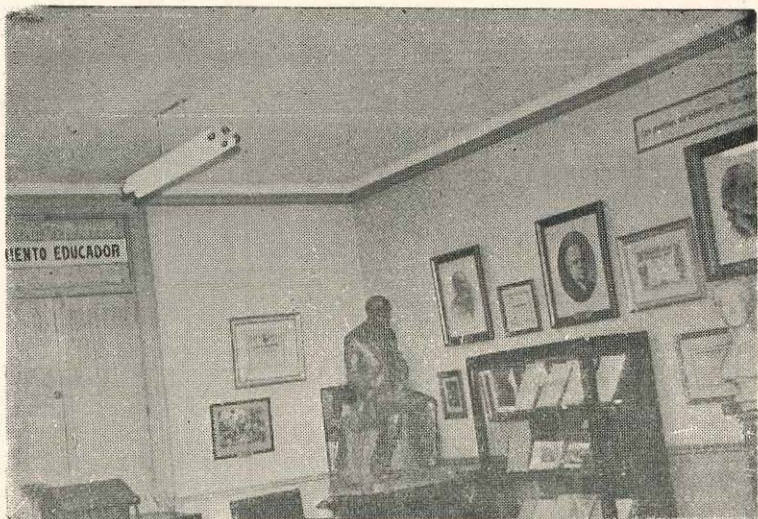
Por

Domingo F. Sarmiento





"SARMIENTO EDUCADOR". — Aquí está evocada su acción in mortal. Maquette de la Escuela de San Francisco del Monte, donde revelara su temprana inquietud aleccionadora.



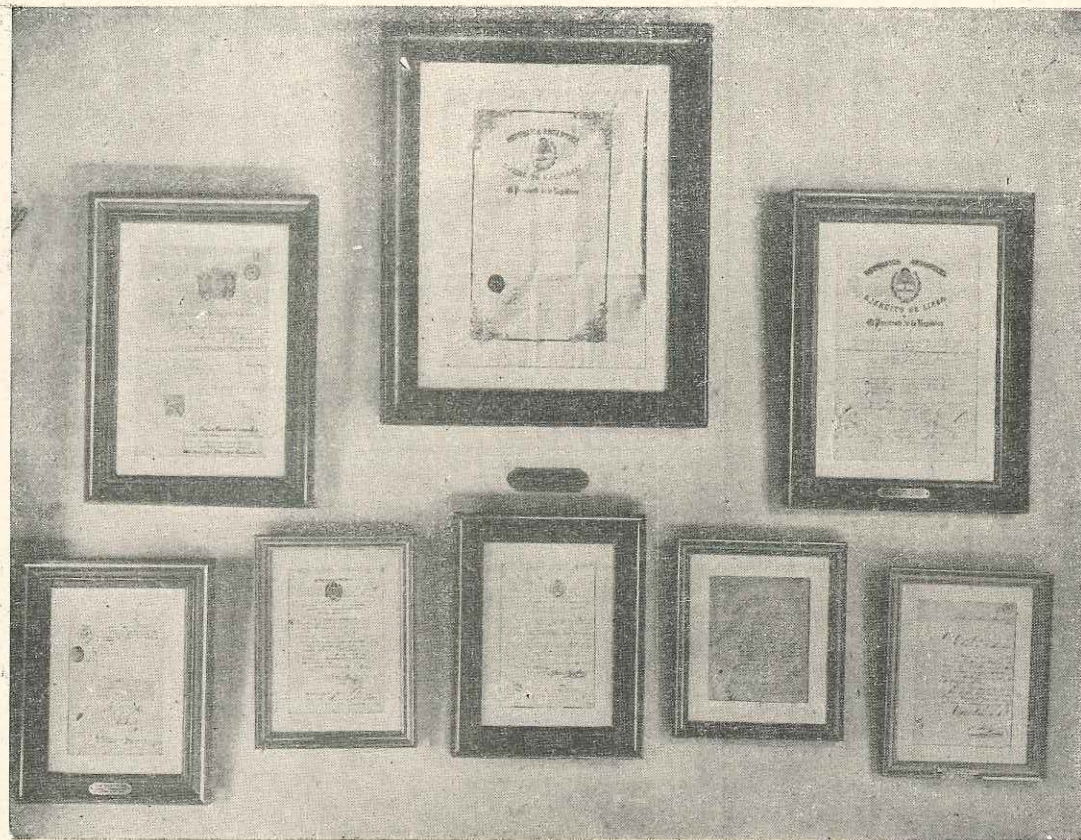
Desde el bronce parece continuar dictando sus clases inmortales.
A la derecha se ve el busto de Horacio Mann, su compañero norteamericano
en las siembras fecundas.



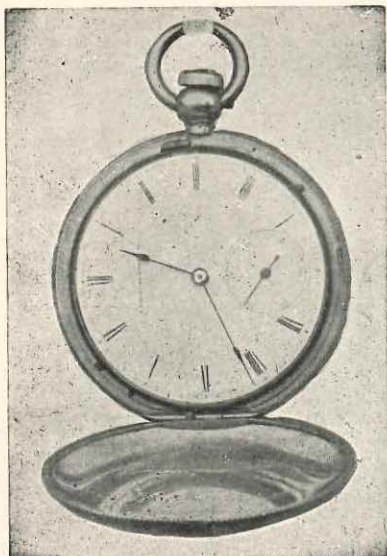
"LA BANDERA ROSISTA". — Arrebatada por su propio brazo en el campo
de batalla el 3 de febrero de 1852.



"MILITAR". — Con el traje de Teniente Coronel con que asistió a Caseros, donde luchó por la libertad y dignidad de su pueblo.



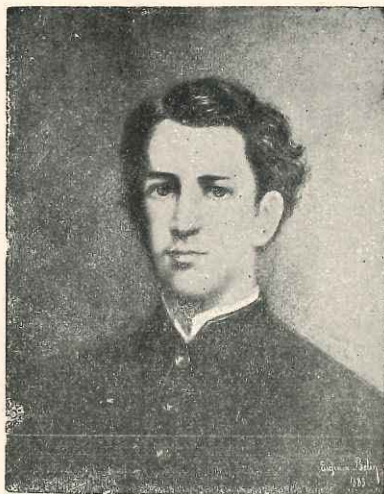
"SUS OCHO DIPLOMAS DE ASCENSOS MILITARES"



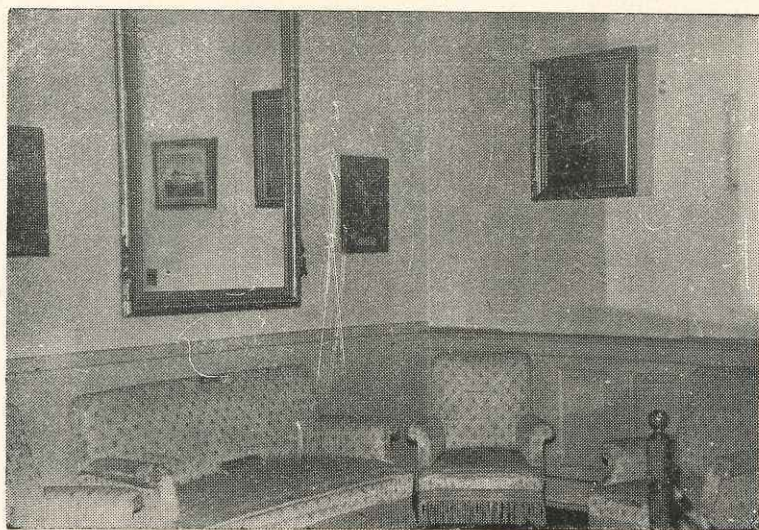
"SU RELOJ". — El reguló los minutos forjadores de la grandeza de sus horas. Testigo de sus citas en el Parlamento, de sus apremios patrióticos y también de sus calladas tristezas ante la incomprensión de sus conciudadanos.



"DIPLOMATICO". — Tres años de Ministro en los Estados Unidos. Admirando su cultura, tomando ejemplo de su organización para implantarla luego en su Patria.



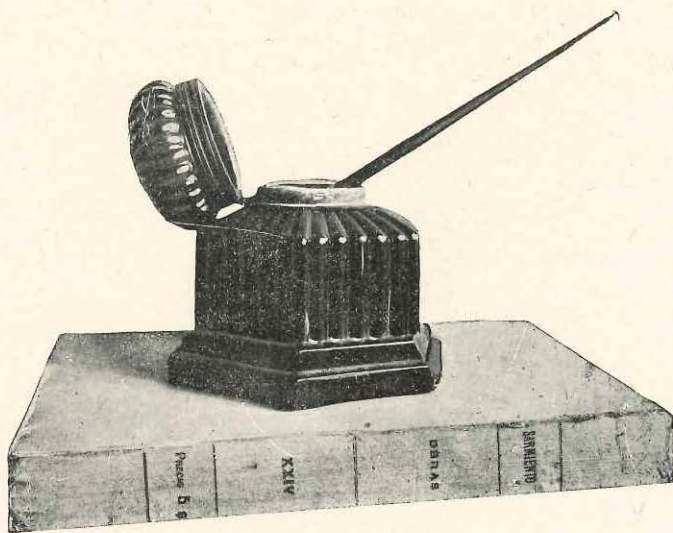
"DOMINGUITO". — El Alférez caído a los veinte años en la guerra del Paraguay. Su muerte ensombreció los días de Sarmiento.



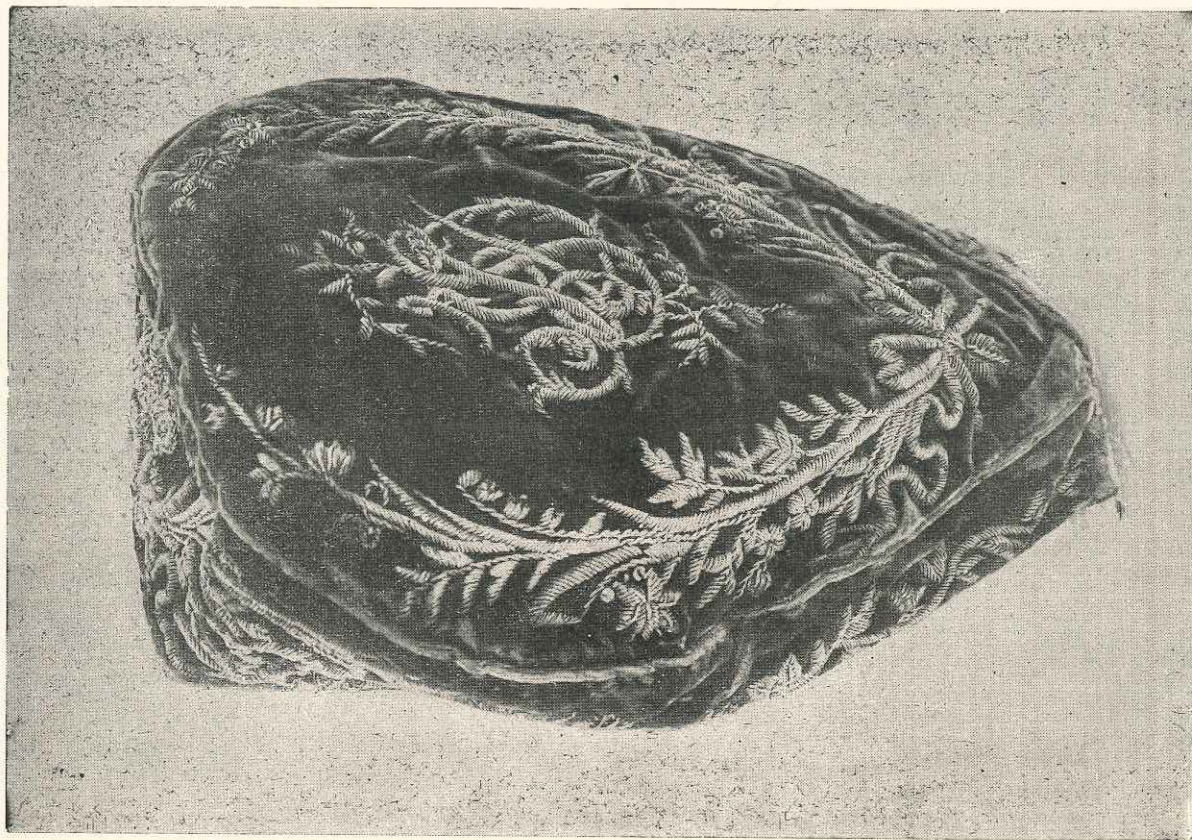
"RECUERDOS DE SU CASA DE LA CALLE CUYO". —Un ángulo de la Sala particular. Allí dialogaron constructores de la organización del país.



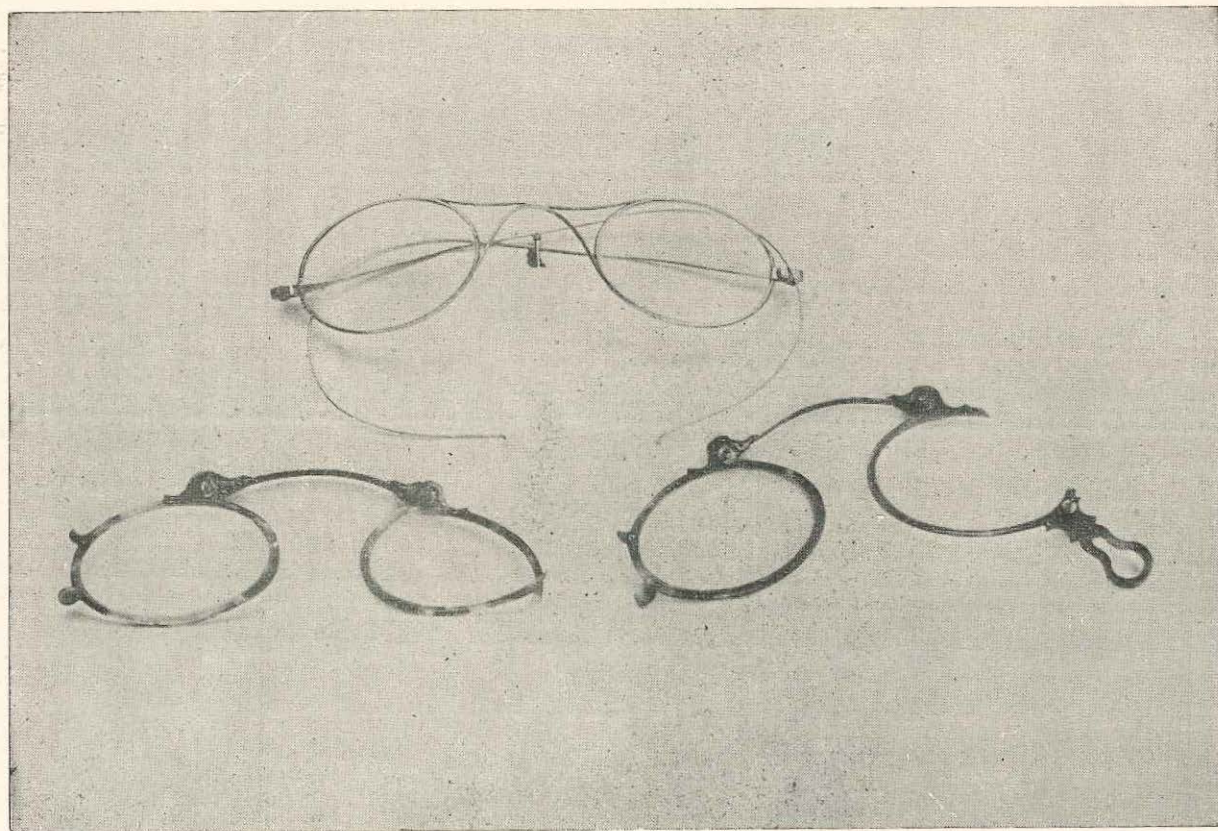
"EL COMEDOR PARTICULAR CON LA CRISTALERIA Y VAJILLA CON SU MONOGRAMA". — Donde tantas veces llegara fuera de hora, por darle todos sus momentos al país.



"SU TINTERO Y DELGADA LAPICERA". — Con la cual escribió páginas inmortales.



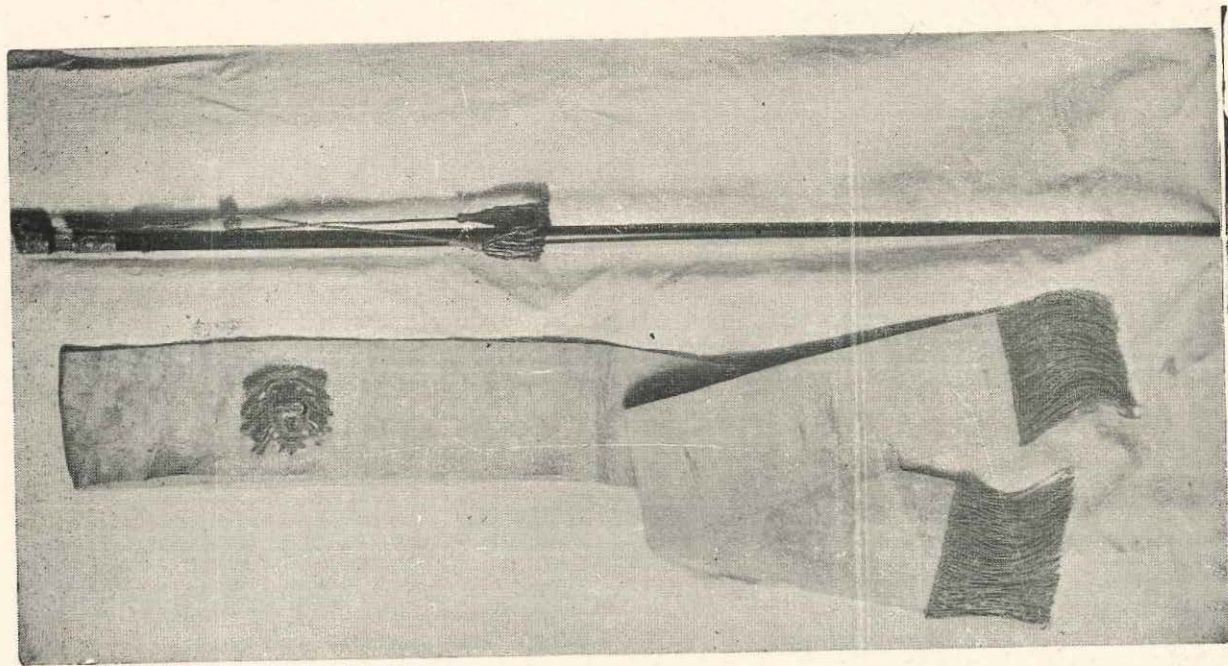
"EL GORRO DE DORMIR BORDADO EN ORO, QUE LE ENVIARA URQUIZA". — Elocuente prueba de amistad por encima de transitorias discrepancias.



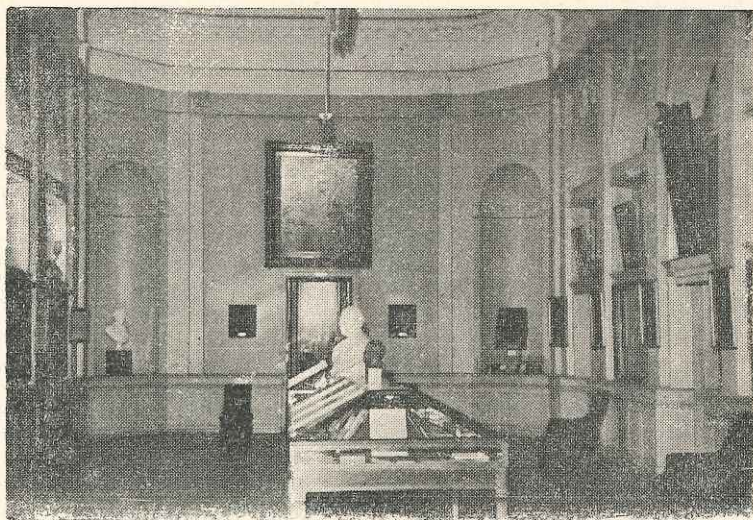
"LOS LENTES". — A través de cuyos cristales, sus ojos leyeron imperecederos mensajes en el Congreso.



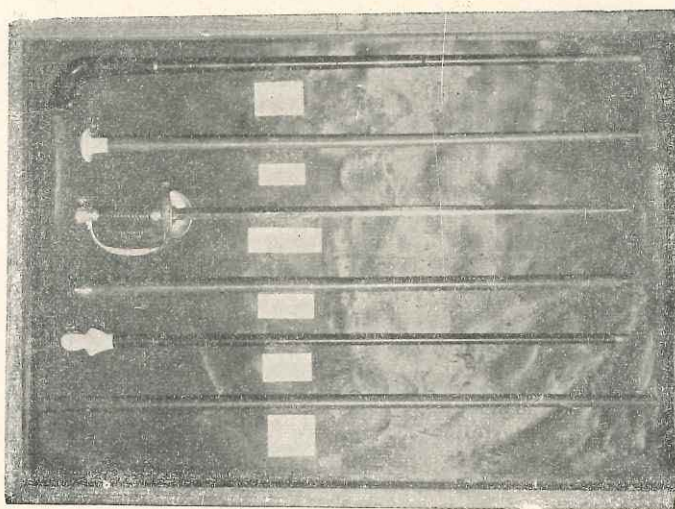
"SUS BIBLIOTECAS". — Conservando tomos relacionados con su actuación pública. Tal cual los mandara encuadernar el prócer. Ellos encierran buena parte de la grandeza de su obra.



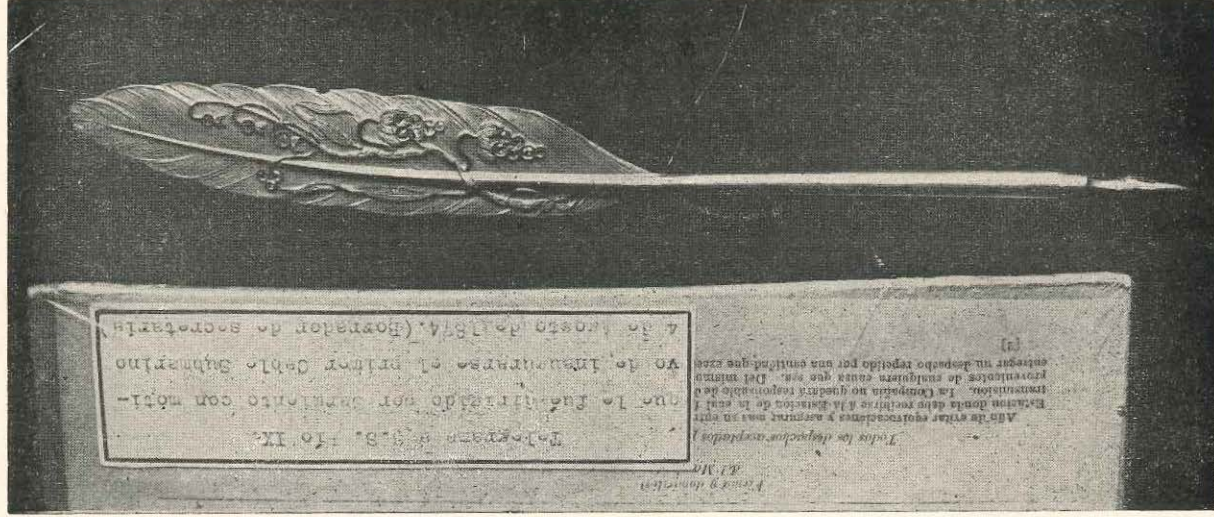
"LOS ATRIBUTOS DE LA MAXIMA AUTORIDAD". — "Su Banda de Gobernante y su Bastón de mando", enaltecidos por seis años de ejemplar y honesta administración.



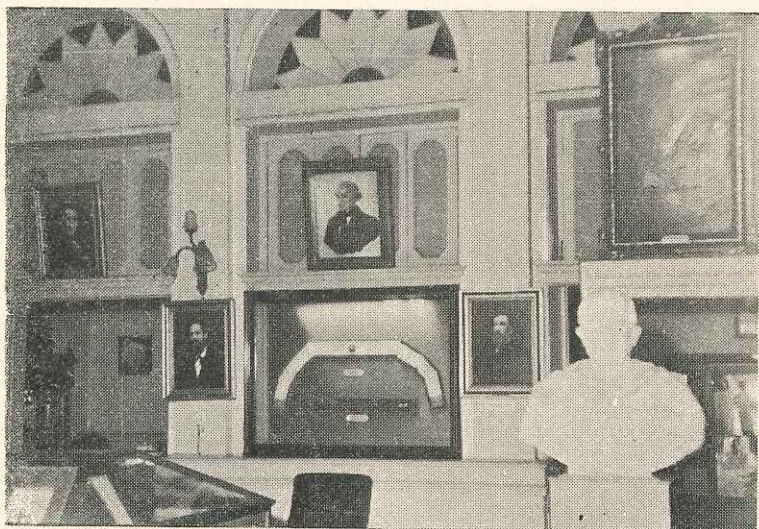
"PRESIDENTE". — Un aspecto de la sala que recuerda su Presidencia. Allí mismo, en 1880, sesionó el Congreso de la Nación.



"SUS BASTONES". — El regalado por el senador Lucero. El hecho con una viga de la casa de Rosas. El poseedor de un micrófono para disminuir su irremediable sordera. Todos compañeros en su caminar cuando paseaba su curiosidad observadora por los caminos de la Patria.



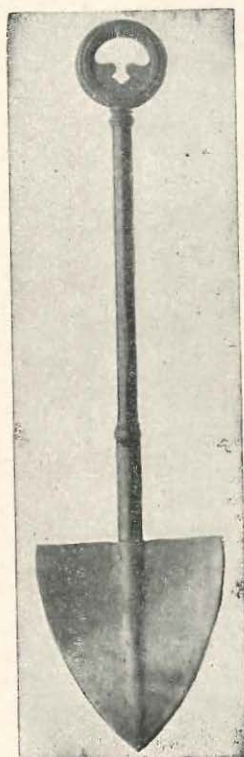
"LA PLUMA DE ORO". — Con ella firmó el primer cable transoceánico, quien tanto hizo por traer la civilización de los países adelantados.



"SUS MINISTROS". — Arriba, de izquierda a derecha, los doctores Luis F. Domínguez y Dalmacio Vélez Sársfield. Abajo, doctores Mariano Varela y Carlos Tejedor. En la misma sala parecen dialogar, desde sus cuadros, Gorostiaga, Albarracín, Cortínez, Gainza y Avellaneda.



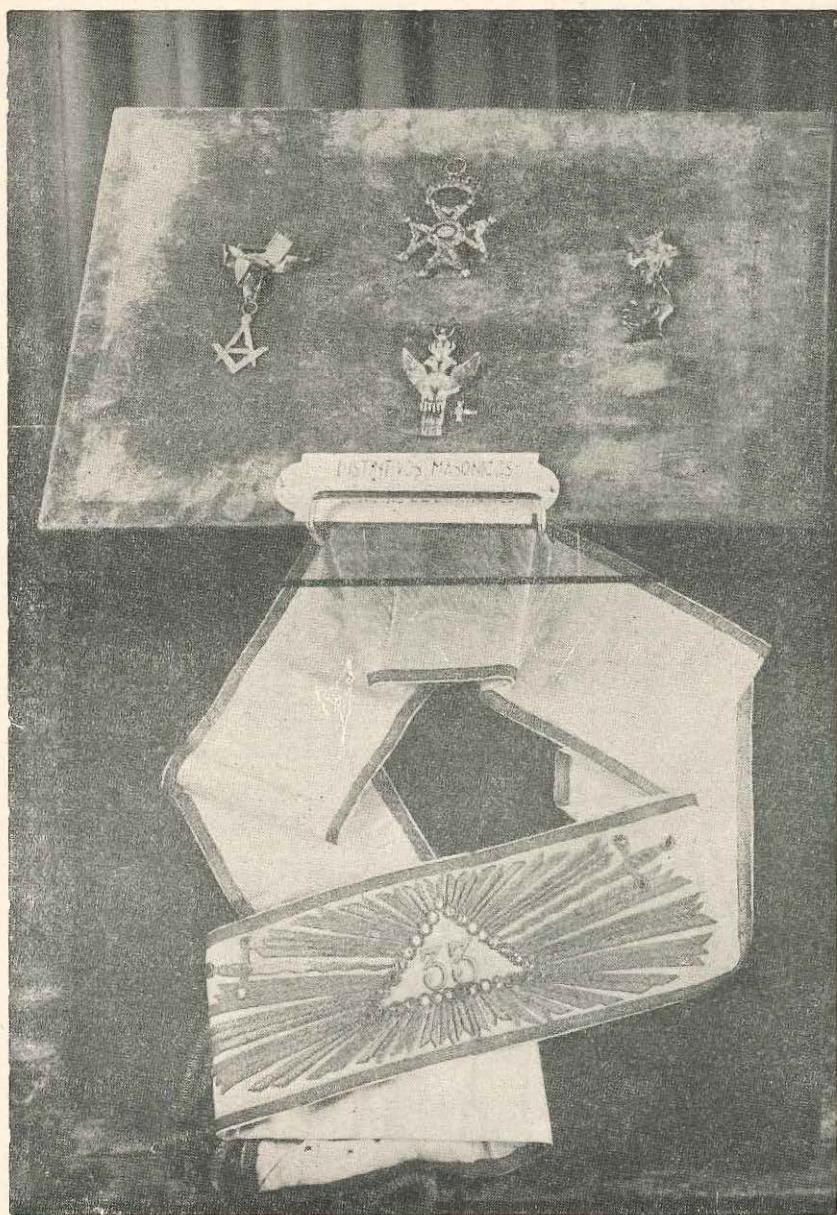
"EL MOSQUITO". — El periódico de originales pero atrevidas caricaturas, coleccionadas por el propio Presidente Sarmiento. Ellas jamás turbaron la serenidad del Jefe de Estado. Nunca trabó su publicación. Prueba elocuente de la libertad de expresión durante su gobierno.



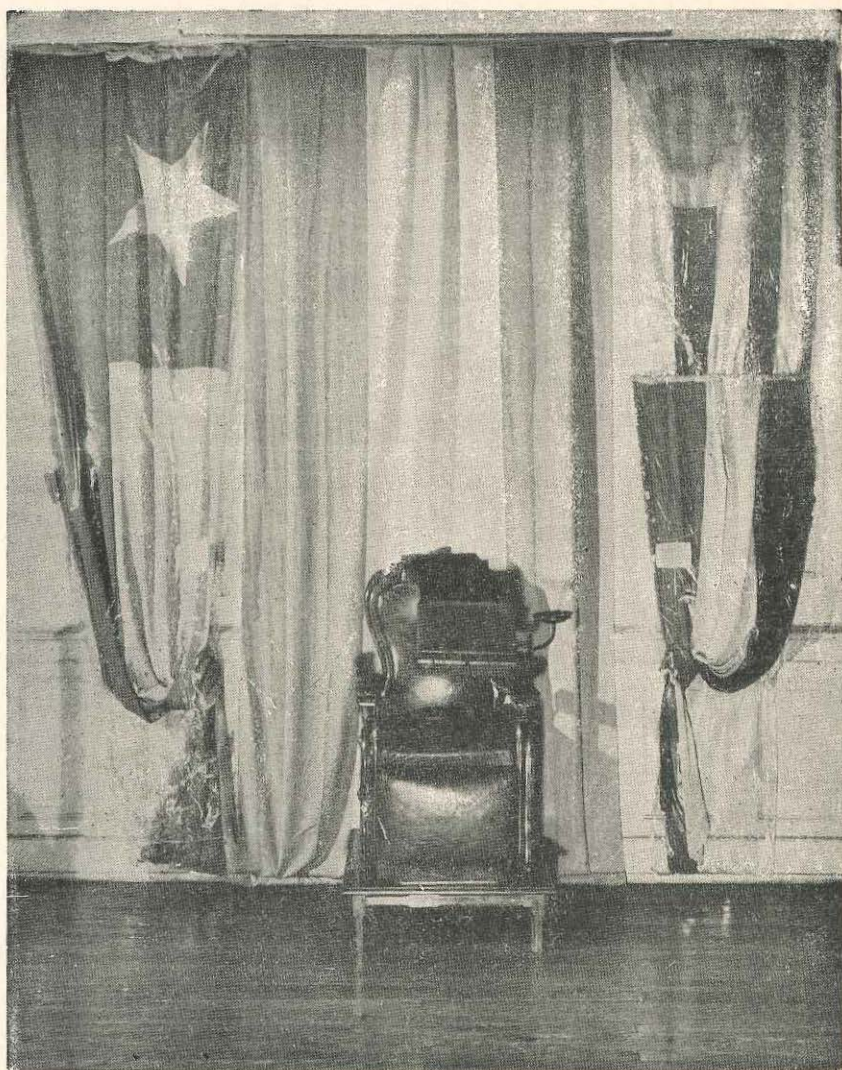
"LA PALA". — Con ella inauguró las obras de Palermo, sobre terrenos donde tuvo la casa Rosas. Quiso hubiera allí alegría donde hubo pena. Flores en vez de lágrimas, flamear de celestes banderas en lugar de divisas rojas.



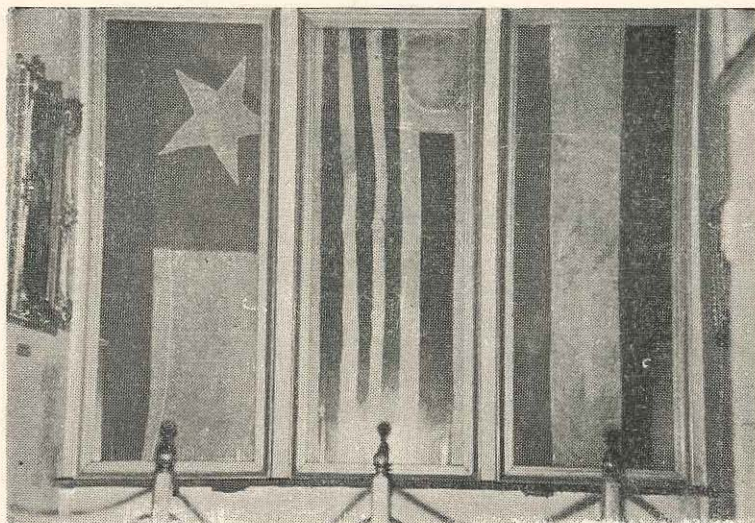
EN LA ANCIANIDAD GLORIOSA DESPUES DE LA SIEMBRA FECUNDA



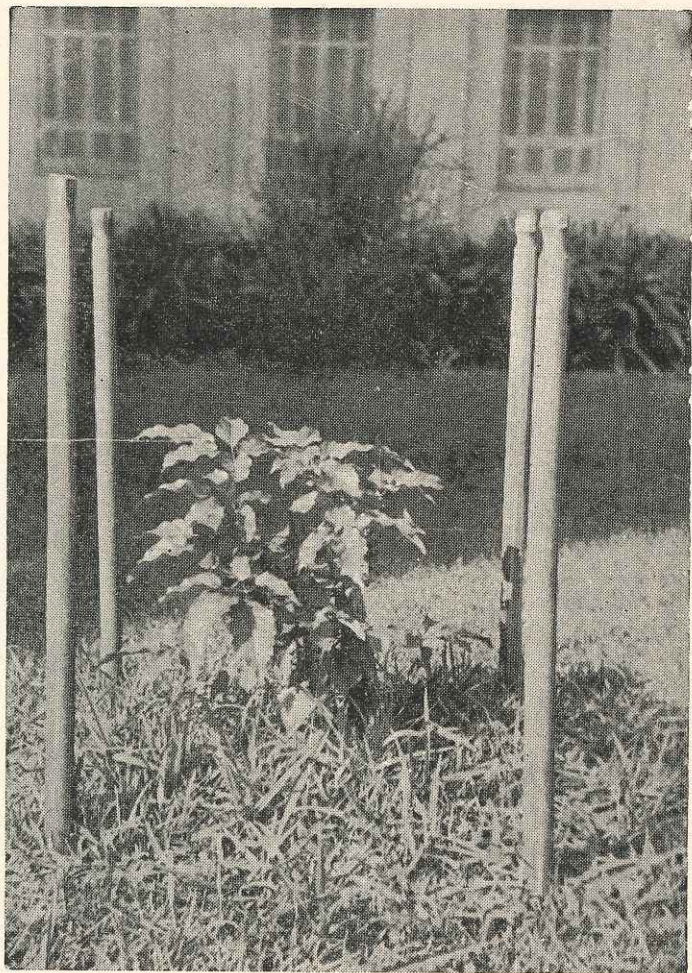
"LAS INSIGNIAS MASONICAS". — Ahí están, diciendo su auténtico espíritu liberal.



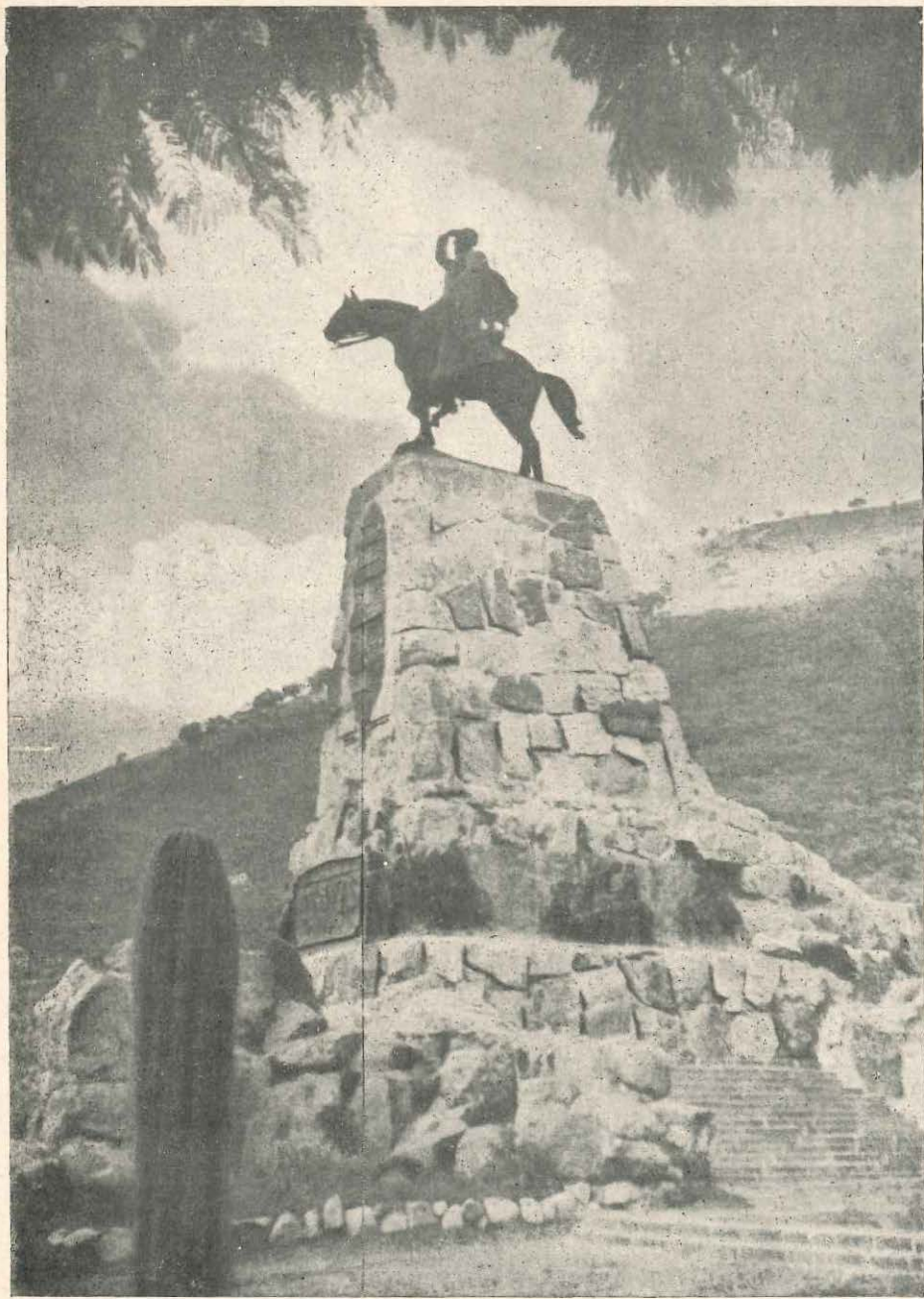
"SU MUERTE". — El sillón donde el 11 de setiembre de 1888, amanecía dormido para siempre, para seguir soñando eternamente con sus ideales de civilización y de libertad. Las banderas de Chile, Uruguay y Paraguay. Ellas, por su mandato, cubrieron su féretro junto con la nuestra.



"TRES ESTANDARTES". — Las mismas banderas, ahora por disposición del Director de esta Institución, podrán ser admiradas por las futuras generaciones en esos protectores cofres. Aquí están como lámparas votivas, diciéndole la admiración de América, la gratitud de sus pueblos.



"EL RETOÑO DEL LAPACHO DE SU CASA PARAGUAYA". — Ahí está formando parte de este Museo, como si tuviera luminosidad de mármol y serenidad de bronce. Es él, viviente ofrenda de un país que lo admiró y lo vio morir. Este retoño fue traído desde Asunción del Paraguay en 1956, por el doctor López Sanabria y plantado en el jardín del Museo.



"HOMENAJE AL GENERAL MARTIN GÜEMES DE LA REVISTA DEL MUSEO HISTORICO SARMIENTO".

— Héroe auténtico de la Patria. A la sombra de cuyas lanzas vencedoras pudo el Congreso de Tucumán deliberar con tranquila y serena majestad republicana, pese a las poderosas expediciones realistas empeñadas en evitar se declare la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata. La Nación está en deuda con él. Su figura de bronce, no se levanta aún en la Capital Argentina, tan generosa en monumentos para próceres extranjeros.

INDICE

PRIMERA SECCION

HOMENAJES Y CONFERENCIAS

AÑO 1964

	Pág.
SARMIENTO	9
Homenaje al fundador del Museo	9
Se propicia el traslado de las reliquias del doctor Leandro N. Alem al Museo Histórico Sarmiento	13
El diploma de Presidente Honorario del Centro Naval otorgado a Sarmiento	19
Evocación del 76º aniversario de la muerte de Sarmiento	20
Carta del excelentísimo señor vicepresidente de la Nación, doctor Carlos H. Perette	21
Discurso del director del Museo, doctor Bernardo A. López Sanabria SARMIENTO PARLAMENTARIO (Conferencia del diputado na- cional, doctor Juan Antonio Solari)	23
SARMIENTO IMPAR (Vibrante discurso del excelentísimo señor ministro de Educación y Justicia de la Nación, Dr. Carlos R. S. Alconada Aramburú, pronunciado en la ciudad de La Plata el 11 de setiembre de 1964)	26
Disertación sobre las reliquias de Sarmiento	51
Delegados del Congreso de Academias de la Lengua Española, vi- sitán esta casa	54
Ecos del Cuarto Congreso de Academias de la Lengua Española ..	55
El asalto al Museo Histórico Sarmiento.	56
	58

AÑO 1965

El 154º aniversario del natalicio de Sarmiento	61
El fundador del Museo	61
Homenaje al doctor ALFREDO L. PALACIOS	62
La Sociedad Argentina Protectora de los Animales rindió home- naje a Sarmiento	65
Discurso del secretario técnico interino del Museo, profesor Angel Bianchi	66
El homenaje a SARMIENTO en su 77º aniversario (Discurso del subsecretario de Educación, profesor Mariano Alberto Durand)	69
Recordóse a SARMIENTO en el 77º aniversario de su muerte ...	75
POLEMICAS ENTRE SARMIENTO Y ALBERDI "CARTAS QUI- LLOTANAS" (Conferencia pronunciada por el doctor Carlos E. Cisneros, el 11 de setiembre en el Museo Histórico Sarmiento .	80

	Pág.
La memoria del doctor Alberto Palcos fue evocada en el Museo Sarmiento	107
La bandera tomada por Sarmiento en Caseros	114
Discurso del director del Museo Histórico Sarmiento, en ocasión de inaugurarse la réplica de la bandera rosista tomada por Sarmiento en la batalla de Caseros	115
Palabras de la directora de la Escuela Profesional de Mujeres Nº 2, señora Dora Bessé de Couceiro	116
Discurso del señor Héctor Iñigo Carrera	118
El monumento a SARMIENTO en Costa Rica por el talentoso escritor Gonzalo Rivas Novoa	121

SEGUNDA SECCION

NOTAS GRAFICAS

Diploma de Presidente Honorario del Centro Naval otorgado a Domingo Faustino Sarmiento	14
Personal de la Legación Argentina en Estados Unidos	78
Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina, por Juan Bautista Alberdi	101
Fragmento preliminar al estudio del derecho, por Juan B. Alberdi .	101
Réplica de la bandera rosista tomada por Sarmiento en el campo de batalla de Caseros	113
Pergamino de la fundación del Museo Histórico Sarmiento	127
El edificio del Museo (En 1880 fue sede del Gobierno Nacional) .	128
Frente del edificio que da sobre la Avenida Juramento	129
La Casa Natal (Aquella soleada de patios y alegre de parras) ...	130
El Zonda (Su primer diario)	131
El Censor (Uno de los diarios en que alcanzó fama de periodista) .	132
Baúles, cuadros, objetos (Traídos de sus viajes por el mundo)	132
SAN MARTIN y SARMIENTO (El encuentro de los dos forjadores)	133
Libreta de gastos (Desmentido de su idiosincrasia desordenada) ..	134
Sarmiento educador (La escuelita de San Francisco de Oro)	135
Otro aspecto de la misma sala	136
La bandera rosista (La verdadera tomada por Sarmiento en Caseros)	136
Sarmiento militar (Teniente coronel en Caseros)	137
Sus ocho diplomas de ascensos militares	138
Su reloj (Regulador de los minutos de la grandeza de sus horas) .	139
Sarmiento diplomático. (Sus tres años de ministro en EE.UU.)	139
Dominguito, el alférez caído a los 20 años en la guerra del Paraguay	140
Recuerdos de su casa de la calle Cuyo (Su sala particular)	140
Su comedor particular con la cristalería y vajilla con su monograma	141
Su tintero y delgada lapicera (Con la que tanto escribiera)	141
El gorro de dormir que le enviara Urquiza	142

	Pág.
Los lentes y anteojos de oro	143
Sus bibliotecas (Conservando tomos relacionados con su actuación pública)	144
Los atributos de la máxima autoridad. Su banda y bastón presidencial)	145
Sarmiento Presidente. (Un aspecto de la sala que lo recuerda) ..	146
Sus bastones. El obsequiado por el senador Lucero	146
La Pluma de Oro. (Con ella firmó el primer cable transatlántico).	147
Sus Ministros (Desde los cuadros parecen dialogar en reunión de gabinete)	148
El Mosquito. Periódico de atrevidas caricaturas	149
La Pala con que inauguró las obras en el Parque Tres de Febrero .	149
En su ancianidad gloriosa. Después de la siembra fecunda	150
Las Insignias Masónicas. Dicen de su auténtico espíritu liberal ...	151
Su muerte. El tránsito a la gloria	152
Tres estandartes (Los mismos que se hallaban al frente de sus embajadas el 11 de setiembre de 1888)	153
El retoño del lapacho de su casa paraguaya	154
Homenaje al General MARTIN MIGUEL DE GÜEMES, de la Revista del Museo Histórico Sarmiento	155

